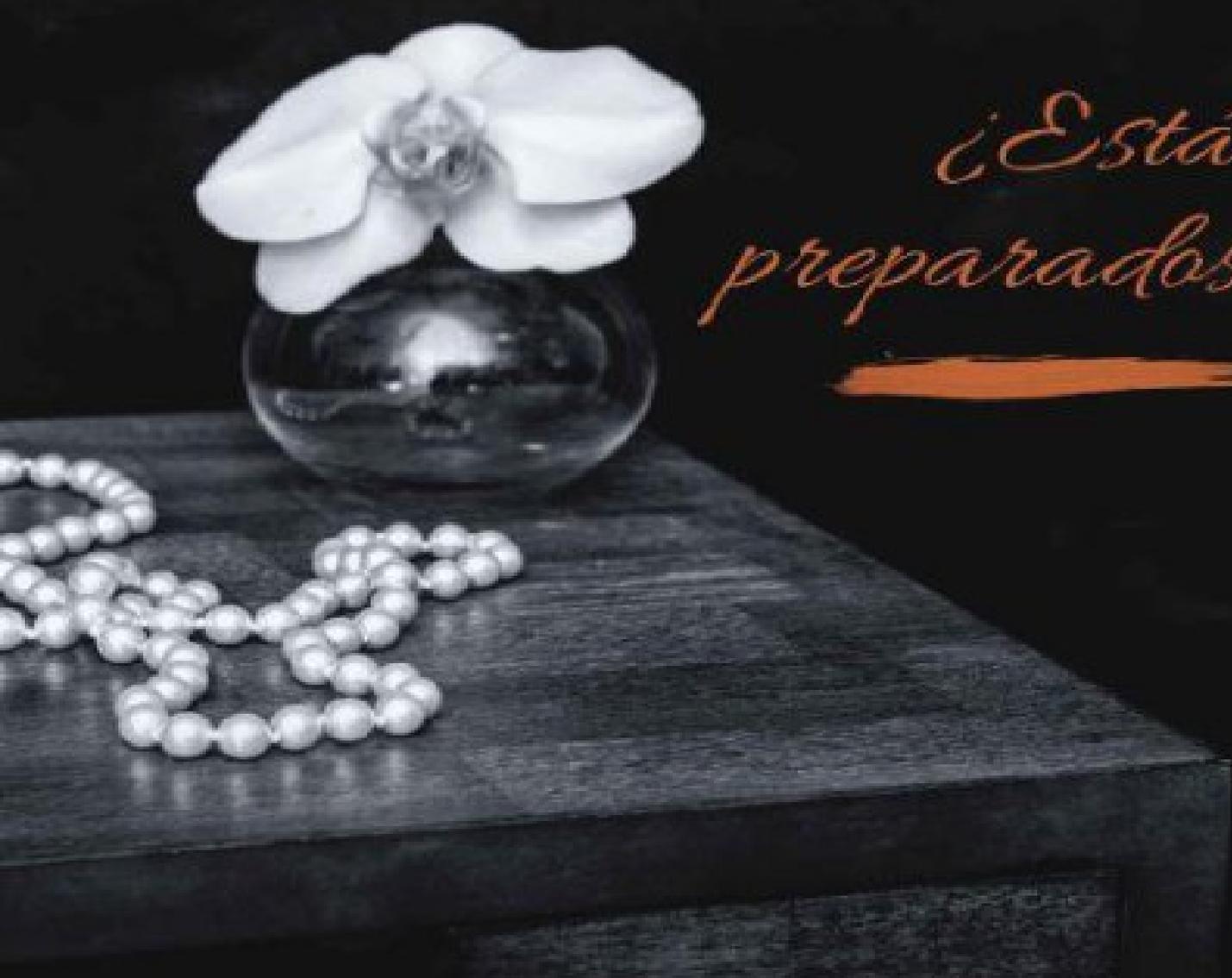


SERIE LOS JEFES: LIBRO SIETE

JUEGOS ENTRE JEFES

— VICTORIA QUINN —



*¿Estáis
preparados?*

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

JUEGOS ENTRE JEFES

Los jefes #7

VICTORIA QUINN

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Juegos entre jefes

Copyright © 2018 de Victoria Quinn

Todos los derechos reservados

UNO

Diesel

Recordaba el día en que murió mi madre con gran claridad.

Fue el peor día de mi vida.

Por entonces estaba estudiando. Acababa de terminar mi último examen final y estaba de camino a casa cuando recibí la llamada de teléfono.

Mi padre me comunicó la noticia.

Apenas dijo nada por teléfono y su silencio estaba tan cargado de tristeza que pude sentirlo a través de la línea. Recordaba lo frío que me sentí y lo vacía que me pareció la vida. Siempre había estado unido a mi madre, subestimando lo maravillosa que era. Sencillamente había supuesto que ella siempre estaría allí.

Hasta el día en que dejó de estarlo.

Ahora estaba reviviendo aquella pesadilla, pero este día era mucho peor... porque Titan era el amor de mi vida.

La única mujer a la que había amado.

No habíamos pasado juntos el tiempo suficiente. Era demasiado pronto. Se suponía que yo iba a morir primero, de viejo. Yo no tendría por qué vivir sin ella. Ella era la fuerte y la que debía vivir sin mí.

No sería capaz de hacerlo.

Mi chófer nos llevó a Thorn y a mí al hospital, pero no intercambiamos ni una sola palabra en el asiento trasero. Las calles seguían cubiertas de nieve, que formaba parches en las alcantarillas. La gente recorría las aceras envuelta en gruesos abrigos. La vida en la ciudad continuaba pacíficamente mientras el caos reinaba en mi corazón.

Thorn miraba por la ventana. Todavía le temblaban las manos, igual que a mí.

El coche no avanzaba lo bastante deprisa. El tiempo pasaba demasiado

despacio. Titan estaba en estado crítico con una bala en el pecho. Había perdido gran cantidad de sangre y no nos habían informado sobre su estado desde que se la llevaron a toda velocidad al hospital.

Me sentía como si yo también tuviese una bala en el pecho.

Una eternidad después, el chófer paró delante del hospital.

Thorn y yo recorrimos el interior, llegamos a la UCI y le preguntamos a la enfermera de la recepción. Al mirar a la enfermera con su pijama verde, olvidé casi por completo cómo hablar como un ser humano. Era incapaz de pensar correctamente, así que me limité a decir lo que pude:

—Tatum Titan... Soy su prometido.

La enfermera me reconoció seguro, porque me dedicó una mirada de lástima. Se volvió hacia el ordenador, tecleó el nombre de Titan y abrió su informe.

Thorn se había quedado en la parte de atrás y todavía respiraba descontroladamente. No se había tranquilizado desde que había leído los titulares en su teléfono. No hacía más que pasarse la mano por la cara o por el pelo. Se estaba tomando la noticia tan mal como yo, guardando el mismo silencio.

—Está... —Nunca había tenido problemas con las palabras. Me hacía con el control de cualquier situación y verbalizaba mis pensamientos en cuanto me venían a la mente. Pero ahora mi elocuencia había desaparecido. Había quedado reducido a un hombre afligido... y apenas conseguía funcionar—. Está viva, ¿verdad?

—Señor Hunt, no conozco ningún detalle sobre su estado. —Tenía la mirada fija en la pantalla—. Aquí dice que se la han llevado a quirófano a toda prisa en cuanto ha llegado. La bala ha alcanzado una de las grandes arterias del pecho. Los cirujanos están haciendo todo lo posible para detener la hemorragia y extraer la bala de manera segura. Eso es todo lo que sé. —Se giró hacia mí, dejando claro con su expresión que se sentía todavía peor por mí.

Me agarré al mostrador mientras recibía cada una de aquellas palabras como si fueran balas.

—¿Se va a poner bien? —Era una estupidez de pregunta porque sabía que no iba a obtener respuesta. Pero necesitaba saber si iba a salir de aquella. Ella era mi vida entera. Sin ella, yo no era nada. Ninguno de mis logros podía compararse con la importancia de haber obtenido su amor.

—No se lo puedo decir, señor Hunt. En cuanto me den más información se

lo haré saber.

Me quedé clavado en el sitio, aferrándome al mostrador para no perder el equilibrio.

Mi padre tenía que haber venido con mis hermanos, porque apareció a mi lado. Su gran mano se acercó a mi espalda y tiró de mí con suavidad, apartándome del mostrador.

—Vamos a sentarnos, Diesel. En cuanto sepan algo más nos lo dirán.

No dije nada, pero le permití conducirme hasta uno de los sofás de la sala de espera. Había más familias sentadas en los rincones viendo las televisiones que había en las paredes. El sonido estaba apagado y estaban poniendo las noticias locales. En aquel momento, nadie hablaba de otra cosa que no fuese el tiroteo que se acababa de producir. Reprodujeron el vídeo de las cámaras del vestíbulo.

No lo miré.

Mi cuerpo se hundió en el almohadón y me agarré al reposabrazos de madera.

Mi padre se sentó a mi lado.

Thorn se sentó a mi otro lado.

Y nos limitamos a esperar allí.

Tenía los ojos fijos en mis manos, sobre el regazo, y la espalda encorvada. Justo la noche anterior estaba tumbada debajo de mí y me pedía que me casara con ella. No quería esperar. Le importaba un pito lo que pudiera pensar nadie de nuestra aventura romántica. Me quería en todo momento y para siempre. Le había dado mi anillo y le había declarado el amor eterno que sentía por ella.

Había sido la mejor noche de mi vida.

Ahora estaba sentado en la sala de espera del hospital, ansioso por que hubiera buenas noticias.

Todo había cambiado en un instante.

Mi felicidad había desaparecido.

Por completo.

Todavía no conocía todos los detalles del tiroteo. Lo único de lo que había conseguido enterarme era de que Bruce se había abalanzado sobre Titan cuando ella salía del ascensor. La había abatido de un tiro en el portal de su edificio. No sabía lo que le había pasado a él. En cuanto supe que habían disparado a Titan, no me importó nada más.

Tan sólo con haberla esperado podría haberla protegido.

Ahora podría ser yo al que estuvieran operando.

Y ella estaría sentada en mi lugar.

¿Por qué cojones no había esperado y ya está?

Era de lo que más me arrepentía.

Mi padre me puso la mano en el centro de la espalda. No me dijo que todo iba a salir bien ni intentó distraerme de mis pensamientos, pero me recordaba que estaba allí, con todos los demás de la habitación.

Thorn desvió la vista hacia la televisión y vio el vídeo.

Yo seguía sin poder mirar.

No podía presenciar cómo disparaban a mi pequeña.

Mi pequeña... Haría cualquier cosa por volver a llamarla así.

Thorn exhaló profundamente antes de volverse nuevamente hacia delante con la mandíbula tensa.

—Lo ha matado. Esa es mi chica...

Yo seguí sin mirar.

—¿Eso ha hecho?

—Sí —respondió Thorn—. Le quitó la pistola y le dio un tiro en la cara y otro en el cuello.

Aquella era la única buena noticia que me habían dado hasta el momento.

—Me alegro.

—Él iba a darle otro tiro, pero ella lo detuvo —continuó Thorn—. Es una luchadora... sé que ahora mismo está luchando. —Se le quebró la voz al final de la frase, así que dejó de hablar.

—Es una luchadora —susurré. Titan se esforzaría al máximo por volver a mi lado. Era joven, fuerte y saludable. Si alguien podía superar aquello, esa era ella. Había recibido un disparo, pero se las había arreglado para quitarle la pistola a Bruce y acabar con él. Todavía quedaban esperanzas. Todavía había esperanzas de recuperar a mi pequeña.

Por favor, Dios.

Me incliné hacia delante y metí el rostro entre las manos, aislándome por completo de la habitación. Quería que el tiempo pasara deprisa, quería escuchar al médico decir que la cirugía había sido un éxito. Quería saber que todavía teníamos nuestra vida juntos, que todavía tenía algo por lo que vivir.

Mi padre me frotó la espalda con la mano.

—Lo conseguirá, hijo. Siempre lo hace.

Asentí.

—Lo sé, papá.

DOS

Titan

Sin saber dónde me encontraba ni si seguía con vida, me sentía únicamente un espíritu. No había luz ni sensaciones. Sólo una ligera percepción de existir, aunque no en la Tierra realmente, sino en algún lugar del espacio.

Estaba segura de que había muerto.

Me pareció oír el fuerte pitido de un monitor.

Me pareció sentir cómo se le quebraba el alma a Diesel.

Me parecía estar experimentando cosas que era incapaz de comprender.

Y entonces vi algo.

Estaba en un antiguo edificio de Brooklyn, de pie en el pequeño estudio en el que vivíamos mi padre y yo. La pintura se desprendía de las paredes, las tablas del suelo estaba ajadas, el frigorífico emitía un zumbido constante como si estuviera en las últimas y el sofá amarillo seguía teniendo incontables agujeros por los que se salía el relleno.

Estaba en casa.

Yo solía dormir en uno de los sofás y mi padre se acostaba en la cama plegable. Teníamos una vieja mesa de cocina que habíamos encontrado en el mercadillo, y sobre ella había dos tazas de plástico y unos platos que se me había olvidado fregar. Sobre la encimera había una foto de los dos de un día que habíamos pasado en el parque.

Olía igual que siempre.

Noté cómo repicaban mis caros zapatos de tacón sobre el suelo de madera al moverme. Llevaba un traje de Suede, un conjunto que Connor había diseñado específicamente para mí. Tenía la misma edad que tenía antes de que aquella bala entrara en mi pecho.

Pero nunca había olvidado cómo fui en el pasado.

La luz del sol se filtraba por las ventanas polvorientas con vistas a las

instalaciones de envasado de carne que había al otro lado de la calle.

—Mírate.

Me detuve al oír su voz, aquel profundo sonido que todavía me perseguía en sueños. Estaba lleno de una sonrisa perpetua, repleto de los recuerdos de mi infancia. Dejé de respirar cuando lo escuché y me sobrevino una cascada de emociones. Hacía diez años que había dejado este mundo, pero nunca había salido de mi corazón.

Me di la vuelta lentamente y miré a mi padre. Llevaba puestas las únicas gafas que había tenido en su vida, con la montura cuadrada y las lentes gruesas. Su indomable cabello castaño empezaba a encanecer y estaba enmarañado. Llevaba unos vaqueros claros y su camiseta azul, uno de los conjuntos que más se ponía. Tenía los dedos ásperos de sostener constantemente la brocha de pintar.

Estaba exactamente igual.

—Papá...

Cubrió la distancia que nos separaba y me agarró por los codos. El aroma de su colonia me inundó.

—Tatum, te has convertido en una mujer preciosa. Eres igual que tu madre... Apenas puedo creerlo.

Nunca mencionaba a mi madre cuando vivía.

—Creo que también me parezco a ti.

Su sonrisa se suavizó ligeramente.

—Sin duda alguna. —Me subió las manos por los brazos antes de retroceder—. La mujer más rica del mundo... Me gustaría decir que me sorprende, pero no es así. Siempre supe que conseguirías grandes cosas, pero algo tan inmenso... no me lo podría haber imaginado.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero no eran lágrimas de dolor. Se debían a algo totalmente distinto.

—Quería cuidar de ti. Quería darte una vida mejor... Siento no haberlo logrado lo suficientemente rápido.

—¿Una vida mejor? —Ladeó la cabeza y me dirigió aquella mirada de sorpresa que solía dedicarme cuando decía algo que no tenía sentido—. Tatum, tuve una vida maravillosa. Ojalá hubiera podido permitirme comprarte mejor ropa para la escuela y pagarte la matrícula de la universidad... pero tenía todo lo demás que me hacía falta. Te tenía a ti. Con eso siempre he tenido más que suficiente.

—Papá... —Ahora las lágrimas me caían por las mejillas formando dos

regueros por mi rostro.

—Cariño. —Volvió a cogerme por los codos—. No estés triste. No tienes ni idea de lo orgulloso que estoy de ti.

—Ya lo sé... Siempre lo he sabido.

—Y además publicaste mi libro. —Las gafas aumentaban la humedad de sus ojos, mostrando las lágrimas que estaban por aflorar—. Hiciste realidad mi sueño.

—Claro que sí.

—Fue tan bonito por tu parte... —Me frotó los brazos de arriba abajo con las manos—. No tienes ni idea de cuánto me alegro de volverte a ver. Pero también temía este día. No debería haber llegado tan pronto.

Sus palabras cayeron sobre mí como una losa, impactándome con su significado.

—Eso quiere decir...

—Sí.

—Ah...

Me apretó los brazos con delicadeza.

—A menos que haya algo por lo que merezca la pena luchar. ¿Es así, Tatum?

Me vino a la mente la cara de Diesel. De repente sentí su anillo en mi dedo y noté el peso del pequeño diamante. Levanté la mano y se lo enseñé a mi padre.

Lo examinó con la misma sonrisa infantil.

—Es precioso.

—Gracias... Él te encantaría.

—Ya me encanta. Diesel Hunt... Es un hombre muy apuesto.

Volví a mirarlo a la cara, sintiendo los ojos y las mejillas hinchados.

—Entonces parece que sí hay algo por lo que luchar...

Asentí.

—Sí, sí que lo hay. Quiero quedarme contigo... Te echo de menos. Pero...

—Vete, cariño. Como he dicho, es demasiado pronto para ti. —Me soltó y dio un paso atrás—. Hay tantísimas otras cosas que tienes que hacer, Tatum. Te has convertido en la mujer más rica del mundo con treinta años. ¿De qué más eres capaz?

—Siempre he querido formar mi propia familia.

—Bien. No hay una alegría mayor que tener un hijo. Lo sé por experiencia. Mi sonrisa se desvaneció mientras las lágrimas seguían brotando.

Me cogió las dos manos y las unió entre las suyas.

—Vete, cariño. Lucha para volver con él. Ya tendremos tiempo más adelante.

—Es que no tuvimos tiempo suficiente en un principio...

—Tenemos toda la eternidad. —Me apretó las manos antes de soltarme—.

¿Puedes darle un mensaje a Diesel?

—Claro.

—Dile que tiene mi bendición.

Volvió a aparecer una sonrisa en mis labios.

—Y dile que se perdone.

Mi sonrisa se difuminó igual de rápido.

—¿Que se perdone por qué?

—Por no haber recibido esa bala por ti.

TRES

Diesel

Habían pasado doce horas.

Sin novedades.

Le pregunté a la enfermera de la recepción, pero no tenía nada nuevo que comunicarme. Acabó su turno y fue sustituida por otra enfermera a la que empecé a incordiar igual que había hecho con la anterior.

Mi padre no se movió de mi lado en ningún momento.

Thorn no durmió y parecía tan disgustado como cuando se había enterado de la noticia.

Yo no había cerrado los ojos ni un segundo; me sentía incapaz de relajarme hasta saber algo. No bebí ni comí, y cuando me empezó a doler la cabeza, ignoré el dolor.

Los padres de Thorn habían llegado una hora antes. Se hicieron las presentaciones de rigor, pero no recordaba sus nombres porque no había estado escuchando. Brett me habló un rato de deportes con la intención evidente de intentar quitarme la situación actual de la cabeza.

Nada podría conseguir que dejara de pensar en ello.

Deseé que Bruce Carol no estuviese muerto sólo para poder volver a matarlo yo mismo.

Pero un tiro en la cabeza sería demasiado bueno para él.

Tenía que hacerlo sufrir.

Con mis propias manos.

Quince horas después entró por fin un médico en la sala de estar. Tenía el pelo cano y gafas, llevaba un pijama azul y parecía estar buscando a alguien.

Esperaba que fuese a mí.

Me levanté y lo miré fijamente, deseando asegurarme de que no me pasara por alto. Había otras personas esperando noticias sobre sus seres queridos, así

que no era el único en la sala ansioso por recibir información.

Pero se acercó a mí, así que debía de ser yo a quien estaba buscando.

Joder.

Por favor, Dios.

Mi padre y mis hermanos se arremolinaron a mi alrededor, como también hicieron Thorn y sus padres.

Yo estaba de pie con las manos en las caderas, sintiendo cómo se me aceleraba la respiración a pesar de no haber recibido todavía ninguna noticia. Si ella no había conseguido salir con vida, entonces no quería que me dijera nada. Sería incapaz de enfrentarme a aquellas espeluznantes palabras.

Ya las había oído una vez. No podría volver a hacerlo.

—¿Familiares de Tatum Titan? —preguntó el médico.

Ni uno solo de los que estábamos allí estaba emparentado con ella. No tenía familiares con vida. La familia de la que se había rodeado tenía su origen en algo más fuerte que la sangre. Yo la quería más que nadie a quien ella hubiese conocido y con aquello bastaba y sobraba.

—Sí.

Se puso las manos en las caderas.

—La bala había provocado gran cantidad de lesiones internas. Le perforó el pecho, alcanzó una gran arteria, le rozó el corazón y provocó numerosos daños en sus tejidos blandos. Había perdido la mitad de su sangre, por lo que tuvimos que hacerle una transfusión de emergencia... —Continuó enumerando todas sus lesiones.

Apenas pude soportarlo.

—Casi al final de la intervención la hemos perdido unos momentos...

Me tambaleé de inmediato a pesar de haberme mantenido de pie y erguido hasta ese momento.

Como si mi padre se hubiera estado esperando que pasase, me sujetó con ambos brazos. Me estabilizó en el suelo, manteniendo mis pies en su sitio.

—¿Eso qué quiere decir? —exigí saber.

—Se le paró el corazón —continuó el médico—. La reanimamos y luego se estabilizó, tras lo cual completamos con éxito la operación. Quiero mantenerla muy vigilada durante las próximas veinticuatro horas, sólo por si acaso. Así que de momento se quedará en la UCI. Después la pasaremos a la planta de cirugía.

Había empezado con unas noticias tan espantosas que estuve a punto de perderme las buenas.

—Entonces, ¿está bien?

—Por ahora sí —dijo—. Teniendo en cuenta todas las lesiones que ha sufrido, ha resistido sorprendentemente bien. Es fuerte y está sana, eso desde luego. Seguirá dormida unas cuantas horas más y quiero vigilarla por si surgen signos de infección. Estará aquí por lo menos una semana.

Me importaba una mierda cuánto tiempo tuviera que quedarse allí. Lo único que me importaba era que estaba bien.

Que viviría.

—Gracias... —No sabía cómo se llamaba. Seguramente me lo hubiera dicho, pero yo no había estado prestando atención—. Necesito verla. ¿Cuándo puedo verla?

—Sólo se permiten dos visitantes a la vez —dijo el médico—. Debido a su riesgo de infección, tendrán que desinfectarse y cambiarse de ropa.

—Muy bien—. Lo único que yo quería era verla.

—Los llevaré con ella —dijo—. ¿Quién va a venir?

Aquello no fue demasiado difícil de determinar.

—Vamos, Thorn.

Vino conmigo, sabiendo que nosotros éramos las dos personas en el mundo a las que más ganas tendría de ver.

HABÍA TUBOS POR TODAS PARTES, una máquina respiraba por ella y estaba más pálida de lo que la había visto nunca. Aquella mujer fuerte e inquebrantable había sido profanada por un lunático que había intentado matarla, pero sólo había conseguido arrebatarse la fuerza... por muy poco tiempo.

Me resultaba difícil mirarla.

Tendría que haberla protegido.

Me quedé junto a su cama llevando puesta la bata de hospital y los guantes que me habían dado. Thorn iba ataviado de la misma guisa.

Seguíamos sin hablar entre nosotros, limitándonos a mirar fijamente a Titan.

—Te debo una disculpa.

Me di la vuelta hacia Thorn, no muy seguro de haber escuchado su voz por todo el tiempo que llevaba sin hablar.

—Tendría que haberte creído —continuó sin apartar la vista de Titan—. Si los dos te hubiéramos creído desde el principio, quizá esto nunca hubiese sucedido.

—No me debes ninguna disculpa, Thorn. —El único que debería estar disculpándose era yo. Proteger a Titan era mi obligación y no había cumplido con ella. Le había fallado.

Le había fallado, joder.

—De todas formas, lo siento —susurró.

Yo la observaba respirar por el tubo y veía su pecho subir y bajar. Parecía minúscula en aquella cama. No tenía sus tacones de aguja ni su ropa de diseño. No tenía su elegancia y saber estar de siempre. Era una mujer que luchaba por continuar con vida.

Thorn me consoló como si pudiese sentir mi dolor.

—Se va a poner bien. Lo peor ya ha pasado.

—¿Tú crees? —Contemplaba su manita, inmóvil a su costado.

—Claro.

Clavé la vista en mis manos y sentí que mi respiración se volvía entrecortada.

—Yo no paro de repetírmelo... porque no podría soportarlo si... —Me negué a terminar la frase, a pronunciar aquellas espantosas palabras en alto. Era un destino que me sentía incapaz de imaginar. Prefería morir a vivir en un mundo en el que ella no existiese.

—Es la persona más fuerte que he conocido jamás. Lo conseguirá.

Asentí, de acuerdo con él.

—Es una fiera.

—Sí que lo es. A pesar de llevar un disparo en el pecho, consiguió cargárselo. Saldrá de esta.

—Tienes razón. —Era la primera vez que me sentía un poco mejor. Pero seguiría intranquilo hasta que abriese los ojos y me cogiese la mano.

Seguiría intranquilo hasta que pudiese decirle que la amaba... y ella pudiera decírmelo a mí.

THORN SE QUEDÓ amodorrado en la silla, incapaz de seguir manteniendo los ojos abiertos después de treinta y seis horas sin dormir.

Yo prácticamente no cerré los ojos, excepto para parpadear.

Puede que delirase de agotamiento o puede que la esperanza me diera fuerzas. Fuese cual fuese la razón, mis ojos no se apartaron en ningún momento de su rostro mientras yo esperaba... deseando lo mejor.

Al final, movió los pies. Agarró las sábanas con la mano. Respiró más hondo de lo normal.

—Tatum. —Mi mano se desplazó hasta la suya en la cama. El guante de látex separaba mi piel de la suya, pero aquello era mejor que nada—. Estoy aquí, pequeña. —No necesitaba decirle que era yo. Ella siempre reconocería mi voz.

Sus ojos se abrieron y me miró.

No podía hablar por causa del tubo que tenía en la boca, pero dijo con la mirada todo lo que no podía decir con palabras. Me devolvió el apretón de la mano, se le llenaron los ojos de lágrimas y extendió su otra mano hacia mí.

Apreté el botón para llamar a la enfermera y tomé su otra mano de pie junto a la cama.

La enfermera entró unos segundos después y ayudó al médico a sacarle el tubo de la garganta. Apagaron la máquina porque ya estaba respirando por su cuenta. La examinaron antes de volver a salir de la habitación para darnos un poco de privacidad.

Se aclaró varias veces la garganta, incapaz de hablar.

Me senté en el borde de la cama y la cogí por ambas manos. Quería tocarla más, pero no me acerqué demasiado a ella por miedo a sus lesiones.

—¿Qué tal te sientes?

—Yo... no lo sé. —Me pasó suavemente los pulgares por encima de los nudillos—. Supongo que bien.

Mi instinto natural fue apretarle las manos para poder sentir su fuerte pulso contra mi piel con alivio, pero me contuve de hacer todo lo que quería, como tumbarme a su lado en aquella cama y rodearla con mis brazos.

—El médico ha dicho que todo va muy bien, aunque quieren que te quedes un poco para asegurarse de que continúas recuperándote.

Tenía los párpados pesados por el cansancio y parecía débil a pesar de todo lo que había dormido.

—Diesel... he muerto.

Se me enfriaron las manos y se me congeló el semblante. El médico no le había mencionado en ningún momento que su corazón había dejado de latir durante la operación.

—No, estás aquí. Estás aquí conmigo, Tatum. —Le apreté las manos suavemente.

—No... Me fui. No sé cuánto tiempo ha durado, pero he estado muerta.

Yo todavía no había tomado aliento, incapacitado por el exceso de tensión.

—Y he visto a mi padre.

Estaba bajo los efectos de una gran dosis de medicamentos, por no hablar

de las secuelas de la anestesia, así que no la contradije ni puse en duda lo que afirmaba haber visto.

—Me dijo que estaba orgulloso de mí... y que me quería.

Mantuve su mirada mientras la acariciaba con los dedos.

—Sé que parece una locura y entiendo cómo debe de sonar... pero ha pasado de verdad. Cuando me tocó, lo sentí. Sentí su espíritu y creo que él sintió el mío. Me dijo que podía luchar para volver aquí... siempre que tuviera algo por lo que vivir. Me dijo que tienes su bendición... y que debes perdonarte a ti mismo.

—¿Perdonarme? —susurré.

—Dijo que te sentías culpable por no haberme protegido...

Sí que me sentía culpable... y aquello me dio escalofríos. Había estado pensando en ello en la sala de espera. Lo había estado pensando desde el momento en que me había enterado de lo sucedido.

—Siento no haber estado ahí para ti, pequeña.

—No me pidas perdón, Diesel.

—Tendría que haberte esperado.

—No, no hagas eso...

Inspiré profundamente y cerré los ojos, apaciguando la emoción que se me había acumulado en el pecho. Sentí las lágrimas antes de que brotasen, sentí la angustia antes de que aflorase realmente a la superficie. Ahora que ella estaba bien, por fin podía dejarlo salir todo. Me hubiera sido imposible contener el dolor embotellado en mi interior durante más tiempo. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Dos de ellas resbalaron por mis mejillas.

—Diesel... —Me apretó las manos con sus escasas fuerzas.

Respiré hondo y detuve la emoción en seco, tragándomela para que no regresara. Aquella era toda la vulnerabilidad que pensaba dejar ver. Yo nunca mostraba debilidad ante nadie. Ella era la que casi había muerto. Todo debía girar en torno a ella, no a mí.

—Tendría que haberte protegido, Tatum. Tendría que haber estado a tu lado. Yo debería haber recibido esa bala. Esto no debería haber sucedido.

—Pero sí que ha sucedido, Diesel. Y estoy bien. Eso es lo único que importa.

Ella podía decir todo lo que quisiera para intentar hacerme sentir mejor, pero nada de eso conseguiría que cambiase de opinión. Le había pedido que fuese mi esposa y aquello quería decir que era lo más importante de toda mi

vida. A partir de aquel momento tendría que hacerlo mejor y dedicarme a su bienestar todos y cada uno de los días.

—No volverá a suceder. —Me llevé sus manos a los labios y las besé—. Te lo prometo.

Me apretó las manos.

—Lo sé.

Me senté junto a ella y sostuve sus manos en silencio, saboreando la sensación de su pulso bajo la punta de mis dedos, aquella señal de vida bajo su piel. Seguía conmigo. Seguía allí mismo conmigo. Y yo todavía podría pasar mi vida con ella.

—¿Está muerto? —susurró.

Asentí.

—Lo mataste.

—Me alegro.

Y yo me alegraba de que no sintiera ningún remordimiento. Aunque hubiese acabado con una vida, había sido en defensa propia. Era ella o él, y había tomado la decisión correcta.

—Ya no necesitas volver a preocuparte por él nunca más.

—Siento no haberte creído desde el principio, Diesel. Ahora sé que estaba equivocada... y he sufrido las consecuencias.

—Olvídalo, por favor. —Habíamos perdido algo de tiempos juntos por aquello, pero nos habíamos reconciliado de todos modos. Daba igual lo que hubiera ocurrido en el pasado. Lo único que importaba era el futuro, un futuro que nos incluía a ambos.

—Aun así lo siento, Diesel. Sé cuánto daño te hice.

—Pero lo compensaste al pedirme que me casara contigo.

Sonrió.

—Pensaba que me lo habías pedido tú.

—Lo hice. Los dos lo hicimos. —Mis grandes manos cubrían prácticamente del todo las suyas. Tenía el doble de su tamaño y la eclipsaba en todos los sentidos. Sabía que aquello hacía que se sintiera segura, y, mientras yo estuviese allí sentado, no haría falta que se volviera a preocupar por nada.

Thorn se removió en su silla en el rincón y, después de frotarse los ojos para despejarse, miró a Titan. Lo último en lo que había pensado se borró de su mente porque toda su atención se concentró en Titan. Se levantó y se acercó al otro lado de la cama sin dejar de mirarla con ojos cargados de amor y

miedo. El ejecutivo corporativo que no traicionaba nunca un gesto había quedado reducido a un hombre emotivo. Se detuvo a su lado y la estudió con detenimiento, advirtiendo la palidez que yo había notado en cuanto le había puesto la vista encima. Desplazó la mirada por todo su cuerpo y vio la gasa que sobresalía por debajo de su camión. Apoyó las manos en el borde de la cama.

—He pasado un miedo de la hostia, Titan. —Dejó escapar un profundo suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde que la habían disparado.

Le solté una de las manos porque sabía que no podía acaparar ambas.

Ella alargó la mano hasta la de Thorn y la sostuvo firmemente.

—Estoy bien, Thorn.

Él acercó una silla y se sentó pegado a ella todavía con la mano en la suya.

—No hubiera sabido qué hacer sin ti... eres mi mejor amiga. Eres la única persona que me conoce de verdad... —Cuando le falló la voz, dejó de hablar. Ocultó la emoción en el instante en que surgió, obligando a su rostro a adoptar de nuevo una expresión de masculino estoicismo. A lo mejor fue porque yo estaba allí sentado, o sencillamente puede que no fuera de los que expresan abiertamente sus emociones.

Debería haberme ofrecido a salir, pero me negaba a separarme de ella.

—Tú también eres mi mejor amigo —dijo ella en voz baja—. Y no pienso irme a ningún sitio. Estoy aquí mismo, Thorn. Estaré aquí todos los días para avisarte cuando te estés portando como un capullo y para ponerte derecho...

Él dejó ver una sonrisa.

—Esto no es más que un bache en la carretera. Pronto me recuperaré y volveré a ser la de siempre.

—Sé que lo harás. —Entrelazó sus dedos con los de ella—. Me siento orgullosísimo de ti. Ese cabrón te estaba apuntando un arma a la cara y tú ni te inmutaste.

—Como si fuera a darle esa satisfacción. —Su voz era suave, pero llena de odio.

—No te rendiste —continuó—. Te habían disparado en el pecho, pero eso no te detuvo. No hay palabras para describir esa clase de fortaleza... esa clase de valentía.

—No fue por ninguna de las dos cosas. —Nos estrechó la mano a ambos—. Es sólo que tenía muchísimo por lo que vivir.

CUANDO LOS MÉDICOS decidieron que su estado ya no era crítico la trasladaron a otra planta. Tenía una habitación privada con su propia cocina y sala de estar. Era una habitación de hospital lo bastante bonita para ser la *suite* de un hotel. Le permitían recibir más visitas, pero yo mantuve alejado a todo el mundo el siguiente par de días.

Quería que descansara.

Yo estaba empezando a delirar por la falta de sueño. Tampoco comía apenas nada. Sabía que en aquel punto ya no corría peligro, pero no conseguía apartarme de su lado. La ropa empezaba a parecerme incómoda y mi pelo estaba adquiriendo un aspecto demasiado grasiento.

Pero no pensaba marcharme.

—Diesel.

Estaba sentado en el sofá que había junto a su cama viendo la televisión sin sonido mientras ella dormía. Volví la vista hacia ella.

—¿Sí, pequeña?

—Vete a casa y duerme un poco. —Parecía pequeña en la gran cama con aquellos cables todavía conectados a su cuerpo. Apoyaba las manos en la cama a los costados y lucía el anillo de compromiso en la mano izquierda. Todavía no se lo había quitado... justo como me prometió.

—Me iré a casa cuando te vayas tú. —Me giré de nuevo hacia el televisor.

—Diesel —repitió—. Estás exhausto. Por favor, ve a descansar un poco.

—Este sofá es perfecto.

Suspiró entre dientes mientras se agotaba su paciencia.

—Thorn se ha marchado.

—Él no es tu prometido. —Todavía no estábamos casados, pero yo ya me consideraba su marido. Si ella estaba postrada en la cama de un hospital, mi sitio estaba a su lado—. Yo sí.

Puso los ojos en blanco.

Capté el gesto por el rabillo del ojo y me volví hacia ella, mirándola con los ojos entrecerrados.

—No me pongas a prueba, pequeña. —Es posible que estuviera en vías de recuperación, pero yo seguía nervioso. Hasta que comprobase que había recuperado su fuerza y se paseara por ahí con sus zapatos de tacón, no dejaría de preocuparme ni un instante.

Alguien tocó con los nudillos en la puerta abierta.

—¿Puedo pasar? —Mi padre estaba en el umbral vestido con unos vaqueros negros y una camisa azul oscuro de manga larga. Era martes, así que

claramente había decidido no pasar por la oficina aquella tarde.

Titan se incorporó en la cama y sonrió.

—Por favor.

Le había pedido a mi familia que se mantuviese alejada para no agobiar a Titan. Habían hecho lo que les había pedido, pero no podían seguir haciéndolo para siempre.

Mi padre se adentró en la habitación y se detuvo junto a su cama.

—Tienes buen aspecto, Tatum.

—Gracias, Vincent.

Se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Si eso lo hubiera hecho un mes antes, le habría dado un puñetazo en la cara. Pero sabía que la veía como a una hija, y ella a él como un padre.

Cubrió la mano de ella con la suya.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien —respondió Titan—. Me siento un poco más fuerte con cada día que pasa. Los médicos dicen que mis análisis son buenos y que, si sigo así, me recuperaré por completo. Sólo necesito algo de tiempo para conseguirlo.

—Conociéndote, lo lograrás en la mitad de tiempo. —Le dio un apretón en la mano y él le sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Eso espero.

Mi padre apartó la mano y se la metió en el bolsillo. Luego me miró.

—Pareces cansado, hijo.

Me llamaba así siempre que tenía ocasión. Estaba empezando a convertirse en un hábito al que me estaba acostumbrando con increíble rapidez. Habíamos pasado de no dirigirnos la palabra en años a establecer una relación de forma casi instantánea. Era raro lo normal que parecía todo.

—Estoy perfectamente.

Titan sacudió la mano.

—Le he pedido que se vaya a casa y duerma un poco, pero es muy cabezota.

Mi padre soltó una risita.

—Es indudablemente el más cabezota de mis tres hijos.

Me gustaba que se refiriese a Brett como uno de nosotros.

—Qué me vas a contar que no sepa —aseguró Titan—. No ha comido ni se ha duchado.

—Que estoy bien —repetí, molesto por que siguiéramos hablando de

aquello.

Titan le puso los ojos en blanco a mi padre.

—Te he visto —dije en tono amenazador.

—Bueno, es que no me estaba escondiendo —contraatacó Titan.

Mi padre se rio de nuestras pullas.

—Diesel, vete a casa y acuéstate un rato. Yo me quedaré con Titan hasta que vuelvas.

Miré fijamente a mi padre sin saber muy bien qué decir.

Él se metió las manos en los bolsillos.

—La vigilaré como un perro guardián. Te lo prometo.

—Vete, Diesel —dijo Titan—. Me quedo en buenas manos.

Me levanté del sofá y me puse junto a Titan mirando a mi padre.

—¿No te importa?

—Por supuesto que no. —Su rostro expresaba ternura, pero seguía pareciendo poderoso por la postura de su amplia complexión.

—Sé que estás ocupado, papá —protesté—. Tienes cosas más importantes que hacer.

Negó con la cabeza.

—No hay nada más importante que la familia, Diesel. Me encantaría pasar un rato con mi futura nuera.

Mi padre era uno de los hombres más poderosos de la ciudad... y del mundo. Podía lograr que pasara cualquier cosa con sólo chasquear los dedos. Era aterradoramente inteligente y tenía la constitución de un buey. Nadie se arriesgaría a enfadarlo... y por tanto tampoco se meterían con ella. No podía dejarla en mejor compañía. La única otra persona con la que la habría dejado era Thorn, pero él estaba recuperando el sueño perdido. Me giré hacia Titan.

—¿A ti te parece bien, pequeña?

—Sí —dijo irritada—. Y ahora vete, luego nos vemos.

—Volveré en unas horas. —Me incliné sobre ella y la besé.

Me devolvió el beso durante más tiempo del que esperaba y lo hizo con cierta sensualidad.

—Más te vale no aparecer por aquí en menos de doce horas. De lo contrario, no te dejaré pasar por esa puerta. —Me dio un beso en la comisura de la boca antes de permitir que me apartara.

Puse mi mano sobre las suyas, tocando el anillo con el pulgar.

—Entonces volveré dentro de doce horas y un minuto.

—Y ni un segundo antes. —Me dedicó aquella mirada de amor que yo

adoraba, esa que decía que yo era el único hombre que importaba en el mundo. Nunca la había visto mirar así a nadie más. Ni siquiera cuando estuvo comprometida con Thorn y tenía que hacer el paripé le había dedicado aquella expresión. Era sólo para mí—. Te quiero.

—Y yo también a ti. —Nunca había apreciado más aquel intercambio que en aquel momento. Había tenido miedo de no tener jamás la oportunidad de volver a decirle aquellas dos sencillas palabras. Ahora podía decírselas, y tenía el resto de nuestras vidas para seguir haciéndolo—. Llámame si necesitas algo.

—De acuerdo.

Rodeé la cama y me detuve ante mi padre.

—No te muevas de su lado, ¿vale?

Podría haberme tomado el pelo por lo ridículamente protector que estaba siendo, pero no lo hizo. Bruce estaba muerto y ella no tenía más enemigos por ahí, pero aquello no quería decir que estuviera a salvo. Quería que alguien la vigilase en todo momento hasta que estuviera lo bastante recuperada para volver a cuidarse sola.

—Te doy mi palabra, hijo.

CUATRO

Titan

La televisión estaba encendida en la pared, pero yo no dediqué ni un segundo a verla. Quería pedirle a alguien que me trajera el ordenador para poder trabajar un poco, pero sabía que Diesel perdería los estribos si se enteraba. Había pasado por mucho y yo no quería presionarlo.

Vincent estaba sentado en el sofá que había junto a mi cama con un brazo apoyado en el respaldo. Tenía la vista puesta en el televisor la mayor parte del tiempo, y entre nosotros se extendía un cómodo silencio, igual que me ocurría con Thorn.

Hacía aproximadamente cinco horas que Diesel se había marchado, y yo sabía que se había quedado dormido en cuanto había apoyado la cabeza en la almohada. Me había ocultado bien su agotamiento, pero yo sabía que se estaba viniendo abajo poco a poco. No había comido ni se había duchado desde que me habían ingresado en el hospital cuatro días antes. Echaba algunas cabezadas durante la noche, pero aquello haría sucumbir hasta al hombre más fuerte a causa del estrés.

Me alegraba de que por fin se hubiera tomado algo de tiempo para sí mismo.

—¿Necesitas algo, Tatum? —me preguntó Vincent.

—No, gracias. Estoy bien. —Seguía postrada en la cama con una amplia ventana a mi derecha. Desde mi planta podía contemplar la ciudad entera: era una vista preciosa que me recordaba a la que tenía desde mi ático.

—Mi hijo te quiere de verdad. —Posó la mirada en mí, aquellos ojos marrón oscuro idénticos a los de Diesel—. Apenas fue capaz de hablar durante todo el tiempo que pasamos en la sala de espera. Estaba hundido. Nunca había visto a mi hijo tan asustado en toda su vida. Perder a su madre fue un varapalo, pero esto ha sido algo muchísimo peor.

Sabía lo mal que lo había pasado Diesel. No me hacía falta verlo sufrir para darme cuenta. Lo único que tenía que hacer era imaginar la situación a la inversa y lo entendía a la perfección.

—Ya lo sé...

Volvió a girarse hacia el televisor.

—Parece que las cosas van bien entre vosotros.

—Sí, sí que van bien —dijo—. Y me siento agradecido. Me alegro de haber podido sentarme con él en la sala de espera. Agradezco haber tenido el privilegio de consolarlo, de estar a su lado cuando más necesitaba a alguien. Agradezco haber conseguido ser un padre para él... después de todo el tiempo que perdí.

—Yo también lo agradezco.

—Ha sido gracias a ti —dijo en voz baja—. Puede que mi mujer no esté tan enfadada conmigo cuando la vuelva a ver...

Hacía muchos años que ya no estaba, pero él seguía adorándola como si su amor no hubiera mermado por su separación.

—No estará enfadada contigo, Vincent. Has compensado lo que hiciste más que de sobra.

Esbozó una pequeña sonrisa que sólo duró un instante.

—Espero que tengas razón, Titan. —Cambió de postura en el sofá y quedó de frente a mí con una pierna cruzada. Eran las cinco de la tarde y Diesel tardaría mucho en volver—. Bueno, ¿tienes alguna idea para la boda?

—No he pensado en ello demasiado.

—¿Qué te parece pensarlo ahora?

—Bueno... Sé que quiero algo pequeño. Sólo nosotros y algunas personas más.

Asintió.

—En algún lugar donde no se vuelvan locos sacándonos fotos. Francia, a lo mejor.

—Francia es una maravilla.

—Lo único que quiero es ponerme un vestido de novia. Todo lo demás me da igual.

—Vas a ser una novia preciosa, Tatum, te pongas lo que te pongas.

—Gracias, Vincent.

—Ya tengo ganas. ¿Cuándo crees que será?

—Lo antes posible.

—¿Sí? —preguntó sorprendido.

Ni siquiera se lo había preguntado a Diesel, pero sabía que él quería lo mismo que yo.

—Quiero que seamos marido y mujer en cuanto esté recuperada. No quiero esperar cuando no se sabe lo que va a ocurrir. El día en que me dispararon estaba siendo totalmente normal. Creemos que tenemos toda la vida, pero en realidad no sabemos cuánto tiempo nos queda.

—Muy cierto —dijo—. También era un día normal cuando perdí a mi mujer. No paro de revivir aquel día una y otra vez en mi mente. Si simplemente le hubiera pedido que se quedara en casa, nunca habría ocurrido. Estaría aquí ahora. Vería a su hijo casarse con una mujer fantástica. —Siempre que hablaba de su mujer, lo hacía con una enorme pena y al mismo tiempo carente de emociones. Aceptaba su muerte, pero no aceptaba su vida sin ella—. Es lo mismo que le pasa a Diesel contigo. Si él hubiera estado allí... a lo mejor las cosas habrían sido distintas. Me alegro de que en su caso el desenlace haya sido tan distinto al mío.

—Lo siento mucho, Vincent...

—Lo sé, Titan. —Estaba sentado en su silla perfectamente recto, y sus anchos hombros todavía poseían el vigor de alguien joven. A pesar de su evidente poder, no podía protegerse del punzante dolor de la pérdida.

—Todavía eres muy joven, Vincent, lo sabes.

La comisura de la boca se le curvó en una sonrisa.

—Gracias, Titan. Lo cierto es que no me siento como si tuviera casi sesenta años.

—Podrías vivir cuarenta años más.

—Eso espero. Tengo ganas de tener nietos.

Sonreí.

—Pero podrías tener ganas de muchas más cosas... si tuvieras a alguien con quien compartir tu vida. —No quería presionar a Vincent para que hiciera algo que no quería, pero era un hombre atractivo que todavía tenía mucho que ofrecer. Tenía otra oportunidad para ser feliz... si quería—. No estoy intentando ofenderte...

—Tú nunca me ofendes, cariño.

El hilo de mis pensamientos se detuvo de inmediato cuando usó aquel término cariñoso. Mi padre solía llamarme así todos los días. Thorn me lo decía de vez en cuando, pero me resultaba distinto viniendo de Vincent, un hombre en quien veía una figura paterna.

—Sólo me pregunto si podrías volver a ser feliz, en caso de darte otra

oportunidad. Estoy seguro de que tu mujer querría que encontrases a otra persona.

—Sé que sí —dijo con sencillez—, pero no sé...

Yo no quería insistir porque no era de mi incumbencia. Si yo perdiera a Diesel, seguramente a mí tampoco me interesaría volver a enamorarme. Me habían hecho falta casi diez años sólo para darle una oportunidad a otro hombre.

—No tienes que forzar la situación, pero a lo mejor podrías dejar la puerta abierta. —Pasaba tiempo con mujeres de mi edad, mujeres que probablemente sólo lo querían por su dinero. Si empezaba a salir con alguien de una edad más próxima a la suya, tal vez encontrase una conexión auténtica.

—Me lo pensaré. Pero llevo tanto tiempo solo que ya ni siquiera sé cómo estar con alguien. Mis líos sólo duran unos meses... y siempre les digo que no es nada más que una aventura pasajera.

—Tú sólo ten la mente abierta y... quizás busca a alguien de tu edad.

—La mayoría de las mujeres de mi edad están casadas.

—No todas.

Volvió a fijar la mirada en la televisión.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí.

—No tienes que responder si no quieres.

—Lo sé. —Con Vincent había tardado poco en sentirme cómoda. Aunque no fuera el padre de Diesel, sentiría alguna clase de afecto por él. Era un caballero, un hombre fuerte con un alma sensible. No necesitaba ser implacable todo el tiempo para imponer respeto.

—¿Qué sentiste al... recibir un disparo? —Me miró con su intensa mirada, pero sus ojos mostraban un ligero atisbo de duda—. Como he dicho, no tienes por qué responder.

Yo no sentía nada de estrés por el trauma. Había sido un suceso caótico, pero me había hecho con la situación y la había superado. No tenía miedo de que volvieran a dispararme. Cuando me había apuntado con la pistola a la cara, no me había inmutado. Tampoco me había rendido. Había luchado hasta el mismísimo final y... había ganado.

—No fue doloroso. Debía de tener el cuerpo en tal estado de conmoción que ni siquiera lo sentí. Tampoco noté que estaba perdiendo sangre. El pulso me palpitaba en los oídos y ni siquiera tuve tiempo de pensar. Sólo sabía que tenía que sobrevivir y que iba a hacer cualquier cosa para lograrlo. Así que

hice lo que tenía que hacer... y no me siento mal por ello.

—No deberías. Se lo merecía.

—No me provoca ninguna pesadilla. El hecho de haber disparado ese arma me ha permitido pasar página. Ahora sé que mi mayor enemigo ha desaparecido y puedo dormir tranquila.

—Me alegro de que te sientas así. Y gracias por responder a mi pregunta.

—De nada.

—Ojalá yo pudiera matar al tipo que mató a mi mujer... pero va a estar pudriéndose en la cárcel el resto de su vida. Supongo que con eso me basta.

No había ningún tipo de castigo que pudiera consolarlo por su pérdida, pero aquello era mejor que nada.

—Me alegro de que se hiciera justicia.

—Sí...

Llamaron a la puerta y entró Thorn. Llevaba un traje nuevo y el cabello peinado después de haberse duchado. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo había visto, sucio y falto de sueño.

—¿Puedo pasar?

—Tú siempre puedes pasar —respondí.

Se acercó a mi cama y me puso una mano en el brazo.

—¿Cómo te encuentras? Tienes buen aspecto.

—Gracias. La verdad es que me siento mucho mejor.

—Vuelves a tener color en las mejillas, sonríes... Pareces la de siempre.

—Gracias.

Se volvió hacia Vincent.

—Hola. ¿Tú qué tal estás?

—Bien —contestó Vincent—. Sólo estaba pasando algo de tiempo con Tatum.

Thorn lanzó una mirada hacia la puerta del baño, que estaba abierta, y luego se giró hacia mí.

—¿Dónde está Diesel?

—Se ha ido a casa —dije—. Necesitaba dormir un poco y darse una ducha.

—Vaya —dijo Thorn—. Me sorprende que se haya marchado.

—Tatum ha tenido que obligarlo —explicó Vincent—. Y yo me he ofrecido a quedarme con ella.

—Ah... Eso tiene lógica. —Thorn me lanzó una sonrisa—. Ya me imaginaba que no se apartaría de tu lado a menos que no tuviera otro remedio.

—A veces se pone un poco dramático —dije con una carcajada.

—Es que es un dramático —coincidió Thorn—. Pero también es buen tipo... el mejor.

Sonreí.

—Gracias, Thorn.

Retiró la mano.

—¿Puedo traerte algo del mundo exterior?

—Un Old Fashioned —respondí.

Negó con la cabeza.

—Buen intento.

—Entonces no necesito nada —aseguré—. Tengo todo lo que me hace falta.

—¿Cuánto tiempo más vas a estar aquí? —Se metió las dos manos en los bolsillos del traje.

—Al menos cinco días más... por desgracia. —Me moría de ganas de irme a mi casa. Al menos podría trabajar un poco mientras estaba en la cama.

—Mis padres quieren venir mañana. ¿Te parece bien?

—Claro que sí. Me encantaría verlos.

—Han estado muy preocupados por ti —dijo Thorn—. Cuando les dije que te ibas a poner bien, mi madre se pasó diez minutos llorando.

—Ay... Es más buena...

—Mi padre también está aliviado. Eres como una hija para ellos.

Siempre me habían hecho sentir como si lo fuera.

—Ya lo sé...

Se sacó una baraja de cartas del bolsillo.

—¿Quieres jugar una partida de póker?

Thorn y yo solíamos jugar siempre que intentábamos matar el tiempo en el avión.

—Thorn, sé que estás ocupado. Que te pases por aquí a saludar es más que suficiente.

Sacó una silla y colocó la mesa entre nosotros.

—Que no estemos casados no significa que no seamos familia. Así que no hay ningún lugar del mundo en el que me gustaría estar más que aquí contigo.

CINCO

Thorn

Conocía lo bastante bien a Titan para entender lo importante que era el trabajo para ella.

Le daba un nuevo sentido a la expresión «adicto al trabajo».

No era cuestión de dinero, sino de respeto y poder. Necesitaba mantener su estatus como la mujer más rica del mundo por el prestigio que le otorgaba. Aquello aumentaba el empoderamiento de todas las mujeres y ella estaba decidida a ser quien ocupara aquel puesto.

Comprendía bien todos sus negocios porque los había visto crecer desde la nada, y por eso yo era el que mejor podía dirigirlos en su ausencia. No le conté lo que iba a hacer antes de hacerlo. Conociéndola, me diría que no me preocupase por ello porque tenía mis propios negocios que dirigir.

Así que simplemente lo haría sin más.

Me acerqué a su oficina principal, que estaba a sólo unas manzanas de su ático. Fui a ver a Jessica al mostrador de recepción y le dije que yo dirigiría la empresa en ausencia de Titan. Ella no se molestó en consultárselo a Titan porque sabía que yo tenía la autoridad necesaria para hacerlo.

Lo más lógico habría sido que Diesel se ocupara de todo aquello, dado que iba a casarse con ella, pero yo sabía que en aquellos momentos a él no le importaba el trabajo.

Lo único que le importaba era ella.

Me senté en su elegante despacho, donde había un jarrón de flores frescas en la esquina de la mesa a pesar de no estar ella. La madera blanca del escritorio era lisa al tacto y su Mac blanco estaba exactamente donde ella lo había dejado. Los sofás grises encima de la alfombra blanca conjuntaban con las paredes del mismo color que había a ambos lados. Más que un despacho, parecía una sala de estar sacada de un catálogo de Pottery Barn.

Tenía un gusto exquisito.

Contesté sus correos, repasé los informes que había en su escritorio, reorganicé su agenda y me ocupé de sus reuniones.

Jessica llamó a la puerta antes de entrar.

—Titan tiene una reunión con la señorita Alexander en treinta minutos.

Desvié la mirada de la pantalla y centré mi atención en ella. Jessica era una joven pelirroja, alguien a quien Titan describía como una principiante llena de potencial. Desde su actitud firme hasta su elocuencia, todo indicaba que había madurado mucho trabajando a las órdenes de una mujer poderosa como Titan. Ahora desprendía una seguridad en sí misma inconfundible.

—¿Sobre qué asunto?

—La señorita Alexander es propietaria de una de las mayores empresas de energía solar del país. Está especializada en energías verdes y renovables y creo que Titan está interesada en comprársela, pero no estoy segura del todo. Como ahora mismo ella no está disponible, quizá debería posponer la reunión.

Aquello no estaba tan claro. Podía ocuparme de la reunión, pero tenía que saber exactamente lo que quería Titan antes de actuar en su nombre. No estaría bien hacerse cargo de la situación sin que aquello estuviese claro.

—Deja que la llame.

—De acuerdo. —Jessica salió.

Llamé a Diesel.

Respondió de inmediato.

—Hola, ¿qué te cuentas?

—¿Qué tal está hoy?

—Está bien. Se ha comido todo el desayuno.

—¿Porque la has obligado? —bromeé.

Diesel no correspondió a mi broma. Mientras ella siguiera en aquella cama de hospital, Diesel no se pondría de buen humor.

—Puede. ¿Te vas a pasar?

—En realidad necesito hablar con ella. ¿Me la puedes pasar?

—Un momento. —Diesel le pasó el teléfono a Titan.

Ella habló con voz profunda y poderosa.

—Hola, Thorn. ¿Qué pasa?

—En resumen, he estado ocupándome de tus cosas en tu oficina.

—¿Sí? —preguntó sorprendida.

—Sé que has estado pensando en el trabajo durante todo el tiempo que has pasado en esa cama. No finjamos lo contrario.

Su larga pausa confirmaba mi acusación.

—Bueno, no es lo único en lo que he estado pensando. Pero no hacía falta que te molestaras, Thorn. Te lo agradezco más de lo que puedo expresar con palabras... pero no hacía falta que te preocuparas por ello.

—No me importa. Tú harías lo mismo por mí.

—Pues claro que sí. —Estaba evidentemente conmovida por mi gesto. Cuando no hablaba mucho sus silencios decían más que sus palabras—. Sé que tienes tu propia empresa de la que ocuparte. Pronto estaré otra vez lista para la acción. Además, siempre tengo a Diesel.

—No te preocupes por ello, yo puedo encargarme. Diesel tampoco debería tener que preocuparse de esto.

—En fin... pues gracias.

—De nada. Pero tengo una pregunta.

—Dispara.

—Tengo una reunión con una tal Alexander en unos veinte minutos. Al parecer tiene una compañía de energía solar en la que estás interesada. Sé que estás ampliando tus proyectos con la energía solar, pero no estoy seguro de lo que quieres lograr con esta reunión.

Titan se puso instantáneamente en modo ejecutivo.

—Quiero hacerme con ella y con su empresa. Ofrécele lo que haga falta para conseguirlo. Con su tecnología y su gran experiencia, sé que seré capaz de hacer crecer exponencialmente mi compañía y de convertirla en la primera del sector de la tecnología solar. Podré monopolizar el mercado. La señorita Alexander es una mujer brillante que no sólo tiene inclinaciones científicas, sino también una sólida presencia empresarial. No la subestimes.

—Ella tampoco debería subestimarme a mí. Entonces, ¿estás segura de que no quieres que cambiemos la reunión de fecha para que puedas ocuparte de esto tú misma?

Hizo una pausa mientras pensaba en ello.

—No me dan el alta hasta dentro de unos cuantos días y aun después de salir del hospital tendré que pasar algún tiempo en cama. No creo que sea el mejor momento para ocuparme de algo de tal envergadura, pero tampoco quiero retrasarlo. No me cabe duda de que tú puedes hacerlo. Lo he aprendido todo del mejor... y ese eres tú.

No pude evitar sonreír.

—De acuerdo, me encargaré de conseguirlo por ti.

—Gracias, Thorn. Pero recuerda lo que te he dicho: no la subestimes.

—¿La conoces en persona?

—No —respondió Titan—. Pero su reputación la precede.

JESSICA HABLÓ POR EL INTERCOMUNICADOR.

—Señor Cutler, ha llegado la señorita Alexander.

—Hazla pasar. —Estaba familiarizado con los proyectos y objetivos de Titan. En su opinión, la energía solar era el futuro de todas las empresas. Al pasarse a una fuente de energía gratuita, podría recortar sus gastos corporativos en todo el mundo. Todos sus edificios funcionarían con la nueva forma de energía, que no le costaría ni un centavo. Según sus cálculos, se ahorraría casi diez millones de dólares al año. Abaratar el coste de su fuente de energía sería un incentivo para la transformación de otras empresas. Si se convertía en la compañía dominante, se quedaría con todos los negocios... del mundo entero. Me había convencido incluso a mí de hacer el cambio a la energía solar en todas mis oficinas y fábricas, una remodelación que empezaría pronto.

Jessica abrió la puerta de cristal y dejó pasar a la señorita Alexander.

Cuando entró en el despacho no pude ocultar mi sorpresa.

No era como me la había imaginado. Para nada.

Me había esperado una mujer de mediana edad, alguien que llevara gafas para complementar su aspecto de empollona. No esperaba que fuese una mujer segura de sí misma ni hábil socialmente, pero la mujer que apareció ante mis ojos no era así para nada.

Era joven.

Más joven que yo.

Su abundante melena era de color negro azabache y le llegaba justo por debajo de los turgentes senos. Una blusa rosa se ceñía a su pecho, estirándose ligeramente sobre sus curvas femeninas, y abrazaba su esbelta cintura, curvándose hacia dentro hasta desaparecer bajo la falda a la altura de sus caderas. Alrededor del cuello llevaba un collar de oro con un colgante circular en el centro.

La falda negra le llegaba justo por encima de la rodilla, insinuando unas piernas bien torneadas debajo del tejido. Llevaba unos tacones de infarto como si fuera en sandalias por la suave arena de alguna playa. Tenía una carpeta debajo de un brazo y un reloj de pulsera de oro rosa.

Se detuvo ante mi escritorio y me miró como si verme no le sorprendiera ni mucho menos tanto como a mí.

Me quedé tan descolocado por la despampanante mujer que acababa de entrar en el despacho como si fuera suyo que se me olvidó levantarme de la silla. Por fin lo hice, ajustándome la corbata y mirándola a la cara sin pestañear. De hecho, no había pestañado desde su entrada en el despacho: había demasiado que mirar.

Me tendió la mano con una suave sonrisa en los labios. No era esa sonrisa amplia y coqueta que a veces me dedicaban las mujeres, tan grande que compensaba su nerviosismo. La suya era de absoluta confianza, de total indiferencia a la opinión que pudiera tener de ella.

—Señor Cutler, es un placer.

En cuanto mis dedos tocaron su piel suave, me imaginé posando los labios en los puntos sensibles de su muñeca. Quería sentir su pulso con la boca, sentir hasta la más mínima reacción a mi tacto. Le di la mano y me la estreché con tanta firmeza como yo a ella.

En cuanto nuestras manos se separaron, las imágenes desaparecieron de mi mente. Veía mujeres guapas todos los días, así que no tenía por qué sentirme impresionado por la señorita Alexander. Desde luego era una belleza, pero no la mujer más guapa del mundo. Desactivé mi atracción en cuanto se produjo porque sabía que aquello sólo eran negocios. Ella tenía algo que yo quería... y yo iba a conseguir que me lo diera.

—El placer es todo mío, señorita Alexander. Por favor, siéntese.

Se sentó en la mullida butaca que había frente al escritorio, un asiento demasiado cómodo para una reunión de negocios. Todos los muebles de mi propio despacho eran de madera porque no quería que nadie se quedase durante demasiado tiempo.

—Espero que la señorita Titan esté bien, he visto las noticias.

—Se recuperará por completo.

—Me alegra escuchar eso. —Cruzó las piernas y se puso la carpeta en el regazo—. Y es muy amable por su parte ayudarla.

—Por supuesto, es mi... —Mi voz se extinguió al darme cuenta de que no podía decir lo que quería decir. Tenía que fingir que era mi exprometida, una mujer a la que había amado y perdido. Tenía que continuar con aquel engaño ante aquella mujer, aunque seguramente le extrañaría que yo estuviese allí—. No me cuesta nada.

La señorita Alexander mantuvo la misma expresión. Llevaba los carnosos labios pintados de rojo, tenía gruesas pestañas, la piel olivácea y desprendía seguridad en sí misma en todo momento. No le daba miedo mirarme a los ojos

y los silencios largos no parecían incomodarla. Lo que era más importante, tampoco lo hacía mi penetrante mirada.

Era yo quien quería algo de ella, así que fui yo quien empezó la conversación.

—A la señorita Titan le impresiona lo innovador de su trabajo. Lo que está haciendo con la energía solar es realmente notable. Ha hecho unos progresos espectaculares en poquísimo tiempo.

—Gracias. Es todo un cumplido viniendo de alguien como ella.

Quería preguntarle su edad, pero no lo hice porque era una grosería y no venía a cuento. Que fuese joven no restaba mérito a sus logros. Probablemente encontraría la respuesta a todas mis preguntas buscándola en Google en cuanto se marchase. No había tenido la previsión de hacerlo antes.

—Titan cree que su empresa sería de ayuda para su propio trabajo con la energía solar.

—Estoy convencida de que así sería.

Quizá aquella adquisición fuese más sencilla de lo que había esperado. A lo mejor la señorita Alexander quería que absorbiesen su empresa. Ya había logrado hacer una fortuna y conseguiría otra de Titan. Podría retirarse y vivir su vida en paz... y muy desahogadamente.

—Por eso ella está dispuesta a comprar su compañía... y a hacerle una generosa oferta por ella.

Fue la primera vez que cambió de expresión. La suave sonrisa se evaporó de sus labios y sus ojos verdes se entornaron levemente mientras seguía mirándome. No ocultó su desagrado por mis palabras, mostrándose absolutamente transparente conmigo.

—No estoy interesada en vender mi compañía.

¿Pues para qué creía entonces que era aquella reunión?

—Si no está interesada en vender, ¿qué es lo que le interesa?

—Asociarnos.

Aquella respuesta me comunicó todo lo que necesitaba saber. Mi primera impresión de ella había sido completamente errónea. No era una persona sencilla, la clase de mujer que sólo quería tener dinero y llevar una vida cómoda. Era ambiciosa, feroz y decidida. No se contentaba sólo con su compañía; quería crecer y estaba buscando un socio poderoso para que la ayudase a conseguir su objetivo. Aquello no era más que el principio para ella. Tenía toda la vida por delante y quería dejar su huella en el mundo. Aquello hizo aumentar mi respeto por ella.

—Respeto su ambición. Titan es la mujer más rica del mundo porque nunca se ha detenido. Hizo crecer una empresa y luego fundó otra. Puede enseñarle muchas cosas, pero no está buscando asociarse con nadie. Le sugiero que acepte su oferta y salga de aquí convertida en una mujer muy rica. —Cogí un bloc de notas, anoté la oferta y lo empujé en su dirección por encima del escritorio.

No le echó ni un vistazo. Su mirada estaba concentrada en mí y brillaba con luz propia, una luz suavemente abrasadora, un fuego feroz que ella no permitió que prendiese. Era un incendio controlado porque dominaba por completo sus emociones.

—Mi compañía no está a la venta.

O era muy valiente o muy estúpida. No tenía ni idea de la cantidad de dinero que había encima de la mesa. Titan no era la clase de persona que escatimaba con sus ofertas. Tenía un estricto código ético y nunca había estado interesada en progresar a base de estafar a la gente, especialmente si se trataba de otra mujer.

—Le sugiero que mire la oferta antes de rechazarla.

—No hay suficiente dinero en el mundo para hacerme cambiar de opinión.

Mierda.

—Quiero ser socia de Titan. Yo misma diseño casi todos mis productos y tengo una gran visión para el futuro de la energía renovable. Lo que quiero es cambiar el mundo, hacer algo que beneficie a toda la humanidad, no llenar mi cuenta bancaria con más dinero del que me hará falta nunca. Necesito a Titan para crecer, para que ambas ganemos una fortuna y para que cambiemos el mundo entre las dos. Lo único que no necesito de ella es su dinero: de eso ya tengo más que de sobra.

Mi mano se cerró de inmediato sobre el reposabrazos de la silla, no porque me irritara sino porque su franqueza me pareció muy sensual. Las corporaciones de Estados Unidos estaban llenas de mujeres, pero ninguna así. No sólo era guapa, también sabía exactamente lo que quería. Le gustaba el dinero tanto como a los demás, pero tampoco estaba obsesionada con él. Conocía su valía y Titan la respetaría por ello.

Pero Titan tenía sus propios intereses... y mi obligación era protegerlos.

—Respeto su decisión, pero no cambiaré la mía. Por más interesada que esté Titan en sus diseños, lo que quiere es ser la única empresa del país. Coja el dinero, haga una contraoferta o salga de aquí como su competencia. Aunque le advierto que no le interesa competir con ella.

La señorita Alexander no cambió de posición en la silla. La postura erguida y los hombros relajados le daban la prestancia de una reina. Si hubiera llevado una tiara en la cabeza, se le habría mantenido perfectamente recta. Su piel bronceada tenía un aspecto fantástico con aquella blusa rosa y el elegante reloj de pulsera le daba otro toque de distinción. Tenía el gesto inexpresivo más atractivo que había visto jamás y ahora lo estaba utilizando contra mí. Su expresión había perdido la transparencia y sus pensamientos se habían convertido en un agujero negro vacío y misterioso.

Continué aferrado al reposabrazos, anticipando su respuesta. ¿Se mantendría en sus trece y se marcharía? ¿Dejaría una fortuna semejante abandonada encima de la mesa? ¿O entraría en razón y se daría cuenta de que era la mejor oportunidad que tendría nunca?

Rompió el silencio con su bella voz.

—Gracias por su tiempo, señor Cutler. —Se puso de pie y se acercó al escritorio—. Pero no me interesa nada menos de lo que he venido a buscar.

SEIS

Diesel

Entré en la habitación a las diez de la noche, fresco tras haber dormido en mi propia cama y haberme dado una ducha caliente. Odiaba alejarme de ella a diario, pero saber que mi padre le hacía compañía me permitía descansar y conservar las fuerzas para ella. Llevé el jarrón de azucenas al cuarto y lo coloqué en la mesita que había directamente junto a su cama.

En cuanto Titan las vio, su rostro se iluminó de la ilusión.

—Son preciosas...

Las había recogido de camino a casa y supe que darían alegría a su habitación del hospital. No había nada que le gustara más que un jarrón de flores frescas: siempre las tenía en la oficina y en casa.

—Azucenas...

—Sé que son tus favoritas.

Se incorporó en la cama con aquella típica mirada de adoración en los ojos.

—¿Cómo lo sabías?

La comisura de la boca se me curvó en una sonrisa mientras me acercaba a la cama.

—Porque te conozco mejor que nadie. —Me incliné y la besé en la boca, sintiendo que el corazón se me aceleraba en cuanto mis labios entraron en contacto con los suyos. Mi padre seguía allí, pero no me importó. Casi la había perdido y pensaba besarla cuando me diera la real gana. Froté la nariz contra la suya antes de apartarme—. ¿Qué tal estás?

—Bien. Tu padre me ha hecho compañía todo el día.

Mi padre se levantó del sofá y me dio unas palmaditas en la espalda.

—No te preocupes, no le he contado demasiadas historias embarazosas.

—Más te vale —amenacé.

Se inclinó y la besó en la mejilla.

—Luego te veo, cariño.

—Adiós, Vincent.

Mi padre salió y cerró la puerta tras él.

Me percaté de lo íntimos que se habían hecho Titan y mi padre en los últimos meses. Parecían tener su propia relación, su propia conexión. La mayoría del tiempo no parecía que tuviera nada que ver conmigo. Aunque yo no formara parte del vínculo que los unía, seguirían siendo compatibles.

—¿Qué tal tu día?

—Bien. Han venido algunos amigos.

—¿Muchas visitas entonces?

—Sí. Ha estado bien.

Caminé hacia el sofá que estaba al otro lado de la cama y me senté.

—Y Thorn me ha estado echando una mano con el trabajo. Hoy me ha llamado desde el despacho, se ha encargado de todo estos últimos días.

Aquello no me sorprendía.

—Es un detalle por su parte.

—Lo sé —dijo con un suspiro—. Es buena persona.

—Eso no lo sé, lo que sí que creo es que te quiere.

Sonrió.

—Sí, es verdad.

Me aproximé al borde de la cama y tomé asiento sólo para poder estar más cerca de ella. Mis dedos buscaron los suyos y miré su hermoso rostro. Llevaba un tiempo sin usar maquillaje, pero a mí me gustaba más así. Me gustaba cuando se mostraba más vulnerable, cuando me abría todo su corazón.

—¿Alguna noticia del médico?

—Sigo en observación.

—¿Qué tal va el dolor?

—Es insoportable cuando se me pasa el efecto de los medicamentos —dijo con una carcajada—, pero en general me siento mejor.

—Tienes buen aspecto. —Le puse la mano en el pelo y le aparté con suavidad algunos mechones de la cara.

—Qué bueno eres.

—Lo digo en serio. —Le bajé los dedos por el brazo hasta el codo—. ¿Te traigo algo?

—Ya me has traído todo lo que podría necesitar: flores y a ti.

Mi mirada se volvió más intensa. Era imposible no mirarla con

posesividad, fuera cual fuera el contexto.

—Me muero de ganas de que te recuperes.

—¿Por qué?

—Porque me muero de ganas de casarme contigo.

Su mirada se enterneció en cuanto pronuncié aquellas palabras.

Me incliné hacia delante y le di un beso en la boca, sintiendo el consuelo que sólo sus labios podían darme. Cuando estábamos conectados así, se me olvidaba que estaba en una habitación de hospital. Se me olvidaba por todo lo que había pasado Titan. Sólo estábamos nosotros y eso me decía que todo saldría bien.

—¿Os cojo en mal momento? —Thorn entró y sus pisadas resonaron contra el suelo de baldosas.

Yo no me alejé de ella por cuestión de principios. Me tomé otro segundo para poner fin a mi beso antes de apartarme. Me bajé de la cama y lo miré.

—Pasa, Thorn.

Con un traje azul marino y una corbata a juego, se acercó a la cama de Titan con las manos en los bolsillos.

—Como siempre os estáis besando, supongo que nunca es buen momento. —Miró el jarrón de la mesilla y probablemente se imaginó que eran mías, porque no hizo ninguna pregunta—. Sé que es tarde, pero sólo quería pasarme antes de volver a casa esta noche.

Ella le agarró el brazo y le dio un apretón.

—Siempre me alegro de verte, Thorn, aunque en ese momento me esté besando con mi prometido.

—Eso dices ahora, pero cuando estés de vuelta en casa, pensarás otra cosa —dijo riéndose.

Yo me senté en el sofá, vestido con unos vaqueros y una camiseta. Sabía que Titan no tardaría en dormirse y yo me quedaría despierto gran parte de la noche viendo la tele sin sonido o contemplándola a ella, pero prefería estar a su lado que en cualquier otro lugar del mundo.

—¿Qué tal han ido las cosas con la señorita Alexander?

Se quedó mirándola un momento antes de soltar un silencioso suspiro.

—Pues no han ido bien.

A Titan no le entraba el pánico en ninguna situación. Podría estar perdiendo todos sus negocios y aun así conservaría la calma. Sólo la había visto perder los estribos en una ocasión y había sido algo justificado. Hasta cuando le habían apuntado un arma a la cara, había pensado con lógica para

resolver el problema. Aquella era una de las razones por las cuales era la potencia que era ahora.

—¿Qué ha pasado?

—Le he hecho la oferta, pero ni la ha mirado. Ha dicho que sólo quiere una colaboración, no tu dinero.

—¿Qué más ha dicho?

—Nada más —dijo Thorn—. La conversación ha sido breve. Le he dicho que se lo piense, pero se ha negado. Luego se ha levantado y se ha marchado.

Titan se giró hacia el televisor con el rostro impassible mientras le daba vueltas a todo lo que acababa de escuchar. Tenía los labios apretados con firmeza y el pecho le subía y le bajaba al mismo ritmo.

—Habría con ella yo misma, pero no estoy en condiciones.

—Sinceramente, creo que ni siquiera tú podrías hacer que cambiara de opinión, Titan. Esa mujer... —Sacudió ligeramente la cabeza mientras pensaba en ello—. Sabe perfectamente lo que quiere. No va a cambiar de idea. O cedemos o dejamos que se nos escape.

Se volvió hacia él.

—Thorn, todo lo que sé lo he aprendido de ti.

Él le sostuvo la mirada con aquellos ojos azules sin parpadear.

—Haz que cambie de opinión, Thorn —exigió Titan—. Ofrécele más dinero.

—¿Para qué voy a ofrecerle más si ni siquiera lo va a mirar? —preguntó.

—Pues entonces no hagas que mire —replicó—. Dile la cifra y ya está. Después sigues aumentándola hasta que cambie de idea. Necesito su empresa para que esto sea un éxito. Nunca conseguiré mis objetivos si no le compro la empresa o la llevo a la bancarrota. Tiene la reputación de ser una de las científicas más brillantes de nuestra generación. Necesito que ceda, Thorn.

Él le dirigió una mirada impassible, escuchándola sin aportarle nada a cambio.

—Ya he invertido miles de millones en esta empresa —dijo Titan—. Esta es la segunda pieza que necesito para tener un dominio total.

Thorn no se movió.

—¿Asociarte con ella está fuera de discusión?

—Yo no me asocio con nadie —aseguró con firmeza—. Ya lo sabes.

Me miró a la cara antes de volver a mirarla a ella.

—Eso es distinto —explicó—. Él va a ser mi marido, es la única excepción.

No pude evitar sonreír por el modo en que se refería a mí. Yo era su única excepción.

—Volveré a hablar con ella —dijo Thorn—, pero ya te aviso de que esta mujer es diferente. Tú no la has visto, no sabes cómo es. Sinceramente, me recuerda muchísimo a ti. Es pequeñita, pero su presencia ocupa toda la habitación. Sabe lo que quiere y no se conforma con menos. Ella no quiere dinero, sino marcar una diferencia. Creo que esta batalla no la vas a ganar.

Titan se lo quedó mirando con un gesto igual de duro que cuando estaba en una reunión.

—Entonces gánala tú por mí, Thorn.

LOS TRES DÍAS siguientes transcurrieron con lentitud.

Estaba ansioso por que el médico le diera permiso para irse a casa. No sólo la quería toda para mí; quería que superase el último obstáculo. Si el médico decía que ya podía marcharse a casa, eso significaba que estaba bien de verdad.

Lo superaríamos.

La peor parte había pasado.

—Diesel.

Me encantaba oír su voz, dijera lo que dijera. Podría hablarme en otro idioma y disfrutaría con sólo escucharla. No se trataba sólo del sonido profundo y sensual de su voz, sino del hecho de que era la mujer a la que amaba. Nadie más podía calmarme como ella. Cada día que pasábamos en aquella habitación de hospital, era ella la que me consolaba a mí y no al contrario.

—¿Sí, pequeña? —Dirigí la mirada hacia ella y la vi sentada con las sábanas subidas hasta la cintura.

—Hoy deberías ir a la oficina. Sé que tienes cosas que hacer. —Me insistía constantemente para que volviera al trabajo, para que retomara mi rutina normal porque el trabajo se estaba acumulando. Había reprogramado todas mis reuniones y había detenido todo aquello en lo que estaba trabajando.

—El trabajo no podría importarme menos, pequeña. —No había pensado en ello ni una sola vez desde que se había producido aquella tragedia. Lo único que me importaba era la mujer que tenía al lado. El dinero ya no me importaba, no cuando tenía a aquel cegador diamante en mi vida.

—Diesel, estaré bien. Me dan el alta mañana.

—Eso da igual. Mientras tú estés aquí, yo también me quedo.

Entrecerró los ojos emocionada y una pequeña sonrisa se extendió por sus labios.

—Qué bonito eres, Diesel. Pero no tienes que quedarte conmigo, de verdad.

—Ya sé que no tengo que hacerlo. —Miré sus preciosos ojos verdes y me perdí en su vibrante color. Me encantaba contemplarlos cada mañana y cada noche. Eran faros que me guiaban a la felicidad todos y cada uno de los días —. Quiero hacerlo.

SU EQUIPO de médicos finalmente le dio el alta del hospital. Seguía con analgésicos y con una potente variedad de antibióticos. No necesitaría rehabilitación porque la herida no había puesto en riesgo su movilidad, pero todavía necesitaba mucho descanso y pasar la mayor parte del tiempo en la cama, además de programar visitas de seguimiento para controlar la herida del pecho.

Todavía tenía un largo camino por delante hasta volver a la normalidad, pero todo sería sencillo en comparación con lo que ya había sufrido. Mi mujer era la más fuerte y la más feroz del mundo entero. Había matado al hombre que había intentado asesinarla. No me cabía duda de que podría salir de aquella.

Mi mujer era jodidamente dura.

La llevé de vuelta a su ático y caminé sin ningún problema. Si notaba algún dolor, lo ocultaba intencionadamente. Andaba un poco más despacio de lo habitual y, cuando entró en el vestíbulo de su edificio, miró a propósito el lugar donde había caído cuando había recibido el disparo.

Después de una breve pausa, siguió caminando.

Subimos en el ascensor hasta la planta superior y luego entramos en su ático. Estaba exactamente como lo había dejado, con los zapatos de tacón junto al sofá y un vaso de *whisky* en la mesa. El hielo hacía mucho que se había derretido y ahora no era más que una bebida aguada.

Esperaba que su casa no estuviera demasiado cerca del lugar del traumático suceso. Esperaba que pudiera sentirse a salvo allí, que Bruce Carol no hubiera destruido su santuario.

—Podemos ir a mi casa si lo prefieres. —De todas formas, tendríamos que elegir un lugar en el que vivir. Mi casa era parecida a la suya, más o menos del mismo tamaño. O podríamos buscar un lugar totalmente nuevo y empezar de cero.

—Aquí estamos bien. —Pulsó el interruptor de las luces para atenuarlas

hasta donde quería. Echó un vistazo por su ático, contemplándolo como si fuera la primera vez que lo miraba de verdad. Puso la mano sobre la pared y sintió su suavidad—. Creía que nunca volvería a ver este lugar... —Entró en su dormitorio.

Yo la seguí y me reuní con ella en la amplia habitación.

Se quitó pausadamente la ropa limpia que yo le había llevado al hospital, una camiseta y unos pantalones deportivos, despojándose poco a poco de todo.

Me puse de rodillas y la ayudé a desvestirse porque sabía que le costaba mantener el equilibrio aunque se negara a mostrarlo. Cuando no le quedaron más que las bragas, intenté no mirarla de un modo inapropiado, pero no pude controlar mis labios y le di un beso en la cara interna del muslo. Aparté el rostro rápidamente y me incorporé mientras apartaba el pensamiento de mi mente. Hasta con aquella enorme gasa alrededor del pecho cubriéndole la herida y los senos, seguía pensando que verla desnuda era innegablemente excitante.

—¿Te apetece que te prepare algo de comer?

—No tengo hambre, pero gracias. —Me miró con su hermoso rostro y con las mejillas un poco más hundidas porque parecía haber perdido algo de peso. El color le había vuelto a la cara y el afecto de sus ojos resultaba irrefutable. En cuanto le había besado el muslo, a su mente habían acudido los mismos pensamientos.

Cogí una de mis camisetas del cajón y se la puse sobre su esbelto cuerpo. Cubrí su preciosa piel, su abdomen tonificado y sus sensuales caderas. Mis dedos no pudieron resistir la tentación de tocarle las bragas, así que los pasé por la cinturilla antes de apartarlos.

—¿Puedes ir a por mi ordenador? —me pidió—. Está en mi bolso, en el salón.

Sabía perfectamente para qué lo quería.

—No.

Levantó una ceja de inmediato.

—¿Perdona?

—Nada de trabajo.

Me lanzó una mirada de incredulidad.

—Diesel, tengo muchas cosas con las que ponerme al día.

—Sí... Tu salud. —Me aparté de ella y me quité la camiseta por la cabeza antes de lanzarla a la cesta de la colada—. Eso es lo único en lo que deberías concentrarte. —Saqué otra camiseta de mi cajón y me la puse. Cuando me giré

hacia ella, sus ojos escupían fuego como un volcán.

—Vamos a dejar una cosa clara, Diesel. No me vas a decir qué hacer, tanto si eres mi marido como si no.

—Pues, en realidad, sí. Y tú harás lo mismo por mí cuando necesite oírlo. Su enfado no se aplacó.

—Thorn se está ocupando de la oficina, así que de todos modos no tienes nada que hacer.

—Siempre tengo algo que hacer. Thorn tiene que atender sus propios negocios.

—No se habría ofrecido si no pudiera hacerse cargo. Y esta discusión se ha acabado. —Dejé caer los vaqueros y los metí en la cesta.

Ahora tenía un aspecto aterrador. Me miró a la cara entornando los ojos como si estuviera a punto de derribarme.

—La discusión no ha terminado sólo porque tú lo digas. Si quieres casarte conmigo, vas a tener que...

La callé con un beso. Le rodeé la cintura con las manos y pegué mi boca contra la suya. La besé despacio, acariciando sensualmente sus labios con los míos. Respiré en su boca y ella respiró en la mía. Nuestras bocas encajaron en su sitio y nos dedicamos el uno al otro con lentitud. Introduje la lengua en su boca, donde me recibió la suya. Hundí la mano en su pelo y profundicé el beso. Fuera de control, mi sexo se endureció y me la imaginé de espaldas con las piernas abiertas alrededor de mi cintura mientras gemía con cada una de mis embestidas. Mi deseo sexual no era de naturaleza lujuriosa. Simplemente echaba de menos estar con ella, que estuviéramos conectados de la forma más íntima posible. Le había pedido que fuera mi mujer y le había hecho el amor durante el resto de la noche, pero al día siguiente todo había cambiado.

Puse fin al contacto antes de perder mi autocontrol por completo.

—Nada de peleas. Hemos pasado por demasiado como para ponernos a pelear. —Froté la nariz contra la suya y contemplé la tranquilidad de sus ojos—. Sé que no eres la clase de mujer a la que se puede dar órdenes. Es uno de los motivos por los que me quiero casar contigo. Pero ahora mismo estamos en circunstancias diferentes. Necesitamos concentrarnos en que te recuperes. El trabajo no es más que trabajo, y seguirá ahí cuando vuelvas.

TITAN ABANDONÓ la discusión y no volvió a sacar el tema. Se tomó las cosas con calma como yo le había pedido y pasaba el tiempo viendo clásicos antiguos como *I love Lucy*. Le costaba ducharse por la venda, que

tenía que quedar protegida del agua, así que yo se la tapaba con una bolsa de basura impermeable.

Verla desnuda no me ayudaba a contenerme.

Yo trabajaba desde el ático y me ocupaba de la mayoría de las cosas con mis ayudantes por correo electrónico. Gestionaba las reuniones por teléfono y usaba el despacho que Titan tenía en casa para poder disponer de espacio e intimidad. Ir a la oficina lo simplificaría todo, pero me negaba a dejarla sin supervisión. Permanecía a su lado a todas horas del día, vigilando su salud como si fuera su médico privado.

Entré en el salón y la vi sentada en el sofá con una manta sobre los muslos. Tenía la televisión encendida y estaba viéndola, pero su mirada no tenía el mismo vigor que solía poseer.

Me incliné sobre el respaldo del sofá y la besé en el hombro.

—¿Va todo bien, pequeña? —Iba sin camiseta y sólo llevaba los pantalones de chándal, el atuendo que me ponía cuando estaba en casa. Nunca había pasado tanto tiempo entre cuatro paredes. Ni siquiera estaba yendo al gimnasio, así que intentaba ejercitarme en casa y hacía abdominales y flexiones en el salón.

Se echó hacia atrás y alzó la vista hacia mí.

—No soy la clase de persona que se queda sentada viendo la televisión... No me va mucho.

—Tú sólo ten paciencia.

Gruñó antes de volver a levantar la cabeza.

—Echo de menos trabajar...

—Ya lo sé. —Le di un beso en la coronilla.

—Echo de menos follar.

Mi miembro se endureció de inmediato en mis bóxers. Me empalmé por completo de un modo sorprendentemente rápido, superando mi mejor récord. El sexo ocupaba mi mente con la misma intensidad. Compartir la misma cama toda la noche era básicamente una tortura. Solíamos hacer el amor todas las noches antes de ir a dormir. Ahora aquella rutina se había esfumado.

—Todo volverá a la normalidad pronto. —Tuve que reunir todas mis fuerzas para pronunciar aquellas palabras y no inmovilizarla en el sofá y follármela en ese mismo momento. Me aparté del sofá y caminé hacia la mesa del comedor. Tenía allí el ordenador, así que lo abrí y me puse a trabajar.

Se dio la vuelta y me miró por encima del respaldo del sofá.

—Diesel, puedes ir a la oficina. Te llamaré si necesito algo.

—Estoy bien, pequeña.

Suspiró irritada.

—Entiendo que no quieras que trabaje, pero la vida continúa. Tienes que ocuparte de tus empresas. Si crees que voy a ponerme a trabajar en cuanto te vayas, no va a ser así. Y si digo que no voy a hacer algo, es que no lo voy a hacer.

—No es por eso por lo que quiero quedarme en casa contigo. Ya lo sabes.

Se giró de nuevo hacia el televisor.

—Como quieras... Mi oferta sigue en pie.

Pasé el resto del día trabajando y preparé la cena hacia el final de la noche. Comimos juntos a la mesa y Titan se quedó contemplándome el pecho sin ocultar las intenciones que escondía su mirada. Nuestra sequía en la cama estaba afectándola tanto como a mí.

Tal vez nuestra contención no durase mucho más.

Cuando nos preparamos para ir a dormir, Titan se quitó la ropa en lugar de ponérsela. Estaba de pie delante de mí sólo con la venda que le rodeaba el pecho. Se deshizo del tanga y se quedó observándome con una mirada exigente, diciéndome que conseguiría lo que quería sin importar lo mucho que yo me opusiera.

Pero yo no quería oponerme.

Las puntas de sus dedos jugaron con los cordones de mi pantalón y deshicieron el nudo. Después me bajó los pantalones y los bóxers a la vez hasta que mi erección dura como una piedra quedó expuesta. Estaba más gruesa que nunca tras sufrir la mayor sequía de su vida. Me pasó los bóxers por los muslos, dejando libres también los testículos.

—Diesel. —Dio un paso hacia mí y sus labios casi tocaron los míos. Me puso los dedos en los testículos y los masajé con suavidad.

Dejé escapar un suspiro involuntario. Adoraba la sensación de sus dedos cálidos contra mi escroto porque me tocaba exactamente como debía hacerlo.

—Me vas a hacer el amor. Y no hay más que hablar.

No quería decir que no, no cuando me gustaba tanto que mis testículos estuvieran entre sus dedos.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo vas a hacer. —Unió sus labios a los míos y me besó despacio.

En cuanto su boca rozó la mía, me perdí.

—Despacio. Con cuidado.

Enterré la mano en su pelo y profundicé el beso mientras mis testículos se

tensaban en sus manos. Quería hundirme entre sus piernas, deslizarme por su humedad y disfrutar de aquella abrumadora estrechez. Quería demostrarle a mi mujer que la quería, caer en aquel profundo abismo de intimidad. Quería disfrutar de su cuerpo, tocarle el alma.

Cerró las manos sobre mi erección y me acarició con delicadeza, tocándome mejor de lo que me tocaba yo mismo. Sabía exactamente lo que me gustaba, qué caricias me encendían hasta la locura. Cualquier otra mujer podría tocarme del mismo modo y no provocaría la misma reacción. La única razón por la que estaba tan excitado era porque ella era la mujer que me excitaba.

Mi mujer.

La guie hacia la cama y la luego la solté cuando tocó el marco con la parte posterior de las rodillas.

Se tumbó de espaldas sobre el colchón, tomándose su tiempo mientras desplazaba el cuerpo hacia arriba en dirección al cabecero.

En cuanto su espalda tocó las sábanas, me quité del todo la parte de abajo y me coloqué sobre ella. Mi actitud generalmente calmada había desaparecido ahora que mi cuerpo estaba encima del suyo. Llevaba más de una semana esperando aquello. Como si fuera un adolescente y aquella fuese mi primera vez, me temblaron un poco las manos por la expectación.

Le puse los brazos detrás de las rodillas y le sujeté las piernas hacia atrás mientras me colocaba entre ellas.

Tenía el pelo esparcido sobre la almohada alrededor de la cabeza y extendió las manos de inmediato hacia mis bíceps para tener algo a lo que aferrarse. Sus labios estaban ligeramente separados porque esperaba con ansias mi erección.

Ladeé las caderas y presioné el glande contra su entrada. Con un suave empujón, me abrí paso por su estrecho canal y me hundí en ella lentamente.

Ella respiró hondo y cerró los ojos por un instante.

—Diesel.

Empujé hasta que mi sexo quedó totalmente enfundado. Estaba rodeado por su estrecha humedad, por su amor lujurioso. Me deseaba como a una fantasía, yo era el hombre ideal que se merecía su deliciosa entrepierna. Me sostenía sobre su cuerpo, sujetando la mayoría de mi peso con los brazos. Respiraba lentamente, sintiéndome como un rey ahora que por fin volvía a estar dentro de ella. Me daba tanto placer que no quería moverme. La miré a la cara mientras respiraba sin apartar los ojos de su mirada cargada de pasión. Los pechos le

abultaban por encima del vendaje, apretados entre sí por la tensión de la gasa. Hasta cuando estaba en su momento más débil, seguía pareciéndome la mujer más deseable del mundo. Me encantaba todo de ella, desde la curva de su labio inferior hasta el hueco de su garganta. Era preciosa por dentro y por fuera.

Mis caderas deseaban sacudirse con fuerza, pero me contuve para no tomarla con demasiada rudeza. Tensé el torso y mecí las caderas despacio, entrando y saliendo de ella con una suavidad intencionada. Apenas la movía, asegurándome de no empujarla más de lo necesario.

—Pequeña... —Volví a cerrar los ojos mientras disfrutaba de ella. Aunque fuera moderado, hacer el amor con ella era el mejor sexo de mi vida. Mi miembro se sentía en casa estando en su cuerpo, sintiendo a mi mujer de la forma más íntima posible.

—Dios... —Desplazó las manos hasta mi pecho y me clavó las uñas. No balanceó las caderas hacia mí como solía hacer, sino que permaneció tumbada sin moverse, disfrutando de cada centímetro de mí. Respiraba de forma profunda y entrecortada y gemía con cada uno de mis envites—. Diesel... Así...

Bajé el cuello hacia ella y la besé mientras me movía, esforzándome todo lo que podía por durar lo máximo posible. En cuanto mi glánde entró en su cuerpo, deseé derramar toda mi semilla en ella. Quería reclamarla como mía para siempre. Llevaba el anillo de diamante en la mano izquierda y sentí el cálido metal contra mi piel mientras pegaba las palmas de las manos contra mí.

Joder, era una sensación maravillosa.

Dejó de besarme cuando necesitó tomar aire. Todavía tenía los labios apretados contra los míos, pero los gemidos la abrumaban hasta tal punto que ya no podía devolverme el beso. Estaba al límite del clímax, a punto de verse arrastrada a un orgasmo poderoso que me había rogado que le provocara.

Y yo quería provocárselo.

—Córrete, pequeña.

Aquel fue el último empujoncito que necesitaba y se corrió sobre mí. Empezó a temblar, estirando y moviendo el cuerpo. Me clavó las uñas en la piel y dejó marcas en mis pectorales.

—Diesel...

Dijo mi nombre más veces que nunca y supe que estaba dándole en el punto perfecto. Vi su actuación, el modo en que abría la boca como si

estuviera interpretando una canción. Escuché sus gemidos, que se convirtieron en gritos. Observé cómo me contemplaba como si fuera el único hombre del mundo que importara. No había nadie antes que yo y no habría nadie después. Yo era lo único importante.

Aquello me hacía sentir como un rey.

En cuanto terminó, dejé de contenerme. Hundí mi miembro en el fondo de su cuerpo y me corrí con un gruñido, sintiendo desvanecerse todo el estrés de la semana mientras llenaba su sexo con todo lo que tenía. Fue uno de los mejores climáx de mi vida y sabía que aquello no había hecho más que empezar.

Había creído que iba a perderla, pero seguía allí conmigo. Sería la madre de mis hijos, la mujer con la que adoraría pasar todos los días de mi vida. Sería una compañera a la que admiraría, incluso alguien de quien aprendería. Y yo sería el rey de su corazón, el hombre al que acudiría en busca de protección y fuerza. Sería todo lo que le faltaba en la vida.

Y ella sería todo lo que yo había necesitado jamás.

SIETE

Thorn

Esperé a propósito unos cuantos días para ver si la señorita Alexander reconsideraba la oferta y volvía por su cuenta.

Pero después del tercer día de silencio supe que no estaba haciendo el tonto.

Iba a por todas.

Cuando había advertido a Titan sobre aquella mujer, no me había tomado en serio. Era el mayor tiburón del océano y por eso no se sentía intimidada por nadie.

Yo tampoco me sentía intimidado, pero no sabía cómo trabajar con alguien a quien no le motivaba el dinero, sino algo de mayor relevancia. Nos encontrábamos pisando un terreno que me era desconocido, igual que a Titan.

Pero sabía lo importante que era aquello para Titan, así que estaba dispuesto a conseguirlo. Quizá tuviera que abordar a aquella mujer de otra manera, pero eso daba igual: estaba dispuesto a hacer lo que fuera para solucionar el asunto.

Estaba en el despacho de Titan y llamé a Jessica por el interfono.

—Jessica, ¿podrías ponerme al teléfono con la señorita Alexander?

—Por supuesto, señor. Un momento. —Se hizo el silencio y yo aproveché para terminar el correo que estaba escribiendo. No me sorprendía la gran cantidad de solicitudes que abarrotaban la bandeja de entrada de Titan, porque en aquel momento era la persona más famosa de Estados Unidos. Había un montón de mensajes preguntándole por su estado de salud. Los respondí firmando con mi nombre sólo para que todo el mundo se quedara tranquilo. Titan se iba a recuperar por completo y la mujer más poderosa del mundo volvería a ser la de siempre en un santiamén.

Jessica habló de nuevo:

—Ya la tengo al teléfono, está en la línea uno.

—Gracias, Jessica. —Cogí el auricular y me lo pegué a la oreja—. Señorita Alexander. —Introduje su nombre en el buscador y su página apareció de inmediato. Había una espontánea imagen de ella en la página de inicio en la que se encaminaba hacia su avión privado en el aeropuerto JFK. Con un vestido negro y unos tacones de infarto, estaba acercándose a la escalerilla para subir al avión. Llevaba puestas unas gafas de aviador y el pelo negro en tirabuzones. Los músculos de sus pantorrillas eran impresionantes, pero es que todo en ella lo era. Espectacularmente bella e inteligente, pertenecía a una clase especial de mujer.

Su voz destilaba confianza, pero sin caer en la arrogancia. Tenía una cualidad especial que despertaba simpatía a pesar de que era un peso pesado. Era consciente de su poder, pero no parecía interesada en restregárselo a nadie por la cara. Había que tener seguridad en ti mismo para que no te importara lo que otros pensarán de ti... y ella desde luego la tenía.

—Señor Cutler, qué agradable sorpresa ¿Qué puedo hacer por usted?

Su voz sensual me cogió desprevenido a pesar de que ya la había oído. Llegaba a mis oídos con la cadencia perfecta, haciéndome pensar en su boca pegada a mi oreja mientras me la follaba contra la pared.

¿Por qué no podía parar de pensar en tirármela?

No era más que una mujer bonita. Nada más.

Ya era hora de centrarse.

—Me gustaría volver a reunirme con usted para hablar de su empresa, veámonos mañana en mi despacho. —Tamborileaba los dedos en la mesa blanca mientras me concentraba en el silencio que compartíamos. Quería escucharla respirar, intentar detectar alguna señal de recelo. Cuando la había conocido en persona no había sido capaz de percibir ni una sola muestra de debilidad. Ahora intentaba escuchar alguna.

—Ya fui a su despacho y fue una pérdida de tiempo. Si quiere hablar de esto, puede pedirle una cita a mi ayudante.

Mis ojos emitieron un destello ante la frialdad con la que había rechazado mi oferta. Igual que una reina llena de indiferencia, me había desechado como si no fuese nada para ella. Fue como recibir una bofetada en la cara. Si alguien quería hacer negocios conmigo, venía en cuanto lo llamaba... pero era obvio que aquella mujer se regía por una filosofía diferente.

—Adiós, señor Cutler. —Me colgó sin esperar a que respondiera.

Clic.

Escuché la línea quedarse en silencio antes de colgar el auricular. Me recliné en la silla y me apoyé las puntas de los dedos en los labios. Mientras estaba allí sentado, rígido y en silencio, sentí explotar las emociones en mi interior. Nadie me había tratado nunca de manera tan brusca. Estaba jugando con fuego y no iba a tardar mucho en quemarse.

Y yo estaba completamente empalmado.

Despreciaba a aquella mujer, pero aquello no parecía influir en la atracción que sentía por ella. Mi cuerpo y mi mente tenían opiniones muy diferentes de ella. No me consideraba un hombre orgulloso, pero sí que exigía respeto... y no me había hecho ninguna gracia la forma en la que me había tratado. Tenía que desvivirse por complacerme, como hacían todos los demás. Aquel acuerdo a mí me daba igual, así que no quería molestarme con aquella reunión. Ella podría perder aquella oportunidad y a mí no me importaría en absoluto.

Pero Titan sí que me importaba.

Y aquello era importante para ella.

Si estuviera suficientemente recuperada, cerraría aquel acuerdo ella misma. Era posible que ella hubiera tenido mejores resultados por ser mujer, provocando una respuesta muy diferente en la señorita Alexander.

Le había dicho que lograría aquello y tenía que mantener mi palabra.

Era mi mejor amiga.

Así que rechiné los dientes antes de hablar por el intercomunicador.

—Jessica, organízame una reunión en el despacho de la señorita Alexander.

ALEXANDER APPLICATIONS no estaba en el centro de Manhattan como las oficinas de Titan. Estaba más próxima al límite y cerca de la orilla del agua. En la parte delantera se alzaba un enorme edificio histórico diseñado con elementos sensuales y elegantes. Las estatuas de piedra de dos caballos presidían la entrada al edificio. Detrás del mismo había un gran muro de piedra que encerraba el resto del complejo al fondo. Se veían más edificios en la distancia donde se llevaban a cabo las investigaciones.

La entrada enlosada en blanco y negro daba paso a un amplio vestíbulo, lo bastante elegante para un hotel de cinco estrellas. Había lámparas de araña colgadas del techo y el aire anticuado del conjunto contrastaba fuertemente con la tecnología que estaba naciendo en aquel lugar.

Pregunté en el mostrador de recepción y tomé el ascensor hasta la última

planta. Aquella parte era muy diferente del piso de abajo. Igual que una tienda Apple, era elegante, sencilla y moderna. Las sillas y las mesas estaban hechas de un material gris azulado y las paredes estaban forradas de madera oscura. Pregunté a otro asistente y fui dirigido a una sala de espera independiente.

Era una sala de espera muy grande para una sola persona. Me hizo preguntarme cuántas reuniones tendría al día. Me preguntaron si quería tomar algo, pero rechacé el ofrecimiento. Estudié la zona y después miré a través de las puertas de cristal que ocupaban todo el extremo izquierdo del espacio. Eran totalmente reflectantes para permitir a la señorita Alexander ver lo que había fuera sin que nadie pudiese ver el interior.

Me pregunté si estaría observándome en aquel momento.

No me podía creer que estuviese allí sentado, esperando a que me recibieran.

Yo no esperaba por nadie.

Y sin embargo allí estaba, con el culo en una silla esperándola.

Probablemente lo estaba alargando a propósito sólo para recordarme que aquella vez era ella la que tenía la sartén por el mango.

No me gustó ni un pelo.

De haber podido hacer lo que quisiera, me habría olvidado de aquella reunión por completo, dedicando mi tiempo en cambio a enterrar su compañía. Ni siquiera su mente privilegiada impediría que aplastara su empresa. Los productos más populares del mercado no eran necesariamente los mejores: sólo eran los mejor comercializados. Y aquel era mi punto fuerte. Podía perjudicar todo su duro trabajo de la noche a la mañana.

Y me sentía tentado de hacerlo.

Pero entonces volví a pensar en Titan. En aquel momento estaba en casa, todavía débil por la herida de bala que casi la había matado. Diesel no le permitiría ponerse a trabajar, así que dependía de mí que aquello sucediera. Si podía darle buenas noticias, haría más soportable su sufrimiento.

Así que me tragué mi desagrado y seguí esperando.

Por fin, su asistente entró en la habitación.

—La señorita Alexander lo recibirá ahora.

Ya era hora. Llevaba allí sentado casi veinte minutos... y había llegado puntual a la reunión, ni tarde ni pronto.

La asistente abrió la puerta de cristal y la sostuvo para que pasara.

Me tomé mi tiempo para levantarme y cruzar la habitación.

—Gracias. —Entré y escuché la puerta cerrarse a mi espalda.

Su despacho no era como yo había esperado; no era elegante y femenino como el de Titan. Había un escritorio verde oliva de gran tamaño junto a la pared posterior, que estaba totalmente hecha de cristal. Su despacho era poco habitual porque sobresalía más que el resto, ya que todas las paredes eran en realidad ventanas. Había dos grandes mesas pegadas en el otro extremo repletas de cuadernos con notas manuscritas y calculadoras. También había aparatos eléctricos, cosas que ni siquiera podía identificar.

Frente a su escritorio había dos sillas solitarias.

La señorita Alexander se levantó de su asiento con un vestido negro ajustado y un jersey azul marino encima. Me saludó con una sonrisa, pero desde luego no fue sincera.

—Me alegro de volver a verle, señor Cutler.

Me detuve junto a su escritorio y le estreché la mano.

—Igualmente. —En cuanto mi mano se cerró sobre la suya volvieron a formarse las mismas imágenes eróticas en mi mente. La tenía en mi cama, apretándome fuertemente la cintura con los muslos con el vestido arremangado hasta la cintura. Todavía le colgaban las bragas de un tobillo porque estaba demasiado desesperada por tenerme como para tomarse el tiempo necesario para quitárselas. Sus uñas se me clavaban en el trasero mientras tiraba de mí hacia ella porque quería follarme con más fuerza.

Maldita sea.

Aparté la mano con rapidez y me desabotoné la chaqueta del traje antes de sentarme, sacudiéndome aquellos pensamientos.

—Gracias por reunirse conmigo.

—Es un placer. —Se alisó el vestido antes de sentarse.

Hubiera querido enseñarle el auténtico significado de aquella palabra.

Se mantenía erguida, con una postura perfecta y la mirada serena.

—¿Ha cambiado de opinión sobre nuestro acuerdo?

—Sí. —Me endecé en la silla, ocultando de su vista el respaldo con mis poderosos hombros. Tenía las rodillas separadas y los pies firmemente plantados en el suelo. Apoyaba los brazos en los reposabrazos mientras la observaba severamente con mi mirada intimidante. Solía poner nerviosa a la gente. Podía mantener una conversación guardando completo silencio. Era de la clase fuerte y callada, sobre todo con las mujeres. Titan era la única mujer con la que hablaba de verdad. No había razón para hablar cuando estabas follando.

La señorita Alexander esperó a que dijera algo. Cuando transcurrieron

treinta segundos sin que pasara nada, volvió a hablar:

—¿Y bien?

Llevaba un pintalabios de un color diferente al del otro día y era difícil no mirarlo fijamente. También se había puesto otro collar. El reloj seguía siendo el mismo, el immaculado de oro rosa. Tenía una piel preciosa y el cuello esbelto. Sentía deseos de pasar los dientes por su piel, sólo para sentir lo delicada que era realmente. Había algo en su poder que me volvía más agresivo. Quería extinguir su presencia, dominarla de todos los modos posibles. Respetaba su fuerza, pero también espoleaba todavía más mis ganas de someterla.

—Debería haber sido más claro en la última reunión.

Ladeó ligeramente la cabeza, demostrando confusión pero sin perder la confianza en ningún momento.

—Creo que fue totalmente claro, señor Cutler. No está buscando una asociación, que es lo que yo busco. No hay ninguna confusión. —Sonaba sensual y profesional al mismo tiempo; no sabía muy bien cómo lo conseguía.

—Creo que si hubiese sido más claro, usted habría cambiado de opinión.

Su humor se oscureció perceptiblemente hasta adquirir el color de su cabello.

—No. No soy la clase de mujer que cambia de opinión.

—Cinco mil millones. —Era más de lo que había anotado en el papel en el despacho de Titan, pero quería ofrecerle algo a lo que no se pudiera resistir. Puede que su empresa valiese cientos de millones, pero no se acercaba ni de lejos a su primer millar. Cualquiera se sobresaltaría ante aquella cantidad de dinero.

Pero ella no.

—Alexander Applications no está a la venta, señor Cutler.

—Diez mil millones.

Ni siquiera parpadeó.

—Está perdiendo el tiempo.

Acababa de poner una oferta ridícula encima de la mesa y no había conseguido tentarla lo más mínimo. En aquel momento me di cuenta de que aquella mujer no había estado jugando a nada conmigo en ningún momento. Era más directa de lo que yo había pensado. Decía exactamente lo que pensaba.

—Deme una cifra, señorita Alexander.

—Quizá el dinero lo sea todo para usted, pero para mí no significa nada.

Ya puede marcharse. —Como si la reunión hubiera terminado, cogió su *tablet* y desbloqueó la pantalla—. Transmita a Titan mis mejores deseos. Espero que se recupere pronto.

Me quedé sentado, rehusando marcharme hasta haber conseguido lo que quería. Ya no me quedaban ases en la manga. No sabía cómo regatear con alguien si no podía utilizar el dinero como moneda de cambio. Lo que ella quería era una visión, un futuro.

—Ayúdeme a comprenderlo, señorita Alexander: ¿Cómo es posible que una mujer de negocios pueda rechazar la mayor oferta que recibirá en la vida?

Terminó lo que estaba haciendo en la *tablet* antes de dejarla otra vez.

—Para ser un hombre tan inteligente, parece costarle mucho procesar información. Ya le dije que el dinero no significa nada para mí. En esencia le estoy diciendo que soy vegetariana, pero usted continúa ofreciéndome solomillo. Ofrézcame algo que quiera y es posible que podamos hacer algún progreso. —Me volvió a mirar con sus hipnóticos ojos verdes. Podía sentir la suavidad de su piel sólo con mirarla. Me moría por explorar aquel lustroso cabello con los dedos.

—Todo el mundo quiere dinero. No finja que usted es diferente al resto de nosotros.

—Es cierto —dijo ella simplemente—. Pero una vez sobrepasado cierto punto, deja de importar. Mi vida no va a cambiar en nada ya tenga cien o mil millones de dólares. Sería exactamente la misma.

—Si eso fuese cierto, no querría trabajar con Titan; sabe que elevará considerablemente el valor de su empresa.

—Así es —respondió—. Pero también llevará mi tecnología a un nuevo nivel. Si me limito a vender, ella tendrá autoridad para hacer lo que quiera. Y aunque respeto a la señorita Titan, no la conozco. Nunca nos hemos visto en persona. ¿Cómo puedo confiar en que haga lo correcto con esta energía? Es imposible. Necesito estar allí... como socia. Einstein construyó la tecnología para la bomba atómica y la misma fue utilizada para hacer el mal. Tengo que asegurarme de que lo que he inventado se utilice adecuadamente.

—Titan se rige por un estricto código ético. No hace falta que se preocupe por ella.

—Estoy segura de que tiene razón, pero dormiré mejor por las noches sabiendo que tengo la misma autoridad. Creo que asociarnos me permitirá crecer como empresaria y explorar diferentes sectores de negocio, y también crecer como persona. Me dará la clase de legado que será recordado mucho

tiempo después de mi muerte. Titan es una mujer respetable con una mente brillante. Quiero que a mí me vean igual.

—¿Esto tiene que ver con la fama, entonces?

Ponderó mi pregunta un buen rato antes de contestar:

—No, tiene que ver con el respeto.

A Titan le importaba muchísimo su imagen. Le había costado mucho tiempo ganarse el respeto del mundo y ser tratada con igualdad. Era una pesada carga sobre sus hombros y a veces el peso era excesivo. Pero ella nunca permitía que aquello la derrotase, sino que la impulsaba a alzarse con mayor fortaleza y la volvía más orgullosa. Aunque podía dejarlo todo y vivir oculta como una mujer increíblemente rica, aquello le gustaba demasiado. Adoraba ser un símbolo, un modelo para las mujeres de todas partes.

La señorita Alexander era exactamente igual.

Era cierto que aquello no iba de dinero.

—Titan no está interesada en asociarse, eso ya lo he dicho.

—Es verdad. —Siguió irguiendo los hombros y sacando pecho, poniéndome muy difícil no quedarme embobado mirándole las tetas. Pero aunque no se las mirara, encontraba una sensualidad inherente en toda ella. Sus finos hombros daban paso a unos brazos delgados con un asomo de bíceps y tenía los antebrazos bien definidos.

Sus pendientes de diamantes reflejaban la luz procedente de las ventanas. Su rostro era lo más bello de ella. Con ojos almendrados, una nariz pequeña y algunas pecas en las mejillas, era absolutamente adorable. Sus carnosos labios, tan llenos y jugosos, eran lo que más me distraía. Dios, qué maravillosa sensación producirían contra mi boca....

Para, Thorn.

Intenté dejar de pensar en su aspecto físico y concentrarme en la conversación.

—Hace muchos años que conozco a Titan y la conozco mejor que casi cualquiera. —Diesel me había quitado el puesto—. No va a cambiar de opinión. Le sugiero que lo reconsidere. No lo digo para conseguir lo que quiero, sino porque creo que en este caso está perdiendo una gran oportunidad.

—Estoy segura de que lo dice sinceramente —dijo con tono despreocupado—. Pero le repito que simplemente no me interesa esa vía.

Ahora que no quedaba nada más que decir, le sostuve la mirada. Podría pasarme horas haciendo sólo aquello: contemplar sus relucientes ojos verdes y aquellas mejillas cuya palidez quedaba realzada por el oscuro cabello, sin

hacer desaparecer un agradable tono rosado. La boca me hipnotizaba tanto como los ojos. Era arrebatadora, como si alguien la hubiera creado para representar la abrumadora belleza de un óleo. Cuanto más la miraba, más incapaz me sentía de negarlo.

—He visto que fue al MIT. Es impresionante. —Era un hombre terriblemente ocupado, así que no era muy dado a las conversaciones. No me interesaba saber más de mis socios potenciales, lo único que quería tener claro era lo que podían ofrecer. Pero el comentario salió de mi boca por su cuenta.

—Y también abandoné mis estudios en el MIT.

Por lo que fuera, aquella declaración me dejó todavía más impresionado. Había entrado en una de las universidades más prestigiosas del mundo, pero ni siquiera eso era lo bastante bueno para ella.

—¿Cuánto estuvo allí?

—Un semestre.

—¿Por qué lo dejó?

—Por mis ideas. Los estudios me distraían y me ocupaban demasiado tiempo. Lo único que quería hacer era trabajar en mi modelo de célula solar, así que decidí tomarme un descanso permanente para centrarme en lo que me apasionaba. Muchos dijeron que fue una estupidez y he disfrutado demostrándoles que se equivocaban.

Por lo poco que habíamos hablado, notaba que la inteligencia de aquella mujer sobrepasaba la mía... con mucho. Yo tenía talento para los negocios, pero ella dominaba una disciplina que yo no podía ni fingir que comprendía. No sólo era una destacada científica, también había conseguido crear un producto que generaba un montón de dinero. Titan tenía razón cuando me había advertido que no subestimara a aquella mujer.

—Usted fue a Yale, ¿verdad?

Alcé las cejas al darme cuenta de que había estado leyendo sobre mí.

—Sí.

—Es una universidad excelente.

—No es el MIT.

—Se supone que la universidad debe prepararte para el mundo real, pero sinceramente, eso sólo puede hacerlo uno mismo.

No indagué más sobre el asunto porque sabía que estaba hablando desde el punto de vista de su vida privada. Cuando había buscado información sobre ella había encontrado muchos datos concretos sobre su trabajo, pero casi nada

sobre ella. Su tecnología se llevaba toda la fama pero casi nadie sabía que ella era la que la había creado.

Me sorprendí con ganas de quedarme y continuar con aquella conversación, pero entendía que era tan inútil como inadecuado. Tendría que decepcionar a Titan y confesarle que no iba a haber trato. Y tendría que alejarme de aquella mujer y olvidarme de ella. Una parte de mí quería pedirle que se tomase una copa conmigo, pero sabía que sería un conflicto de intereses. Aparte de todo, no me parecía la clase de mujer a la que pudiera interesarle el sexo por el sexo. Ni siquiera estaba seguro de si me encontraba atractivo. No era fácil leer aquella máscara de piedra suya. Era profesional hasta el punto de hacer parecer a Titan una aficionada.

—Gracias por su tiempo. Le deseo lo mejor para Alexander Applications.

—Me puse de pie.

Bajó la vista de inmediato, fijándola directamente en mi entrepierna. Continuó observándola un par de segundos antes de volver a mirarme a los ojos.

Miré hacia abajo para abrocharme la chaqueta y fue entonces cuando advertí el gigantesco bulto que sobresalía bajo el pantalón. Me había acostumbrado a tener una erección siempre que tenía a aquella mujer cerca, así que ni siquiera me había dado cuenta. Mis dedos introdujeron el botón a través del ojal y volví a mirarla, sin avergonzarme por mi enorme paquete.

No me importaba que supiese que quería follármela.

La chaqueta ocultó gran parte del bulto, pero era obvio que seguía allí.

Ella volvió a mirarlo, esta vez con mirada penetrante.

—Lo mismo le digo. Sé que el futuro le depara *grandes* cosas.

Quizá se sintiera atraída por mí después de todo.

—Adiós, señorita Alexander. —Me di la vuelta sin darle la mano, porque ya había intercambiado algo mucho más íntimo con ella. Me dirigí hacia la puerta sin esperar a que correspondiera a mi despedida.

Y no lo hizo.

TITAN me recibió con una amplia sonrisa y me rodeó con los brazos. Estuvo un rato abrazada a mí dentro del ático, manteniéndose en pie sin ayuda. Era el primer abrazo que compartíamos desde que la habían disparado. Había estado demasiado herida para aquel contacto y además yo temía contagiarle algo.

Pero ahora por fin la estaba abrazando.

Mantuve su menudo cuerpo contra mí y suspiré de alivio. Verla de pie era un regalo para mí, a pesar de que todavía se moviese más despacio de lo que solía. Aquella sonrisa caldeaba todo mi universo. Saber que era feliz me hacía feliz a mí.

—Te veo fantástica.

—Gracias. —Se apartó y me miró con ojos todavía brillantes—. Me encuentro muchísimo mejor. Sigo tomándomelo con calma y sin trabajar, pero está bien haber salido del hospital.

—Se nota. Eres una mujer nueva.

—Bueno, eso y que anoche hubo tema —dijo con una risita—. Eso también ha hecho maravillas...

Me reí y le guiñé un ojo.

—Eso cura casi todos los males.

Diesel se acercó a continuación y me estrechó la mano.

—Me alegro de verte, tío.

—Y yo a ti. —Ahora me sentía un idiota por no haber creído a Diesel cuando dijo que estaba diciendo la verdad. Por culpa de mi error de cálculo, Titan había estado a punto de morir. Le había dicho un montón de barbaridades con gran frialdad, pero de algún modo había conseguido perdonármelo todo. Una parte de mí siempre se sentiría culpable, especialmente al ver lo bien que estaba cuidando ahora de ella—. ¿Ahora eres un *gigolò*?

—Podría decirse que sí —dijo riéndose—. Casi siempre me siento como si eso fuese lo único que quiere de mí, especialmente porque no come.

Titan puso los ojos en blanco.

—Sí que como.

—Lo siento, pero en eso estoy con él, Titan —respondí—. No comes nunca.

—Pero tienes razón. —Titan se puso de puntillas y le dio un beso en la boca—. Eso es todo lo que quiero de ti.

Él sonrió contra su boca y la estrechó más contra su cuerpo. Iba sin camiseta y sólo llevaba unos pantalones de chándal, pero no se lo pensó dos veces a la hora de atraerla contra sí e intensificar su muestra de cariño.

Los rodeé y me preparé una copa en el mueble bar. Todavía podía escuchar el sonido de sus besos, pero al menos no tenía que mirarlos.

Finalmente, se apartaron cuando yo me senté en el sofá. Titan se sentó a mi lado, tomándose su tiempo para apoyarse en el almohadón. Llevaba puesta una camiseta y se veía el vendaje a través del tejido. Hizo una pequeña mueca al

moverse, pero no parecía que estuviese sufriendo un dolor insoportable.

—¿Te duele mucho? —pregunté.

—Menos cada día —contestó—. Ahora ya puedo dormir toda la noche de un tirón.

—Eso es genial.

—Bueno, ¿has cerrado el trato con la señorita Alexander? —Se puso profesional como si su herida no fuese capaz de hacer que bajara el ritmo. Tenía la cabeza todavía puesta en los negocios, con independencia de sus problemas de salud.

Sacudí levemente la cabeza.

—Lo he intentado.

—¿A qué te refieres? —preguntó—. No sé lo que quiere decir esa expresión.

Sonreí porque sabía que lo estaba diciendo en serio.

—Fui a su oficina, algo que no tenía demasiadas ganas de hacer, y volví a hablar con ella. Le hice la oferta y ella ni parpadeó. La doblé y siguió sin inmutarse. Titan... ella no es como el resto. Esa mujer es diferente. No está buscando dinero.

—¿Y entonces qué está buscando?

—Un legado. —Aquello era algo que Titan entendía perfectamente—. Quiere ser reconocida por su trabajo. Quiere ser una mujer imparable. Quiere cambiar el mundo. Y quiere hacerlo o contigo o por su cuenta... pero no le va a vender su trabajo a nadie.

Los ojos de Titan se desplazaron de un lado a otro mientras me miraba.

—Es inteligente, Titan. Una de las personas más inteligentes con las que he hablado nunca. Su intelecto es algo totalmente fuera de lo normal. Sé que tú no te asocias con nadie, pero esta vez vas a tener que hacer una excepción... porque ser su competencia tampoco va a ser nada fácil. Su habilidad es comparable a la tuya.

—La estás poniendo por las nubes.

¿Cómo podría no hacerlo?

—Se ha ganado mi respeto.

Una lenta sonrisa se extendió por sus labios.

—Creo que también se ha ganado algo más.

Diesel se rio, sentado en el otro sofá.

—Esa mujer te la pone dura.

—Me atrae. —Aquello no lo negué—. Pero eso es todo.

—¿Y no hay ninguna posibilidad de que cambie de opinión? —preguntó Titan.

Negué con la cabeza.

—No. Imposible.

Titan se reclinó en el sofá y cruzó las piernas.

—A lo mejor debería reunirme con ella en persona...

—Eso tendrá que esperar unas cuantas semanas, hasta que vuelvas a ponerte en pie —dijo Diesel.

—Ya me pongo de pie —protestó Titan.

Diesel la miró con severidad.

—Ya sabes a lo que me refiero, pequeña. Si quieres que tengamos esta discusión delante de Thorn, por mí perfecto. Pero sabes que la voy a ganar yo.

Titan alzó la vista al cielo.

—En esto también estoy con él —aseguré—. Te dispararon, Titan. No deberías trabajar; yo puedo ocuparme de ello.

—Pero yo puedo ocuparme de la señorita Alexander —respondió.

Sacudí la cabeza.

—Ni siquiera tú podrías con ella, Titan, créeme cuando te lo digo. Diesel tampoco sería capaz de hacer mella en ella. El dinero no funcionará porque no le importa ni lo más mínimo.

—A todo el mundo le importa el dinero —dijo Titan—. El que afirme lo contrario, miente.

—Sí que le importa —respondí—. Pero no tanto como a nosotros. No va a vender, sólo a asociarse. Si pensara que existe alguna posibilidad de conseguir que funcionara, te lo diría, pero no la hay. Es más cabezota que nosotros tres juntos, así que vas a tener que considerar su oferta si de verdad quieres trabajar con ella.

Titan rumió mis palabras en silencio antes de volverse hacia Diesel.

—¿Tú qué opinas?

—Es la primera vez que me lo preguntas. —Bebió *whisky* antes de dejar el vaso en la mesa.

—Vamos a pasar la vida juntos. Mi éxito es tu éxito. Así que ahora te lo voy a preguntar mucho más a menudo. —Titan miraba a Diesel con una mirada autoritaria que acaparaba toda la atención de él únicamente con su expresión.

La miraba como si yo ni siquiera estuviese allí. Lentamente se le fue dibujando una sonrisa en la cara.

—Eso me gusta.

—Bueno, ¿y qué piensas? —preguntó.

Diesel volvió a mirarme.

—Si Thorn está en lo cierto sobre esta mujer, entonces no te queda otra opción. O trabajas con ella y monopolizas el mercado con alguien que está claro que es un genio, o puedes convertirte en su competencia. Quizá tengas los recursos y la experiencia para comercializar tus productos, pero no puedes competir con su tecnología. Ella siempre encontrará un modo de mejorar los productos actuales, de perfeccionarlos y de hacerlos más asequibles. Así que siempre irás a su zaga, jugando constantemente al corre que te pillo. Sé que no te gusta que las personas tengan más poder que tú, pero así son las cosas. Alexander lleva las de ganar en esta ocasión.

Diesel lo había expresado muy bien y yo no podría estar más de acuerdo con lo que había dicho.

—Bueno, ¿qué quieres hacer, Titan?

—Necesito pensar un poco en ello —dijo Titan—. Consultarlo con la almohada.

Por lo menos no había rechazado la idea de plano. Titan ya había invertido en energía solar y perdería mucho más dinero abandonando el sector que haciendo una socia. Cogí mi vaso y di unos sorbos mientras me echaba hacia atrás.

—Todo lo demás va bien en tus oficinas. Nada fuera de lo habitual.

—Me alegro de oírlo —dijo Titan—. Muchísimas gracias por ayudarme, Thorn.

—De nada, Titan.

OCHO

Titan

Preparé su traje y su corbata y le hice una taza de café para llevar.

Diesel salió del baño con una toalla alrededor de la cintura. Todavía tenía unas gotas de agua en sus musculosos hombros. Cuando su cuerpo cincelado estaba mojado, era casi irresistible. Quería pasar la lengua por los surcos y quitarle las gotas a lametones. Se detuvo cuando vio la ropa dispuesta sobre la cama.

—¿Qué estás tramando, pequeña? —Se quitó la toalla de la cintura y la tiró a la cesta de la colada.

Lo había visto desnudo cientos de veces, pero nunca estaba preparada para su delicioso aspecto. Era todo músculo duro, curvas masculinas y líneas fuertes. Era absolutamente hermoso, tremendamente atractivo.

—¿Pequeña? —dijo sonriendo, perfectamente consciente de por qué no había dicho nada todavía.

Le solté lo que había pensado.

—Hoy vas a ir a trabajar.

Su sonrisa se esfumó de inmediato mientras caminaba hacia mí.

—No voy a ir a ningún sitio.

—Diesel, estoy bien. Nunca te había considerado un hombre que ignorase todas sus responsabilidades por algo así. La vida sigue.

—Tienes razón, por lo normal no lo haría, pero en cuanto te pusiste ese anillo, te convertiste en lo más importante de mi vida. —Me puso la mano en la mejilla, llegando con sus largos dedos a tocarme el pelo—. El trabajo es importante, pero nunca será más importante que tú.

Al igual que todas las demás veces que me tocaba, me derretí en el acto. Olvidé lo que quería decir porque él borraba de un plumazo todos mis pensamientos con su increíble mirada.

—Ya lo sé. Pero que estoy bien, Diesel, que no hace falta que te quedes aquí conmigo todo el día.

—No voy a dejarte sola. —Retiró la mano y cogió el traje de la cama. Volvió a colgar el traje azul marino en la percha y lo metió en el armario—. En cuanto vuelvas a la normalidad, me pondré un traje... pero no para ir a trabajar. —Regresó adonde yo estaba, todavía desnudo y arrebatador.

—Entonces, ¿para qué te lo ibas a poner?

Me rodeó la cintura con los brazos y frotó la nariz contra la mía.

—Para poder casarme contigo.

SONÓ EL TIMBRE DEL ASCENSOR.

Diesel se levantó del sofá, sin camiseta y con los pantalones de chándal, y respondió al telefonillo.

—¿Quién es? —Aunque Bruce Carol estaba muerto, Diesel se había vuelto un millón de veces más protector. No se andaba con tonterías: sentía desconfianza y no lo ocultaba.

—Tu padre —dijo Vincent por el altavoz—. Se me ha ocurrido pasarme.

—Sube. —Diesel pulsó el botón para que el ascensor se abriera—. ¿Te parece bien que venga mi padre?

—Claro. Me encantaría verlo.

Diesel entró en la habitación y se puso una camiseta antes de volver al salón. Las puertas del ascensor se abrieron al mismo tiempo y Vincent entró en el ático. Llevaba un jarrón transparente con un ramo de flores moradas, azules y blancas.

—¿Son para mí? —Me reuní con él en la puerta y cogí inmediatamente el jarrón de sus manos.

Sonrió.

—Diesel me ha dicho que te gustan las flores.

Diesel me quitó el jarrón antes de que pudiera siquiera sostener el peso.

—¿Y no te he dicho también que Titan no puede llevar ningún peso?

—Diesel —intervine—. Puedo llevar...

—No. —Como si la conversación ya hubiera terminado, se dirigió a una de las mesitas de los sofás y dejó allí el jarrón.

Vincent se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—Me alegro de que te gusten, Titan. Me dijo que las azucenas son tus favoritas, pero pensé que sería mejor dejar que fuera él quien te las comprara.

—Gracias, Vincent. —Lo abracé y sentí su corpulencia entre mis brazos.

Era como darle un abrazo a Diesel: otro muro de ladrillos—. ¿Te pongo algo?

—Voy yo a por ello. —Diesel todavía mostraba una actitud taciturna e interfería en todo lo que yo intentaba hacer—. ¿Qué quieres, papá?

—Agua está bien. —Me acompañó a los sofás del salón. Diesel estaba en la cocina, desde donde no podía oírnos—. ¿Todavía no te ha vuelto loca?

—Hace mucho tiempo —dije con una carcajada—, pero sus intenciones son buenas, así que lo dejo pasar.

—Sí. —Se sentó en el otro sofá con los brazos apoyados en las rodillas—. Sí que tiene buenas intenciones. De hecho, no lo he visto más atento en mi vida.

Diesel salió un instante después y le tendió el vaso.

Vincent dio un trago antes de dejarlo en la mesa.

—Gracias, hijo.

Diesel se sentó junto a mí en el sofá con el brazo apoyado en el respaldo y la otra mano sobre mi brazo. Me acariciaba con suavidad sin que pareciera importarle intercambiar muestras de afecto delante de su padre.

—¿Cómo estás? —Vincent sólo me miraba a mí, excluyendo a Diesel de la conversación.

—Me siento de maravilla. Las cosas van mejorando cada día.

—Eso es genial —dijo Vincent—. Se te ve más feliz.

Estaba feliz ahora que podía volver a mantener relaciones, pero eso no se lo iba a decir a él.

—Lo estoy.

—Sé que Thorn se está ocupando de tus negocios ahora, pero como hablamos de trabajar juntos con Kyle, me preguntaba si querías seguir adelante con ello. Lo único que necesitamos es hacérselo llegar todo a los distribuidores y listo.

—Ahora mismo no está trabajando, papá —amenazó Diesel—. Ya te lo he dicho.

Levantó la mano.

—Perdón. Sólo iba a preguntarle si le parecía bien que hablara con Thorn de este tema.

Diesel se transformó en el oso protector en el que se había convertido.

—Que no está...

—Sí, puedes hablarlo con Thorn —dije—. Creo que es una idea fantástica, él se ocupará de ello.

—Muy bien —dijo Vincent—. Es lo único que quería saber.

Diesel soltó un fuerte suspiro que pareció un rugido.

Vincent lo ignoró e hizo como si no lo hubiera oído.

—Voy a ir a la gala benéfica Founder el sábado por la noche. ¿Tú vas a ir, Diesel?

—No. —No dio ninguna explicación detallada. Si yo no iba a estar a su lado, estaba claro que no le veía sentido a asistir. El único lugar en el que quería estar era en casa conmigo—. Pero seguro que Thorn sí que va.

Vincent asintió.

—Pues entonces lo veré allí.

—¿Vas a llevar a alguien? —dije, preguntándome si seguiría viendo a aquella mujer.

Vincent se frotó las palmas de las manos.

—Voy a ir solo. Lo he dejado con la mujer aquella con la que salía... No funcionó.

Me pregunté si aquello querría decir que me había hecho caso, que quizá iba a intentar encontrar algo más serio en lugar de la compañía de jóvenes.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —dijo Vincent—. Nunca fue nada serio.

Diesel no hizo ninguna pregunta al respecto. Debía de resultarle raro escucharlo.

—¿Necesitáis que os traiga algo? —preguntó Vincent—. ¿Algo del supermercado?

—No, gracias —respondió Diesel—. Mando a uno de mis chicos a comprar.

Vincent se recostó en el sofá y echó un vistazo a la televisión. Llevaba un caro reloj negro, un color propio de la noche que concordaba con su sombra constante. Era formidable hasta sin intentarlo. Su callada hostilidad se asemejaba a la de Diesel: ambos se mostraban taciturnos incluso en los momentos más felices.

—Esto tiene que resultarte duro, Titan. Sé que no eres la clase de mujer a la que le gusta pasarse el día sentada.

—Está siendo un infierno —dije con un suspiro—. Lo único que hago es estar sentada y comer.

—Que es exactamente lo que deberías estar haciendo —dijo Diesel con frialdad.

—¿Cuánto tiempo vas a tardar en recuperarte? —preguntó Vincent.

—A lo mejor otra semana...

—Al menos un mes —respondió Diesel.

Me volvería loca si me pasaba un mes entero encerrada en aquel lugar. Perdería la cabeza.

—Eh... De eso nada.

—No vas a ir a ningún sitio hasta que el médico te quite el vendaje y te dé el alta. —Diesel no me miró mientras hablaba, sino que contemplaba fijamente la televisión—. Y no hay más que hablar.

Puse los ojos en blanco.

—Deja de decir que no hay más que hablar. Ya sabes que siempre hay algo más que decir cuando se trata de mí.

Diesel no me rio la gracia.

—No va a volver al trabajo por lo menos en un mes —repitió lo que ya había dicho, como si estuviera grabándolo en piedra.

—Entonces tú tienes que volver al trabajo —dije—. No puedes quedarte aquí conmigo otro mes. Tienes muchas cosas de las que ocuparte.

—Estoy de acuerdo —dijo Vincent—. Quedarte en casa con ella ha sido lo correcto, pero no puedes hacerlo para siempre. Tienes un imperio que dirigir y también tienes que vigilar el suyo. Aunque parezca que tus negocios prosperan sin tu presencia, no puedes confiar en toda la gente que tienes por debajo. Algunos te seguirán siendo leales, pero la mayoría no. En cuanto les des la espalda, actuarán en su propio beneficio. Ella tiene a Thorn, pero tú no tienes a nadie.

Diesel no dijo nada, pero la mandíbula se le tensó ligeramente.

Me giré hacia él y vi el conflicto en sus ojos.

—Vuelve al trabajo, Diesel.

—Hablaremos de ello más tarde —dijo en voz baja.

Yo sabía que no quería dejarme sola aunque me manejara perfectamente en la casa. Podía tomar mi medicación yo sola y me duchaba sin problemas. Estaba recuperando mi independencia y el dolor estaba empezando a disminuir cada vez más. Si necesitara algo de verdad, Diesel estaría a sólo una llamada.

Vincent se quedó media hora antes de marcharse. Me dio un abrazo junto a la puerta y un beso en la mejilla antes de desaparecer en el ascensor. Sabía que había venido a verme a mí, que no era una excusa para ver a su hijo. Sentía como si tuviera mi propia relación con el padre de Diesel, que se había convertido en más que un suegro para mí. Me recordaba a mi propio padre en muchos sentidos.

Me miraba como solía mirarme mi padre.

Diesel se giró hacia mí cuando volvimos a estar solos.

—Me quedaré contigo otra semana. Y luego veremos cómo te sientes antes de que decidamos si vuelvo o no a la oficina.

—Diesel, es que ahora mismo estoy bien. Vete.

Se me quedó contemplando con la misma reticencia en los ojos. Cuanto más tiempo pasaba conmigo, más trabajo se le acumulaba, pero la devoción que sentía por mí superaba todo el estrés que le esperaba en la oficina.

—¿Por qué no vas a trabajar por la mañana y te pasas todos los días un buen rato para comer? —pregunté—. Así podrás ver cómo estoy. Después puedes volver al trabajo hasta el final del día y luego ya vienes a casa. Lo cierto es que no hago nada más que pasarme el día sentada sin hacer nada. Si me estoy volviendo loca yo, tú también tienes que estar perdiendo la cabeza.

—Me gusta estar aquí contigo, pequeña. —Me miró a los ojos con una sinceridad aplastante. Nunca me mentía, así que todo lo que decía contenía un gran significado. Siempre había una capa de afecto en la superficie de sus ojos, una mirada reservada sólo para mí. Puede que se hubiera acostado con cientos de mujeres, incluso con dos a la vez, pero parecía que no hubiese habido nadie antes que yo. Yo era lo único que le importaba de verdad—. La única razón por la que quiero volver es porque mi padre tiene razón. Mi presencia es importante. Mete a la gente en vereda.

—No podría estar más de acuerdo.

—Thorn te está haciendo un favor enorme, pero yo no tengo a nadie que pueda hacer lo mismo por mí.

—Lo haría por ti también si se lo pidieras.

Sacudió ligeramente la cabeza.

—No es por ofenderlo, pero no querría que lo hiciera. La única persona en la que confiaría es mi padre... pero está más ocupado que yo.

No pude contener la sonrisa que se extendió por mi rostro. Había hecho falta un tiempo para que volvieran a consolidar su relación, pero se fortalecía con cada día que pasaba. Había visto cómo su conexión se volvía más profunda cuando se produjo la tragedia. Vincent había estado a mi lado porque yo le importaba, pero también había estado apoyando a su hijo.

Diesel sonrió antes de soltar un suspiro.

—No me mires así.

—¿Qué? Me gusta sonreír.

—Pero sé por qué estás sonriendo.

—Ah, ¿sí? —Me acerqué a su pecho y me puse de puntillas. Pegué las

manos a su cuerpo musculoso para mantener el equilibrio, me incliné hacia delante y lo besé.

Él me devolvió el beso y sus brazos fuertes me rodearon la cintura con fuerza. Su contacto fue sensual y lento, pero contenía todo su anhelo y su pasión por mí. Sus dedos se aferraron a mi cuerpo, pero con una presión llena de contención. No me tocaba con la agresividad de antes, sino que se comportaba con amabilidad conmigo aunque no quisiera hacerlo. Antes me agarraba el pelo por detrás y tiraba para colocarme la cabeza en la posición perfecta para besarme. A veces me sujetaba por la nuca y me doblaba sobre la cama cuando menos me lo esperaba, y luego me follaba con toda la brusquedad que deseaba sin previo aviso.

Pero ahora sólo quedaba un gigante bonachón.

Cuando se apartó, me miró a los ojos con un amor evidente.

—Me lo pensaré un tiempo.

Metí los dedos por debajo de su camiseta y los subí por su abdomen musculado. Sentí los duros abdominales y los surcos que los separaban mientras avanzaba hacia su pecho. Cuando toqué la superficie plana de músculo bien definido, clavé los dedos en él todavía con más fuerza. Era cálido y duro, y rebosaba testosterona constantemente.

—Mientras piensas en ello, ¿quieres complacer a tu mujer?

La comisura de sus labios formó una sonrisa.

—Mi mujer no tiene que pedirme que la complazca.

NUEVE

Thorn

El sueño que estaba teniendo me despertó de golpe.

Era un sueño increíblemente ardiente, sudoroso y sensual. No quería que la visión desapareciese de mi vista, pero la sacudida de placer devolvió la consciencia a mi cuerpo. Me incorporé en la cama y contemplé las tinieblas de mi dormitorio. La luz brillaba a través de las persianas opacas, lo cual me indicó que ya había amanecido.

Tenía el pecho cubierto de sudor y una erección más sólida que una losa de piedra.

La visión de la señorita Alexander se fue difuminando poco a poco. Estaba arrodillada delante de mí, intentando chupar mi enorme miembro con aquella jugosa boca suya. La saliva le caía por las comisuras de la boca y las lágrimas le resbalaban por el rabillo de los ojos. Quería meterse mi sexo más en la boca, pero su esbelta garganta era sencillamente demasiado estrecha.

Pero aquello no le impidió intentarlo.

Me pasé los dedos por el pelo y luego me froté los ojos para despejarme. Mi reloj mostraba la hora que era; sólo me quedaban dos minutos antes de que saltara la alarma. Había pasado bastante tiempo desde mi último lío. El drama de la ruptura con Titan había puesto en espera mi vida personal y después de que la dispararan no había sentido ganas de sexo.

Pero la señorita Alexander las había reavivado.

Me escupí en la palma de la mano y después me agarré el miembro. Cerré los ojos y reviví el sueño mentalmente.

Luego me la casqué fingiendo que mi mano eran los prietos labios de la señorita Alexander.

TENÍA un traje de Connor Suede de color negro azabache con corbata a juego. Me sentaba como un guante, con tejido de lana y un corte que se amoldaba a mi musculatura a la perfección. No le daba mucha importancia a la moda, pero los trajes de vestir eran otro cantar.

Mis trajes me importaban.

Proyectaban mi poder y mi riqueza. Proyectaban mi oscuridad, mi hostilidad constante. Un hombre de mi talla debía emanar confianza. Fuera donde fuera, había un mar de trajes a mi alrededor. Tenía que destacar.

El chófer me llevó a la gala benéfica Founder en el Plaza. Acudí sin cita porque nunca tenía una, aparte de Titan. Habría sido poco inteligente por mi parte pensar que la gente se había olvidado de mi relación con ella por causa del tiroteo. Era posible que ella les hubiera contado una versión de la historia que la hacía parecer un bello romance, pero todavía era yo el que salía perdiendo.

Era yo al que habían dado la patada.

Las mujeres con las que terminaba acostándome sabían que yo era un partidazo. Casi todas me decían que querían algo más. Querían continuar de aquella manera para siempre... y era entonces cuando me deshacía de ellas. No sólo era un fiero en la cama; también me gustaba ser caballeroso. Trataba a las mujeres con respeto, algo que Titan podría confirmar.

Pero ahora el mundo me veía con ojos distintos.

Como si me importara un carajo.

Mi amistad con Titan significaba más para mí que la opinión del mundo entero, porque era algo irremplazable. Teníamos un nivel de confianza que no compartía con nadie más. Nunca llevaríamos el mismo apellido ni formaríamos una familia juntos, pero ella era más familia mía que mis propios padres.

La quería.

Me daba igual que aquello me hiciera parecer un blando.

Llegué al hotel y entré en el salón de baile con una mano en el bolsillo. No me costaba socializar con la élite de Manhattan, y era algo necesario. Las oportunidades de negocio surgían en los momentos más inesperados. Tener buenos contactos era igual de importante que trabajar ocho horas al día. Podría haberme saltado aquel evento sin dificultad, pero sabía que era fundamental para mantener las relaciones.

Estuve un rato hablando con unos y con otros, y casi todo el mundo me preguntó qué tal estaba Titan. Su percepción de mí había cambiado un poco, lo

notaba. Pero cuanto más hablábamos, más se normalizaba. Si mi nivel de confianza no disminuía, la gente se centraría sólo en eso... y no en mi relación con Titan.

Antes o después, todos lo olvidarían.

Aunque tardarían un tiempo.

Vi una cara familiar mientras me terminaba mi copa de champán. Dejé la copa vacía en la bandeja de un camarero que pasaba y me acerqué a Vincent Hunt, un hombretón que lucía su traje mejor que un maniquí. No llevaba una belleza colgada del brazo, como era su costumbre: aquella noche estaba solo.

—¿Qué tal estás?

Me estrechó la mano, abandonando su expresión severa y dedicándome una acogedora sonrisa.

—Bien, ¿y tú?

—Haciendo acto de presencia nada más. Me aburren estos eventos tan falsos.

Su sonrisa se ensanchó.

—Por lo menos eres lo bastante sincero para admitirlo.

—¿Esta noche has venido sin cita?

Se metió las dos manos en los bolsillos.

—Ahora mismo no estoy saliendo con nadie.

La última mujer con la que lo había visto era espectacular. Me sorprendía que hubiera cortado con ella. Pero de todas maneras, yo también saltaba a toda velocidad de una pareja a otra. De hecho, yo lo hacía con mayor rapidez que él, que al menos estaba unos cuantos meses con la misma mujer. Yo lo dejaba después de algunas semanas.

—Vaya, lo siento.

Encogió apenas los hombros.

—¿Y qué hay de ti?

—Mi vida ha sido demasiado caótica últimamente. —No me acordaba de la última vez que había ido a un bar aunque sólo fuera para tomar una copa. Mi vida había sido una sucesión incesante de pesadillas. Echaba de menos mi antigua vida, cuando todo me estaba yendo bien.

—Ayer le hice una visita a Titan. —Pasó un conocido suyo y él bajó la barbilla a modo de saludo, aunque no hizo intento de hablar con él—. Tiene mejor aspecto cada vez que la veo, sólo parece un poco inquieta.

—Estar todo el día en casa sentada sin hacer nada la está volviendo loca. De eso no cabe duda.

—Eres un buen amigo por cuidar de sus negocios. No muchas personas harían algo así. —Vincent se quedó observándome con su mirada profunda de ojos castaños que parecían láseres oscuros. Tenía un problema con quedarse mirando fijamente a la gente, pero no se molestaba en corregirlo. Tener más seguridad en sí mismo que la mayoría de la gente que conocía era una herramienta útil para él.

—Ella haría lo mismo por mí. —No tenía dudas en lo referente a Titan; si me necesitaba, podía contar conmigo. Ya habíamos entablado un vínculo de sangre antes de que matase a Jeremy. Estábamos unidos por algo que desafiaba las leyes de la física. Sin importar lo que pasase, siempre la apoyaría. Y ella a mí.

—Estoy seguro de ello. Pero sigue siendo generoso por tu parte, porque tienes tus propios negocios que atender.

Mi imperio era de una clase distinta al suyo. Yo había nacido en una familia acaudalada que había girado en torno a mi compañía desde hacía generaciones. La había fundado mi bisabuelo en su juventud y ahora me pertenecía a mí. A diferencia de Titan, yo realmente no había tenido que trabajar para obtenerla. Por aquella razón, había creado unas cuantas empresas más, para así tener un legado diferente que pasar a mis hijos.

—Hacer lo mejor para ella es lo mejor para mí.

—Estoy seguro de que te costó renunciar a ella. Eres un buen hombre por haberte retirado.

—No la he perdido. —Nunca había sido mía del modo en que era de Diesel. Nuestra relación no había cambiado para nada. Se basaba exclusivamente en la amistad y la comodidad. Yo la encontraba atractiva, pero no me provocaba una erección como me sucedía con otras mujeres... como la señorita Alexander—. Sigue siendo exactamente lo mismo que ha sido siempre para mí: mi amiga.

—Aun así, seguro que estabas deseando que fuera tu esposa.

Desde luego, mi situación se habría simplificado mucho. Nunca encontraría a nadie mejor con quien compartir mi vida. Con Titan me resultaba muy fácil llevarme bien porque me aceptaba exactamente como era, al contrario que la mayoría de las mujeres. Aquello era lo que buscaba en una compañera: que me aceptase. Era un gran trabajador y era ferozmente leal. Siempre era sincero. Pero era incapaz de sentir amor romántico. Todo lo demás estaba ahí, así que aquella era la única pieza que faltaba. Todas las mujeres querían más, querían un final feliz. Titan era la única que no lo

quería... hasta que conoció a Diesel.

—Sin duda habría hecho mi vida más fácil, pero me alegro por ella. Y me siento como un idiota por no haber creído a Diesel desde el principio. Fue una estupidez.

—No es rencoroso.

—Da igual. —Seguía sintiéndome fatal al respecto. Por culpa de ello habían disparado a Titan—. Diesel es un tío estupendo, al que considero de mi familia porque quiere a Titan. Es un hombre poderoso con muchos contactos. No me importa nada incorporarlo a mi círculo íntimo.

—¿Quién más está en él?

—Sólo Titan. —Estaba unido a mis padres, y la verdad es que era un poco niño de mamá, pero a ellos no podía incluirlos porque no podía ser totalmente sincero con ellos. También tenía amigos con los que salía, pero ellos tampoco contaban. Sólo Titan se había ganado mi confianza más absoluta. Podría confesarle que había matado a alguien y ella me ayudaría a esconder el cuerpo sin juzgarme.

Vincent asintió levemente.

—Yo no tengo a nadie en mi círculo íntimo. Eres afortunado de tener a alguien.

—¿Y qué hay de Jax?

—Estamos unidos, pero nunca podría incluir a uno de mis hijos en ese círculo. Debo ser un ejemplo para ellos. Mis trapos sucios tienen que quedar ocultos.

—No pareces un hombre con trapos sucios.

Saludó con la cabeza a una mujer que pasó junto a nosotros, una belleza que le dedicó una sonrisa. Se giró de nuevo hacia mí.

—Todo el mundo tiene trapos sucios, Thorn. Si no los tienes, no eres tan interesante.

Aquello era verdad.

—Me alegro de que tú y Diesel estéis bien; vuestra pelea estaba empezando a volverse encarnizada. —Fijé la vista más allá de su hombro, posándola en una mujer voluptuosa con el pelo oscuro peinado en grandes rizos, brillantes y deliciosos. Con un vestido negro ajustadísimo que realzaba su vientre plano y su trasero prieto, era una belleza de los pies a la cabeza. Volví la mirada hacia Vincent sólo porque me vi obligado a ello.

—Me siento agradecido por poder pasar página. La ira me convirtió en una persona diferente. Me dejé llevar...

Mis ojos volvieron hacia la mujer mientras se daba la vuelta. Estaba hablando con un hombre trajeado, pero no me fijé en su rostro. Lo único que me importaba era ella. Sus brillantes ojos verdes, sus mejillas ligeramente pecosas y sus labios carnosos la convertían en el centro de atención de toda la sala. Casi todos los hombres la estaban mirando.

La señorita Alexander.

No había esperado que acudiera aquella noche. En cuanto me di cuenta de que era ella, se me endureció automáticamente el miembro en los pantalones. Como si fuera la única mujer del mundo que tenía control sobre él, podía manipularlo con una simple sonrisa. Los pantalones de repente me parecieron estrechos por delante mientras recorría con los ojos las curvas de sus pechos y sus caderas.

—Todos nos dejamos llevar de vez en cuando...

ME TERMINÉ EL vaso de *whisky* antes de aproximarme.

Me acerqué a ella por la izquierda justo cuando terminaba de hablar con uno de los hermanos Rocker. Me hubiera resultado sencillo ignorarla porque no había nada que decir, pero desde luego mi pene no podía dejar de pensar en ella.

Y de cómo se había quedado mirando mi bragueta.

Una cosa habría sido que se hubiera limitado a mirarlo de reojo, pero no había apartado la vista en varios segundos. Sus mejillas habían adquirido un nuevo rubor y se había intensificado el deseo en sus ojos. Yo no me avergonzaba del monstruoso paquete que se perfilaba por debajo de mis pantalones, y era evidente que a ella tampoco le avergonzaba mirarlo.

Cómo me ponía...

No pensaba que fuese a pasar nada entre nosotros, pero aquello no me impidió acercarme a ella. Era más inteligente que las mujeres con las que solía acostarme y rebosaba seguridad en sí misma. Podía tener al hombre que quisiera y probablemente estuviera buscando un intelectual de renombre dispuesto a asentarse con ella. Podría exigir compromiso de cualquiera y lo obtendría en un segundo.

Pero yo no era así.

Debió de intuir que la estaba mirando, porque su mirada se volvió en mi dirección. No pareció ni remotamente sorprendida por mi presencia, así que seguramente ya me habría visto antes. O eso, o se le daba excepcionalmente bien poner cara de póker. Sostenía una copa de champán burbujeante y se le

formó una leve sonrisa en los labios al verme. Era increíble lo sensual que podía ser sin proponérselo. Si no triunfaba como científica, podría dedicarse a ser modelo si quisiera.

Me paré ante ella con las manos dentro de los bolsillos. No tendí la mano para estrechársela porque no parecía lo correcto.

Ya habíamos superado la fase de darnos la mano.

Ahora que la tenía delante y podía ver aquellas espesas pestañas y el seductor maquillaje de sus ojos, no supe qué decir. Contemplarla era suficiente entretenimiento para mí. No sabía si era por su espalda erguida o por su elegante postura, pero tenía algo que acaparaba por completo mi atención. Nunca había estado cerca de una mujer más segura de sí misma. La mayor parte de los ocupantes de aquella sala eran magnates de los negocios con sus esposas trofeo, pero ella no parecía intimidada para nada. Su fortaleza era sensual y su confianza hipnótica.

Era toda una mujer.

Había pasado un minuto, pero no dije nada. Mis ojos seguían pegados a los suyos, mirándola cada vez con mayor intensidad.

Ella no se envaró bajo mi penetrante mirada. No desvió la vista ni parpadeó siquiera. Se mantenía fuerte y no se inclinaba ante nadie.

No se inclinaba ante mí.

Se negaba a hablar la primera, y no me cupo duda de que era porque quería conservar el poder en la situación.

Yo se lo hubiera dado con gusto.

—¿Se lo está pasando bien? —Quería decirle que estaba guapísima, pero una belleza como ella no necesitaba escuchar aquel cumplido... por centésima vez aquella noche. Se percataba de todas y cada una de las miradas que atraía. Sabía que era el objeto de las fantasías de muchos hombres. Era demasiado inteligente como para no darse cuenta de ello. Así que no le hacía falta escuchármelo decir. Lo único que tenía que hacer era bajar la vista... y sabría los sentimientos que me provocaba.

—Buen champán y buena compañía. —Dio un sorbo y se lamió los labios.

Observé su lengua deslizándose por su labio inferior y pensé de inmediato en aquella dulce boca alrededor de mi sexo. Me había masturbado pensando en ella aquella mañana y me apetecía volver a hacerlo. O mejor aún, disfrutar de la realidad.

—¿Ha venido acompañada? —No había pensado antes en ello, pero era probable que estuviese saliendo con alguien. Una mujer como ella no podría

estar sin pareja demasiado tiempo.

—No.

Era una buena respuesta, pero no contestaba a la pregunta que yo quería hacer de verdad.

—¿Qué tal está Titan?

—Bien. Seguirá en casa otro mes antes de volver al trabajo. —Le agradecía la pregunta, le importase o no de verdad la respuesta.

—Es todo un detalle por tu parte ocuparte de sus compañías... sobre todo teniendo en cuenta que ya no estáis juntos.

Siempre que hablaba con ella olvidaba la falacia que me rodeaba. Igual que todo el mundo, la señorita Alexander pensaba que había estado comprometido con Titan porque la amaba... y que me había dejado por otro. Pero cuando estábamos solos ella y yo, todo lo demás parecía carecer de importancia.

—Juntos o separados, siempre podrá contar conmigo.

Su mirada se enterneció por primera vez.

Yo no quería seguir hablando de Titan, no cuando tenía que mentir sobre mis sentimientos hacia ella.

—¿Ha cambiado de opinión sobre lo que hablamos?

—No. ¿Y ustedes?

—Titan lo está sopesando.

—¿Sí? —Su voz se agudizó ligeramente, llenándose de una obvia sensación de esperanza.

—Le dije que usted no cambiaría de opinión bajo ninguna circunstancia.

—Me alegra que por fin me haya entendido.

Elevé la comisura de la boca en una sonrisa.

—He tardado lo mío, ¿eh?

Ella me devolvió la sonrisa, y aquella simple reacción hizo que el miembro se me moviera dentro de los pantalones.

¿Por qué aquella mujer me la ponía tan dura?

—Espero sinceramente que Titan cambie de opinión. Me encantaría tener la oportunidad de trabajar con ella. Cuando digo que podríamos hacer grandes cosas juntas, lo digo en serio.

Cuanto más interactuábamos, más de acuerdo estaba con ella. La señorita Alexander tenía algo especial que la convertiría en un miembro inestimable del personal de Titan. Podía ver lo inteligente que era cada vez que la miraba. En muchos sentidos, me recordaba a Titan, sólo que era una versión diferente

de ella.

—Le hablaré en su favor.

—¿En serio? —Su sonrisa se hizo más amplia—. Pero si casi no me conoce, señor Cutler.

—Pues entonces déjeme conocerla mejor. —Me acerqué un poco más a ella, casi pasándome de la raya e invadiendo por completo su espacio personal. Si no quisiera que estuviese tan próximo a ella, me lo habría dicho sin más. Pero me mantuvo la mirada con ojos juguetones. Aquel era el momento en el que yo soltaría alguna frase ingeniosa o iría directo al grano. Pero no hice ninguna de las dos cosas. La respetaba demasiado, y mi respeto no era algo fácil de obtener. Quería estar con ella si ella quería estar conmigo, y ahora estaba esperando una invitación por su parte. Quería introducir la mano en aquel cabello y besar sus labios llenos, pero mantuve las manos quietas. Estar al mando era una de las cosas que mejor se me daban. Quería decirle exactamente lo que quería... y también quería verla obedecer.

Pero aquello no funcionaría con una mujer como ella.

Habló con voz sensual, profunda y seductora.

—¿Qué quiere saber?

Quería saber si sus labios sabían a champán. Quería saber cómo sonaba mi nombre en sus labios. Quería saber si dormía sola por las noches o si había un hombre a su lado. Quería saber si quería que le diera placer, que le diera el gran pene que tanto parecía impresionarla. Quería saber si me deseaba como yo a ella. Quería saber cómo se sentiría si supiese que me había masturbado pensando en ella aquella mañana.

Pero también quería saber otras cosas.

Quería saber de dónde venía su pasión. Quería saber cuál era su bebida favorita. Quería saber si escuchaba música mientras estaba en su laboratorio, y cuál le gustaba más si lo hacía. Quería saber si prefería el caos de la ciudad o si tenía casa al otro lado del puente. Quería saber cuáles eran sus sueños y esperanzas.

—Cualquier cosa que quiera compartir conmigo.

—LA PRIMERA RONDA la pago yo. —Estaba de pie junto a ella en el bar y choqué mi vaso con el suyo. El mío contenía *whisky* con hielo y un chorrito de limón, y ella había pedido una copa de vino tinto. A mí no me entusiasmaba el vino; prefería bebidas destiladas o cerveza, independientemente de lo que estuviera comiendo.

—Gracias. —Mantuvo los ojos en mí mientras bebía, espiándome a través de sus gruesas pestañas. Sus ojos verdes relucían todavía más bajo la suave iluminación del bar. Había gente por todas partes, pero habíamos encontrado un agradable sitio en el rincón. La ruidosa charla que nos envolvía me daba una excusa para acercarme todavía más a ella. De vez en cuando, mi brazo rozaba el suyo al moverme. Si movía un poco más la pierna, podría tocar la suya.

Pero no lo hice.

Desde aquel ángulo tenía unas bonitas vistas de la parte superior de su vestido. Tenía los pechos pequeños, pero tremendamente respingones. Cada vez que miraba hacia otro lado, hubiera podido disfrutar de aquella visión con mi mirada de perverso.

Pero no miré ni una vez.

Yo nunca fingía ser algo que no era. Era sincero sobre mis intenciones y también sobre quién era en mi interior. Era la clase de hombre que utilizaba a las mujeres para mi propio placer. Ellas también obtenían placer, pero aquello no hacía la relación menos superficial. Si hubiera sido cualquier otra mujer, probablemente le habría mirado el escote.

Pero con la señorita Alexander no lo hice.

No sabía por qué. En todo caso, me sentía más atraído por aquella mujer que por ninguna otra. Estaba más excitado por ella, más ansioso por follármela sin contemplaciones. Pero cuanto más la deseaba, más aumentaba mi respeto por ella.

Aquello no tenía sentido.

Ella agitó la copa y dio otro sorbo.

Volvía a notar los pantalones tirantes.

—¿Cuándo fundó su compañía, señorita Alexander?

Ella dejó la copa manteniendo los hombros hacia atrás. Su piel olivácea tenía un tono perfecto para su vestido negro. Se mantenía tan erguida que le sobresalían las clavículas.

—Estamos en un bar, Thorn. Llámame Autumn.

Hasta aquel momento no había sabido cuál era su nombre de pila. Cuando buscaba información sobre ella en Internet introducía el nombre de su compañía. Probablemente el suyo estuviese en la pantalla, pero yo no lo había visto. Ahora que lo había escuchado, mi respiración se agitó un poco por lo sencillo y elegante que me parecía. No me costaba ningún esfuerzo imaginarme pronunciándolo mientras me corría en el fondo de su cuerpo.

—Autumn —dije en alto, probando su sensación en mi lengua. Aunque no era más que un nombre, me hacía sentir como si tuviese un trozo de ella, como si pudiera llamarla algo íntimo—. Es un nombre precioso.

—Gracias.

—Thorn.

Asintió.

—Lo sé. Eres un hombre bastante famoso.

Esperaba que aquella fama no se debiese exclusivamente a mi escándalo con Titan. Había trabajado mucho para mi compañía, permitiendo a mis padres jubilarse cómodamente, y también había creado empresas de la nada... todas con un éxito inmenso. No quería que la historia me redujera a un hombre que había amado y perdido a una mujer.

—Por desgracia.

—La cima siempre es solitaria. Cuanto más alto llegas, más gente desea verte caer.

La miré entornando los ojos, asombrado por que fuera la segunda vez que me dedicaba unas sabias palabras. Había dicho algunas cosas sorprendentes que nunca habría esperado que dijera. Aunque claro, había que tener en cuenta que aquella mujer funcionaba en una longitud de onda diferente, así que tendría que dejar de compararla con las mujeres con las que solía enrollarme si quería dejar de llevarme sorpresas.

—Muy cierto.

Volvió a beber de su copa y esta vez se lamió los labios.

Entonces me pregunté si lo habría hecho a propósito. Me resultaba imposible no obsesionarme con aquella boca perfecta, no imaginar el placer que me produciría por todo el cuerpo, de la boca al escroto.

—¿Eres de Nueva York?

—Brooklyn.

—¿Naciste y creciste allí?

—Sí.

—¿Sigues teniendo a tus padres?

—Sí. Ahora viven en Connecticut porque la ciudad no les gusta mucho, prefieren la tranquilidad del campo.

—¿Y tú?

—Yo prefiero el jaleo. Es a lo que estoy acostumbrada.

Yo era incapaz de imaginarme viviendo en cualquier otro sitio que no fuese el centro de Manhattan. El mundo avanzaba a una velocidad constante y a

mí me encantaba vivir en la vía rápida. Me gustaba andar por ahí hasta las cuatro de la mañana porque nada cerraba nunca en la ciudad que no dormía.

—Deben de estar orgullosos de ti.

—Lo están. —Sonreía al hablar de sus padres—. Mi padre era profesor de instituto y mi madre se ocupaba de la casa. El dinero siempre era un problema para nosotros. Mi madre nunca ha podido trabajar porque tiene una enfermedad.

No hice preguntas al respecto porque no me pareció que tuviera derecho a hacerlo. Pero había deducido que se habían podido permitir trasladarse a Connecticut sólo porque ella había cuidado de ellos.

—¿Qué enseñaba tu padre?

—Física.

—Tú lo debes de haber sacado de ahí.

—Probablemente —dijo riéndose—. Siempre tenía un profesor particular para ayudarme cuando volvía a casa del colegio.

—¿Te encargas tú de sus gastos?

Asintió.

—Ahora viven muy holgadamente y eso me hace feliz. Lo hicieron lo mejor que pudieron y me alegra poder devolverles el gesto, después de todo lo que han hecho por mí.

Sabía que yo haría lo mismo por mis padres. Estábamos unidos, así que era algo con lo que me podía identificar. La admiraba por hacerlo porque no todo el mundo era tan generoso. Cuando la gente ganaba dinero se volvía codiciosa.

—Entonces se deben de sentir todavía más orgullosos de ti.

A pesar de la sonrisa que lucía, se encogió de hombros. Nunca proclamaba su éxito ni alardeaba de sus cualidades. Ni siquiera era presumida sobre su aspecto. Era una de las personas más humildes que había conocido. Casi todos mis conocidos en el mundo empresarial tenían éxito, pero también una inseguridad feroz en sí mismos y compensaban sus miedos vanagloriándose todavía más. Los auténticos triunfadores revelaban muy poco de sí mismos... porque lo que realmente querían era ocultar su apabullante éxito.

—¿Estás unido a tu familia? —preguntó.

Si me veía mucho en la prensa amarilla, seguramente aquello era algo que ya sabía.

—Mucho.

Asintió ligeramente.

—Eso está muy bien.

—También tengo un hermano pequeño. Trabaja en Chicago, así que no lo veo muy a menudo... pero cuando estamos juntos nos lo pasamos genial.

—Yo soy hija única.

Di un trago al *whisky*.

—¿Cuándo empezaste con la compañía?

—Poco después de abandonar los estudios, así que tendría unos dieciocho años. Mis padres se enfadaron muchísimo cuando dejé la universidad y yo empecé a trabajar en un cobertizo... pero al cabo de un año ya ganaba algo de dinero y podía pagar las facturas. Tras aquello, todo se desarrolló muy rápidamente. He ido mejorando mi tecnología y he creado algunas cosas magníficas.

—¿En qué estás trabajando ahora?

Me dedicó una sonrisa precavida.

—Sabes que eso no puedo decírtelo, Thorn.

A mí nuestra conversación no me parecía ningún conflicto de intereses. No tenía pensado contarle a Titan nada de aquello. La verdadera razón por la que estaba manteniendo aquella conversación era sencillamente que quería conocerla mejor.

—Tu trabajo me tiene impresionado. Ni me imagino lo que se te pasará por esa mente tuya todos los días.

—Tengo los mismos pensamientos que cualquier persona de mi edad. El único motivo por el que soy diferente a todos los demás es que aplico mis conocimientos de un modo distinto. Eso es todo.

—Creo que estás siendo demasiado humilde.

—O simplemente demasiado sincera. —Bebió de su copa y la dejó en la mesa; había una intensa marca de pintalabios en el borde—. ¿Te gusta trabajar para la compañía de tu familia?

—No trabajo para ella. Soy el dueño. —No era una demostración de poder, simplemente no quería que pensara que trabajaba a las órdenes de mi padre o de otro miembro de la familia. Mis padres habían dejado atrás la compañía hacía más de una década. Yo llevaba siendo su principal directivo desde entonces—. Mis padres están jubilados y a mi hermano le interesa más convertirse en abogado.

—Perdona, culpa mía.

No quería sonar como un capullo, pero tampoco que se llevara una impresión equivocada de mí. Yo no era ningún niño rico vago. Trabajaba

duramente para ganarme el dinero. Había logrado que mi familia se sintiera orgullosa de mí por el empeño que había puesto en conservar nuestro legado.

—Y sí, me gusta. He fundado más compañías, así que también tengo otros negocios.

—A veces pienso en diversificarme, pero no tengo demasiado tiempo. Soy necesaria en el laboratorio.

—¿Y por eso quieres trabajar con Titan?

—Precisamente. Yo podría concentrarme en lo que se me da bien y ella en lo que se le da bien a ella. Es una combinación perfecta.

Realmente lo era.

—Volveré a hablar con ella.

—¿De verdad? —preguntó con una suave sonrisa en los labios—. ¡Pues sí que estás presionando en mi favor!

—No estoy presionando en tu favor, sino al de ella. Es una mujer muy obcecada y nunca se desdice de su palabra, pero creo que esto debería replanteárselo. En este acuerdo no veo nada más que ventajas para ella.

—Qué halagador.

—Te lo has ganado.

Volvió a bajar la mirada, que se ablandó de un modo vulnerable. Cuando sonreía estaba preciosa, pero cuando ponía aquella expresión, cuando mostraba sus auténticos sentimientos, se ponía innegablemente radiante.

Había tenido tantas erecciones aquella noche que me sentía un poco mareado. La sangre ya llevaba varias horas bajando y subiendo de mi entrepierna... y ni siquiera estaba acostándome con ella. Los dientes de la cremallera de la bragueta se me clavaban constantemente, pero no tenía ningún control sobre mi sexo, poderosamente dominado por aquella mujer... sin ni siquiera tocarlo.

Tomó su copa y se bebió el resto del contenido. Ahora había marcas de pintalabios por todo el borde. Parecía que cada vez bebía por un punto diferente. La volvió a dejar despacio y luego me miró a los ojos. Después se produjo una larga pausa, como si estuviera sopesando cuidadosamente lo que iba a decir antes de decirlo.

Luego bajó la mirada.

Y la posó directamente en el bulto de mis pantalones.

Volvió a alzar la vista hacia mí, elevando con ello las pestañas. Sus ojos verdes estaban repletos de confianza... y de algo más.

—¿La tienes así todo el tiempo? ¿O es en mi honor?

Combatí la sonrisa que pugnaba por extenderse por mis labios. Me subió un escalofrío por la columna y su manera directa de hablar me llegó al alma. Yo era un hombre con gran seguridad en mí mismo y ahora me daba cuenta de que no había nada más sensual que una mujer que también la tuviera. Me había olvidado de respirar de lo sorprendido que me había dejado su franqueza. Era capaz de hablar de mi miembro sin sonrojarse siquiera y era evidente que no le avergonzaba que la sorprendiera mirándolo.

—Es definitivamente en tu honor, cielo. —Mi mirada se desplazó hasta su boca y quise besarla allí mismo, sin perder un segundo. Si aquello no era una invitación abierta a que la entrase, no sé qué lo era. Algunas mujeres ya habían sido descaradas conmigo, pero ninguna de un modo tan sensual y potente.

—Vaya, pues eso es *muy* halagador. —Cogió mi vaso de *whisky* de la barra y se terminó su contenido de un solo trago.

Vi moverse su garganta al tragar y me imaginé que estaba tragándose otra cosa.

Dejó el vaso boca abajo.

—¿En mi casa o en la tuya?

Mi gesto ardiente se intensificó ante su tranquila confianza. Me deseaba y no le daba miedo ir directa al grano. Había flirteado sutilmente conmigo y después había dejado muy claras sus intenciones. Podía pasar la noche con cualquier hombre que quisiera... pero me quería a mí.

Joder, aquello me ponía como una moto.

Me gustaban las mujeres que cogían lo que querían.

Y aquella mujer había hecho justo aquello y lo había hecho de una manera perfecta.

—Depende. ¿Quién vive más cerca?

ENTRAMOS en mi ático en la última planta de un edificio con vistas al río. Lo había comprado hacía casi diez años como inversión, y la progresión económica de la última década lo había vuelto muy rentable, pero no lo había vendido porque era una propiedad muy difícil de igualar. Las vistas eran espectaculares, más espectaculares que desde cualquier otro ático en el que hubiera estado.

Ella entró con tranquilidad, deslizándose sobre sus tacones como si no tocara el suelo. Sus ojos se pasearon por mi casa, observando los lujosos muebles, la maravillosa alfombra y el resto del gigantesco salón. La planta tenía más de novecientos metros cuadrados y era toda para mí. La vivienda

contaba con cuatro dormitorios, pero no tenía invitados muy a menudo, o al menos no de la clase que dormía en otra habitación. Se giró hacia mí cuando terminó su inspección.

—Tienes una casa muy bonita.

—Gracias. —Me acerqué lentamente hacia ella, olvidando cualquier contención. Sólo había venido por un motivo, así que ya no tenía que comportarme como un profesional caballeroso. La única duda que tenía era su posición. ¿Cómo iba a tomarla?

Mis manos se movieron finalmente hacia sus caderas y pude sentir sus curvas por debajo del suave tejido del vestido. Hasta con tacones era mucho más baja que yo. Era una mujer muy pequeña, pero a mí nunca me lo había parecido. Emanaba la clase de presencia que llenaba hasta el último rincón de la sala.

Palpé el tejido con las puntas de los dedos, arrugándolo al agarrarlo. Lo sentí deslizarse por su suave piel y contra su vientre tenso. Una vez que le quitara aquel vestido sabía que sería una bella visión que contemplar. Su piel olivácea y sus curvas sensuales me volverían todavía más loco de lo que ya estaba.

—Sé que debería ofrecerte una copa, pero no quiero hacerlo. —Mi rostro estaba cerca del suyo, pero no hice ademán de besarla. Contemplaba sus labios llenos, fantaseando con la sensación que producirían contra mi boca. Cuanto mayor fuese la expectación, mejor sería la sensación.

—No quiero una copa. —Tenía las manos apoyadas contra mi pecho y las fue bajando lentamente, recorriendo los surcos entre los músculos de mi vientre y llegando hasta el cinturón. Palpó el cuero antes de seguir descendiendo. Sin dejar de mirarme, colocó los dedos sobre el bulto de mis pantalones.

Yo dejé de respirar en cuanto sentí sus dedos contra mi erección.

Recorrió el contorno con las puntas de los dedos, midiéndola desde la base hasta la punta. El miembro me estiraba los pantalones formando un ángulo en dirección a la cadera opuesta porque verticalmente no había suficiente espacio. Sabía que estaba particularmente bien dotado ahí abajo: tenía un miembro hecho para el sexo. Lo acarició con la palma de la mano mientras entreabría los labios con excitación.

—Te deseo.

Quizá sólo quería acostarse conmigo porque había visto mi enorme miembro. En su despacho se había mostrado fría conmigo, pero en cuanto me

había puesto de pie y ella le había puesto los ojos encima, su actitud había cambiado.

Aunque a mí me importaba un carajo.

Si quería mi gran erección, podía tenerla... durante toda la noche.

Autumn me miró a través de sus espesas pestañas y se lamió el labio inferior.

La única razón por la que todavía no la había besado era porque estaba demasiado ocupado disfrutando de todo aquello. Su franqueza me excitaba. Quería que me pasara la noche provocándole orgasmos con mi grueso miembro, y yo cumpliría sus expectativas con mucho gusto. Fuesen cuales fuesen sus fantasías, las convertiría en realidad.

Levanté una mano de su cadera y la subí lentamente más allá de su mejilla. Mis dedos entraron por fin en contacto con su oscuro cabello y sentí su suavidad acariciándome como un pétalo de rosa. Su piel era cálida al tacto y cuando posé los dedos alrededor de su nuca, por debajo de su pelo, pude sentir su fuerte pulso.

Aproximé mi boca a la suya y finalmente toqué sus labios con los míos. Suaves, jugosos y deliciosos. Mientras la besaba aspiró el aliento de mi boca y el feroz deseo me hizo temblar. Era un millón de veces mejor que en mis fantasías. Su boca era cálida y suave, y sentí una descarga eléctrica bajándome por la columna.

La agarré con más fuerza con los dedos mientras profundizaba el beso; nuestras bocas se movían juntas y se separaban. Su cálido aliento me llenaba la boca y ahora el olor de su perfume era más penetrante que antes. Mi mano estrujó su esbelta cintura, sujetándola con más fuerza de la que pretendía.

Nuestro beso aumentó de rapidez y nuestras bocas empezaron a moverse juntas a mayor velocidad. No era capaz de saciarme de ella, ni ella de mí. Su lengua se introdujo en mi boca y se encontró con la mía en un erótico contacto.

Mi sexo dio una sacudida.

—Joder... —dije dentro de su boca, desprovisto de todo pensamiento coherente. Mi estilo de vida era erótico y tabú. Había experimentado más cosas de las que podrían soñar la mayoría de los hombres, pero nunca había disfrutado de un beso así. Nunca había sentido mi cuerpo despertarse con tal vigor. Ninguna mujer había hecho que me temblaran las manos.

Sus dedos se desplazaron hasta mi cinturón y lo desabrocharon despacio antes de pasar al botón y la cremallera.

Yo no había ido un paso más allá porque seguía absorbiendo su beso. Mi

lengua seguía bailando con la suya, todavía disfrutándola. Su labio superior me gustaba tanto como el inferior. El corazón me latía más deprisa con cada segundo que pasaba.

Me desabrochó la chaqueta y me la bajó por los hombros para que cayese al suelo a mi espalda.

Tenía los pantalones sueltos por la cintura y el miembro asomando por encima de los bóxers. Cerré los dedos sobre su cabello y me lo enrollé en los nudillos, sujetándola con más firmeza. Cuanto más tenía de ella, más la deseaba. No quería soltarla porque cada centímetro de su cuerpo era oficialmente mío.

—Esta mañana me he masturbado pensando en ti —dije en su boca, sin pensar en nada que no fuese follarme a aquella mujer de un millón de maneras diferentes. Quería hacerla mía y llenarla de mí. La había deseado desde el primer momento en que la había visto... y no me avergonzaba admitirlo.

Antes de separarnos succionó mi labio inferior con la misma mirada obsesionada por el sexo en los ojos. Sus dedos jugaron con mis bóxers y me los empezaron a bajar lentamente por las caderas.

—¿Qué te estaba haciendo? —Sus labios se movieron hasta la comisura de mi boca, y me dieron otro beso.

—Estabas de rodillas... chupándomela. —Desde la primera vez en que le había puesto los ojos encima a su boca, la había querido alrededor de mi miembro. Quería empujárselo por su minúscula garganta, provocarle arcadas con mi sexo gigantesco. Si esperaba que dijese algo romántico, como que quería besarla por todo el cuerpo, se iba a llevar una sorpresa.

—¿Te corriste? —Volvió a besarme, tirándome de los bóxers por los muslos hasta liberar mi erección.

—Como un loco.

Me succionó el labio inferior antes de ponerse lentamente de rodillas.

La Virgen santa.

Se me tensó el pecho al darme cuenta de lo que estaba haciendo. Sus rodillas se doblaron hasta tocar el suelo de parqué y se despejó la gruesa melena del hombro con un gesto hacia atrás. Miraba mi pene como si chuparlo fuese a ser todo un placer.

Cerré ambas manos en puños.

No me podía creer que aquello estuviese sucediendo de verdad.

Aquella mujer se había puesto de rodillas ante mí sin que yo le hubiese ordenado siquiera que se arrodillara.

Envolvió los dedos alrededor de mi miembro y alzó la vista para mirarme a través de sus gruesas pestañas.

Joder. Metí la mano por debajo de su melena y se la sujeté en la nuca. Resistí el impulso de tirar de ella hacia mí, convencido de que me la chuparía a la perfección en cuanto estuviese preparada.

Se lamió los labios.

Si seguía con aquello me iba a correr en su cara en aquel mismo momento.

En vez de presionar la boca contra mi erección, la inclinó hacia el techo y aplicó los labios sobre mis testículos.

La leche.

En cuanto sus cálidos labios se posaron sobre mi escroto, inhalé con fuerza. Ningún otro par de labios me había procurado tanto placer. Cerré los dedos alrededor de su nuca y entrecerré los ojos para mirar su espectacular rostro.

Ella arrastró la lengua por la piel rugosa, saboreando mis testículos. Luego los succionó hasta introducirse en la boca y frotó la lengua contra ellos aplicando la presión perfecta.

Mis dedos se hundieron más en su piel.

Emitía chasquidos con la boca al succionar y soltar. Se lamió los labios y continuó, devorando mis testículos como si para ella fuese un privilegio estar arrodillada en aquel momento.

Nunca en mi vida había sentido más ganas de correrme.

Cuando tuve las pelotas empapadas, se desplazó hasta mi base, arrastrando su lengua sensual hasta llegar al glande. Después pasó la lengua por la punta, lamiendo la pegajosa gota de lubricación que brotaba del orificio y que tendió un hilo entre su boca y mi glande.

Aquello era muchísimo mejor que mi fantasía.

Sus labios se cerraron por fin en torno a la punta de mi miembro y succionaron con fuerza. Quería saborear más de mí, saborear mi excitación con la lengua.

Introduje la mano en su pelo y se lo aparté del rostro. Podía estar viendo aquel espectáculo durante todo el día, pero mi miembro no duraría tanto.

Entonces empezó a descender hacia la base, tomando todo lo que podía de mí en la boca. Se detuvo a mitad de camino, boqueando mientras intentaba introducirse a presión mi gigantesco tamaño hasta el fondo. Se la sacó otra vez para tomar aliento antes de volver a ello.

Su saliva se acumulaba sobre mi erección para después gotear en el suelo.

Estaba bañándome en ella, preparándome para que cupiese en su estrecha abertura. La lubricación ayudaría, pero me la estaba poniendo tan gorda que seguro que le dolería de todas formas.

Continuó avanzando y retrocediendo con la boca, lanzándome una penetrante mirada de vez en cuando. Se le formaron lágrimas en el rabillo de los ojos porque mi tamaño era demasiado para ella, aunque aquello no la detuvo. Siguió adelante, haciéndome la mejor mamada de mi vida.

Si permitía que aquello se prolongase, explotaría dentro de su boca. Mi semen descansaría sobre su lengua y yo le ordenaría que se lo tragara. Por más que quisiera llevar aquella fantasía hasta el mismo final, tenía más ganas todavía de follármela.

Me obligué a sacarle el miembro de la boca.

Se le llenaron los ojos de desilusión, como si quisiera seguir chupándomela hasta que mi semen acabara en su estómago.

Joder, era una tortura.

La tomé por el brazo y tiré de ella para ponerla de pie. Antes de que pudiera dar un paso, la levanté en brazos y la llevé hasta mi dormitorio, al otro lado del pasillo. Pesaba poco, como yo esperaba, pero también era perfecta en mis brazos.

La senté sobre la cama y me desabotoné la camisa. Mis dedos se concentraban en desabrochar cada uno de los botones, pero mis ojos estaban clavados en la bella mujer que me observaba. En vez de mirar el modo en que mi camisa se iba abriendo cada vez más, tenía la vista clavada en la mía. Aquellos preciosos y vibrantes ojos verdes me desvestían tanto como mis propios dedos. Podía apreciar su deseo tan bien como sentía el mío.

Me terminé de desabrochar la camisa, me la bajé por los brazos y la dejé caer al suelo. Alto y orgulloso, me erguía delante de la cama mientras la observaba pasear la mirada por mi físico, absorbiendo cada bloque de músculo y cada surco entre mis abdominales, adorando mi cuerpo sin palabras. Yo llenaba bien los trajes y estiraba las camisetas con los bíceps y los pectorales. Iba religiosamente al gimnasio y casi siempre tomaba un batido de proteínas a la hora de la comida. Estar en óptima forma física siempre había sido importante para mí porque nunca sabía cuándo podría necesitar aquella fuerza. Había dominado a Jeremy y lo había apuñalado en el corazón, algo que sólo fue posible por mis algo más de ochenta kilos de puro músculo. Titan había recibido un disparo por haberle tocado las narices a alguien. Tenía que estar preparado para cualquier cosa.

Ver la reacción de Autumn hizo que todo aquel entrenamiento valiese la pena.

Se lamió los labios.

Inspiró hondo.

Apretó los muslos.

Todos los signos de excitación estaban ahí; ella tenía tantas ganas de acostarse conmigo como yo con ella.

Me quité los calcetines y me quedé completamente desnudo delante de ella. Con más de un metro ochenta de fortaleza cincelada y piel clara, había visto a muchas mujeres mirarme como ella me estaba mirando ahora, pero nunca me había importado tanto. Recibir la mirada de deseo de una mujer que podía tener a cualquier hombre me hacía desearla más. Buscaba mi propio placer al acostarme con ella, pero también quería ser todas las fantasías que ella hubiese tenido jamás.

La agarré por los tobillos y me subí sus pies al pecho. Los tacones de sus zapatos se me clavaron en la piel, pero me gustó sentir su punzada. El vestido se le subió lentamente hasta los muslos, permitiendo apenas entrever el tanga de intenso color rosa que llevaba bajo el vestido negro.

Madre mía.

Cerré los dedos en torno a sus finos tobillos e inhalé profundamente para controlar mi excitación. Quería separarle las piernas de un tirón y enterrarme en ella antes de follármela como un loco, pero tenía que bajar el ritmo.

Tenía que tomarme mi tiempo.

Quería ponerla tan caliente que me suplicara que se la metiera.

Giré una de sus piernas y la besé en el interior de la rodilla, saboreando su suave piel. Pasé delicadamente la lengua por ella y me pareció que sabía un poco a vainilla. Al mismo tiempo le quité un zapato y luego dejé caer el otro.

Mi boca siguió ascendiendo por sus espectaculares piernas en dirección al área sensible del interior de sus muslos. Su respiración se iba acelerando a medida que me acercaba, haciéndose más entrecortada con cada segundo que pasaba. Su pecho se elevaba más y sus respiraciones se hicieron más trabajosas. Le besé ambos muslos antes de seguir avanzando hacia su entrepierna.

Entonces dejó de respirar por completo.

Besé el suave tejido de sus bragas justo encima del clítoris.

El gemido que dejó escapar fue el más sensual que había escuchado nunca.

Seguí besando la zona mientras la acariciaba con los dedos. Cogí las

bragas por el centro y tiré de ellas para revelar la suave carne rosada. Admiré la belleza de su clítoris y la abertura que ya empezaba a rebosar de excitación. Se me disparó la testosterona y pegué la boca al sexo más delicioso que había saboreado jamás.

Todavía no me suplicaba, pero sólo era cuestión de tiempo.

Sus dedos se enterraron en mi cabello rubio y arqueó la espalda mientras separaba las piernas para darme más de sí misma. Sus fuertes suspiros estaban repletos de satisfacción, pero también de una profunda desesperación. Quería más... necesitaba más.

Me dediqué a su entrepierna, explorándola a fondo. Me encantaban su olor y su sabor. Me encantaba sentir su lubricación en los labios, disfrutar de su pegajoso espesor. Era imposible ocultar lo excitada que estaba: estaba empapada... y no de mi saliva. Soplé sobre la húmeda abertura y después me introduje el clítoris en la boca succionando.

Arqueó las caderas y soltó un gemido que más bien pareció un grito. Sus dedos me soltaron el pelo y se me hundieron en la cabeza.

—Thorn...

Había pronunciado mi nombre.

Joder, sí.

Cerré la mano sobre sus bragas y se las bajé por las piernas. Ella elevó el trasero para ayudarme, ansiosa por lo que venía a continuación.

Volví a admirar su sexo e imaginé mi pétrea erección en su interior. Le arremangué el vestido con la mano y deposité un beso sobre la suave piel del vientre. Tenía un *piercing* en el ombligo, algo que me puso como una moto. Lo lamí y después exploré la tensa piel que recubría sus abdominales. Era menuda, pero tenía el torso musculado. Continué ascendiendo hasta llegar a la parte inferior de sus pechos. Inhalé su aroma y empecé a arrastrar la lengua por su esternón.

Jamás había estado con una mujer de semejante belleza.

Tenía a la mujer más sensual del mundo encima de mi cama, medio desnuda y empapada. Y aquella noche, quería mi miembro entre sus piernas. No pensaba en ningún otro hombre: sólo en mí. Quería gritar mi nombre y correrse conmigo en su interior.

Me quería entero.

Le quité el vestido por encima de la cabeza, dejando finalmente al descubierto los magníficos pechos que no había podido mirar al comienzo de la velada. Eran tan respingones como parecían bajo el vestido, firmes y

turgentes. Tenía los pezones erectos, deseosos de ser succionados entre mis dientes.

Fui incapaz de contenerme. Apreté la cara directamente contra su escote y arrastré la lengua justo entre sus pechos, explorando su preciosa piel y succionando y dando besos por todas partes. Cuando llegué a sus pezones fui algo más que brusco, agarrando y estrujando uno de sus pechos con mi enorme mano mientras devoraba el otro con la boca, rascando su piel delicada con mi barba reciente y haciendo que los pezones se le endurecieran todavía más.

Joder, quería pasarme toda la noche haciendo aquello.

Sostuve mi cuerpo sobre el suyo con los brazos apoyados a ambos lados. Mi peso la hundía en el colchón y mi volumen cubría hasta el último centímetro de su magnífica piel. Ahora era mía. Hasta que saliese el sol a la mañana siguiente, allí era donde se iba a quedar.

Quería follármela desde atrás para poder disfrutar de aquel espectacular trasero. Quería que me montase mientras yo estaba sentado con la espalda apoyada en el cabecero. Quería tomarla de un millón de formas diferentes. Pero en aquel momento, quería que abriese bien las piernas para mí y hacérselo mientras la clavaba en el colchón. Quería conquistarla, hacer que le temblaran las piernas provocándole un orgasmo detrás de otro. Y quería metérsela en aquella gloriosa entrepierna hasta que estuviera demasiado escocida para seguir soportándolo.

Sus manos ascendieron por mi pecho mientras me miraba con ojos relucientes como luces de Navidad. Su oscura melena estaba extendida por la almohada y sus pechos se erguían firmes y prietos. Sin dejar de mirarme a los ojos, se abrió de piernas y luego me rodeó la cintura con ellas. Sus suaves dedos se deslizaron por debajo de mis brazos y los dobló alrededor de mis hombros.

—¿Me vas a follar, Thorn? —Su mirada continuó firme y confiada y sus labios se entreabrieron como si estuvieran desesperados por besarme.

Pegué el miembro a sus húmedos pliegues y me restregué lentamente contra ella.

—Cuando me lo supliques. —Piel contra piel, froté mi erección mojada contra su clítoris resbaladizo e hinchado, tomando lubricación de su abertura y extendiéndola por él. Me moví con más determinación mientras bajaba el cuello y la besaba.

Estaba deseando penetrarla.

Pero quería que aquella asombrosa mujer me deseara tanto como yo a ella.

Me hundió las uñas en la espalda y respiró en mi boca mientras la empujaba contra el colchón. Empezó a sacudirse hacia delante y hacia atrás cuando aceleré, empujándola con mi miembro y devorándola con los labios. Su respiración se convirtió en gemidos y esos gemidos pasaron a ser rápidamente algo más. Tiraba de mí con las piernas hacia sí y me clavaba más las uñas hasta casi hacerme sangrar.

Podía notar cómo se le aceleraba la respiración y sentía sus temblores. Era una mujer orgullosa que no suplicaba a nadie, pero aquello estaba a punto de cambiar. Quería que se derritiera por mí, que se diera cuenta de que nunca encontraría a nadie que se lo hiciera mejor que yo. Quería que pensara en mí cada vez que se tirase a otro, que deseara que fuese yo el que lo estuviera haciendo.

Unos minutos más tarde, sucumbió.

—Thorn... fóllame.

Succioné su labio inferior.

—Suplica.

Arrastró las uñas hasta llegar a mi trasero mientras yo frotaba las caderas contra ella con más fuerza.

—Por favor... Por favor, fóllame.

Advertí el rubor en sus mejillas cuando se sumergió en el reino del placer. Estaba a punto de llegar al orgasmo... y ni siquiera la había penetrado todavía.

Sus ojos se clavaron en los míos y abrió los labios para dejar escapar sus gemidos.

—Por favor...

Ahora ya estaba a punto de estallar. Aparté mi erección de su sexo palpitante y cogí un condón del cajón de la mesilla de noche. Rasgué la envoltura con rapidez y me lo puse. Era de talla extragrande porque mi paquete abultaba bastante más que el de la media. Cuando hube fijado bien el preservativo a la base, introduje el glande en ella.

No conseguí penetrarla de inmediato. Su sexo era menudo como ella y por más húmeda que estuviese, yo era mucho hombre que manejar. Se mordió el labio inferior mientras me iba introduciendo lentamente en ella, estirándola para crear espacio para mí.

Me hundié en ella despacio, abriéndome paso con esfuerzo con mi gigantesco miembro.

Volvió a ponerme las manos en los hombros y se aferró a mí con fuerza,

respirando trabajosamente en reacción a mi invasión de su estrecho canal.

Doblé una de sus piernas hacia atrás, abriéndola más para poder penetrarla del todo. Aunque empujé todo lo que pude, algunos centímetros quedaron fuera de su sexo... pero hasta así seguía produciéndome el mayor placer de mi vida. Era tan cálido, estaba tan húmedo... Era jodidamente perfecto.

Sus pechos se elevaban hacia el techo cada vez que respiraba y se aferraba a mí con más fuerza que antes. Respiraba con la boca completamente abierta y sus jadeos eran lo más excitante que había escuchado nunca.

—Dios... la tienes enorme.

Empujé con las caderas, penetrándola a un ritmo constante. Mi cuerpo ansiaba hacérselo con toda la agresividad que pudiera, pero sabía que su minúsculo canal todavía no podía acomodarme así, porque aún estaba adaptándose a mi longitud y al intenso estiramiento.

Yo ya tenía ganas de correrme. Podía sentir el calor en las ingles, el fuego que anunciaba la explosión inmediata. Ver a aquella preciosa mujer aceptando mi miembro era lo más sensual del mundo. Era una imagen con la que me masturbaría una y otra vez.

Sus manos se movieron hasta mi pecho y empezó a balancear las caderas acompañando mis movimientos y aceptando mi grosor con un poco más de facilidad. Su respiración se volvió irregular y sus gemidos se convirtieron en palabras incoherentes. Cerró un momento los ojos y se mordió el labio inferior, sintiendo el comienzo de un intenso estallido de éxtasis.

—Mírame.

Abrió los ojos y clavó la vista en los míos. Sus pechos se sacudían con los empujones y tenía el tobillo enganchado en mi pierna.

—Dios, me voy a correr...

Sólo llevaba unos minutos en su interior y ya estaba derrumbándose. Mi pene la golpeaba en todos los lugares correctos, dándole placer como todo hombre debería dar placer a una mujer.

Sus dedos se cerraron en torno a mis bíceps y se dejó llevar en medio de la pasión, gimiéndome en la cara mientras su sexo perfecto se tensaba todavía más alrededor de mi duro miembro. Su lubricación recubría el preservativo hasta la base mientras disfrutaba del poderoso orgasmo que acababa de provocarle. Arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás con los pezones más afilados que puntas de lápiz.

—Sí... sí. —Su voz se extinguió, aguda y entrecortada. Su expresión era

de llorosa alegría. Se deshacía debajo de mí, fascinándome con el modo en que se retorció a causa del intenso clímax—. Qué gusto...

Mi mente perdió la concentración al tomar el control mis instintos carnales. Acababa de ver a una mujer impresionante dar un espectáculo erótico y mi miembro ya estaba fuera de control. Quería llenar la punta del preservativo y fingir que estaba eyaculando directamente dentro de ella. Mi respiración se volvió trabajosa y los testículos se me tensaron contra el cuerpo. La explosión ya había empezado y no podía hacer nada para pararla. Disfruté de ella a fondo, sintiendo el semen salir disparado de mi sexo en una oleada de placer indescriptible.

Me enterré profundamente en su interior, dejando fuera sólo unos centímetros porque no quería hacerle daño. Me descargué en el condón y contemplé a la preciosa mujer que tenía debajo. Desde que le había puesto los ojos encima, había deseado tirármela justo así. Era tan maravilloso que no estaba seguro de si era real de verdad.

Mis testículos volvieron a relajarse mientras la sensación se desvanecía. La sensibilidad se extendió por todo mi cuerpo y la oleada de satisfacción me cayó encima como una losa. Hacerlo con ella era mil veces mejor de lo que había esperado.

Tenía que volver a follármela, y hacerlo justo así.

Salí lentamente de ella con el condón usado cubierto de sus pegajosos fluidos. La punta contenía tal cantidad de semen blanco que pensé que iba a estirar el látex hasta rasgarlo.

Autumn me miraba igual de excitada, como si no acabaran de echarle un buen polvo con agresividad.

—Fóllame otra vez. —Se incorporó para apoyarse en un codo y me dio un beso en el cuello, explorando con la lengua mi hombro y mi clavícula. Volvió los labios hacia mi oreja y respiró en mi oído—. Por favor.

Yo acababa de tener un potente orgasmo, de esos que me dejaban fuera de juego y me brindaban una estupenda noche de descanso. Pero aquellas sensuales palabras hicieron desaparecer mi cansancio por completo. Me estaba exigiendo que volviera a satisfacerla... y a aquella mujer le daría lo que me pidiera.

Me puse otro preservativo y me coloqué encima de ella.

—Te voy a estar follando toda la noche, Autumn.

ESTÁBAMOS ABRAZADOS el uno al otro y mi firme pecho subía contra

su espalda suave cada vez que inhalaba. Mi entrepierna se apretaba contra su trasero y tenía el pene blando alojado entre sus nalgas. Le rodeaba la esbelta cintura con un brazo, manteniéndola pegada a mí durante toda la noche.

El sexo se había prolongado unas cuantas horas, hasta que ambos quedamos agotados y satisfechos. Ella se durmió primero y yo la imité al poco rato. Ahora nos rodeaban las tinieblas y mis sábanas suaves. Tenía el rostro hundido en su cabello y podía oler un campo de flores cada vez que respiraba. Mi potente cuerpo emitía un calor constante que caldeaba las sábanas, manteniéndola caliente a mi lado.

Jamás había estado más cómodo.

Entonces se despertó y se sentó en la cama, desplazando mi brazo. Se pasó los dedos por el pelo, suspiró y empezó a deslizarse hacia el borde de la cama.

Observé su columna y los tensos músculos que tenía a cada lado. La parte baja de su espalda formaba una curva cerrada y tenía unos hombros estrechos y una espectacular melena que le llegaba hasta la mitad de la espalda.

No tiré de ella para volver a meterla en la cama por la belleza de aquella visión. Estaba oscuro, pero aun así era capaz de distinguir los rasgos de su cuerpo. Aun así podía ver algunas pecas en su hombro derecho. Sus anchas caderas se curvaban para formar una bonita cintura y la curva del exterior de sus pechos era apreciable bajo aquella luz tenue. Era una mujer increíble con curvas por todas partes.

Era deslumbrante.

Se arrastró hasta el borde y se preparó para ponerse de pie.

—¿Dónde te crees que vas? —Podría rodearle dos veces la muñeca con la mano, de lo fina que era. La agarré y la arrastré lentamente para volver a atraerla a mi lado.

Ella no se resistió y se dio la vuelta hacia mí, con lo que pude ver sus pechos.

—A casa.

—Sólo son las... —Entrecerré los ojos mientras miraba el reloj despertador que tenía en la mesilla—. Madre mía, son las cinco de la mañana de un domingo. Vuelve aquí ahora mismo. —Tiré de ella con más fuerza, obligándola a acercarse más.

Ella sonrió mientras bajaba la vista hacia mí, con el agotamiento pintado en los ojos.

—Hoy tengo muchas cosas que hacer. Pensé que podría escabullirme sin

despertarte.

—Así que eres de esas, ¿eh? —Tiré hasta ponérmela encima, con los deliciosos pechos apretados contra el mío. Le puse una mano en la mejilla y le pasé el pelo por detrás de la oreja. Me pesaban los ojos del sueño, pero los mantuve abiertos para poder contemplar a aquella mujer magnífica.

—¿De qué esas estamos hablando?

—De las que desaparecen antes de que salga el sol. —Bajé los dedos por su cuello hasta llegar a sus pechos y tomar uno en la mano.

—Sí.

—Bien, pues conmigo no hace falta que lo hagas. Puedes marcharte cuando quieras, no te voy a obligar a quedarte.

Sonrió.

—¿Y qué estás haciendo ahora mismo?

—Eso es distinto. Todavía no ha amanecido. Ahora vamos a dormir.

Me estudió mientras sopesaba el asunto y vi sus ojos verdes moverse ligeramente de un lado a otro mientras me miraba.

—He quedado para desayunar y antes me tengo que pasar por el gimnasio.

Ninguna mujer tenía aquel trasero sin dedicarle mucho esfuerzo. Quería darle otra razón para que se quedara, pero era obvio que ya había tomado la decisión. Habíamos disfrutado de una gran noche de sexo y ahora tocaba volver a la realidad. Aquello era exactamente lo que yo quería de todos modos, que recuperáramos nuestra relación profesional.

—Deja que te acompañe a la puerta.

—No. —Me empujó el pecho para hacerme permanecer contra el colchón —. Conozco el camino. —Se inclinó y me dio un beso lento y seductor en la boca.

Cerré la mano sobre su pelo y respiré con más intensidad en su boca. Cada vez que me besaba, experimentaba una profunda sensación de pasión y de deseo. No podía saciarme de ella. Aquella mujer besaba tan bien como follaba.

El miembro se me puso como un bate de béisbol debajo de las sábanas y se apretó contra ella. Siempre que estábamos en la misma habitación, mi pene se henchía de ansiedad. Veía mujeres guapas a diario sin empalmarme. Había estado en clubs de *striptease* sin impresionarme. Pero con Autumn, mi sexo era una máquina de follar.

Apartó las sábanas y movió unas cuantas veces los dedos de arriba abajo por mi miembro.

Entonces supe que no se iba a marchar... a menos que fuera la mayor calientapollas del mundo.

Interrumpió nuestro beso y luego se metió mi miembro en la boca, humedeciéndolo hasta dejarlo bañado en su saliva. Después se subió encima de mí y me puso los muslos a ambos lados de las caderas.

Joder, sí.

Encontró un preservativo en mi mesilla y me lo puso, manipulando mi grueso paquete con los dedos mientras lo contemplaba codiciosamente.

Mis manos se cerraron sobre sus nalgas.

—Me sorprende que no estés demasiado dolorida.

—Lo estoy. —Se elevó con ayuda de las puntas de los pies y luego descendió lentamente sobre mi sexo—. Pero me harás correrme de todas maneras.

DIEZ

Vincent

Ví a Thorn al otro lado de la habitación hablando con Autumn Alexander, una de las mentes más brillantes de nuestra generación de jóvenes. Sus avances en la energía solar y renovable eran más que impresionantes. Pero, a juzgar por lo cerca de ella que estaba Thorn, sospechaba que no hablaban de negocios.

Yo mantenía los negocios y el placer separados. La clase de mujeres que me gustaban no tenían nada que ver con nuestro mundo, sino que solían ser modelos. De hecho, *todas* eran modelos. Y por lo general también eran extranjeras, de nacionalidad francesa o italiana.

Suponía que me atraía un tipo concreto de mujer.

Mi última relación había terminado de forma inesperada. Después de mi conversación con Titan, me replanteé mi vida. Hasta con una mujer de mi brazo y en mi cama, mi existencia era completamente vacía. A pesar de la compañía, seguía sintiéndome solo.

Mis conversaciones eran banales y carentes de significado. La mayor parte del tiempo ellas hablaban y yo me limitaba a escuchar, aunque aquello no era culpa suya.

Simplemente yo no decía gran cosa, llevando el estereotipo de hombre fuerte y silencioso a un límite totalmente nuevo.

A las mujeres les gustaba porque era rico y sofisticado, porque tenía buen gusto en cuestiones de vino y arte y porque poseía unos cuantos yates.

A las mujeres les encantaban los yates.

Y yo seguía conservando mi atractivo.

Había adoptado buenos hábitos cuando era joven: comía bien y hacía ejercicio con regularidad, lo cual me había beneficiado a la larga.

Cuando tuve a Diesel era joven: sólo tenía veintiún años, al igual que mi

mujer. Ahora tenía cincuenta y seis, pero me sentía mucho más joven de lo que correspondía a mi edad. Mi cuerpo esbelto y tonificado me quitaba diez años de encima. Si no fuera *vox populi* que Diesel era mi hijo, la gente lo confundiría por mi hermano.

Titan tenía razón: todavía era joven.

Tenía una larga vida por delante. Aunque sólo viviera hasta los ochenta, aún me quedaban veinticinco años más.

¿Cómo debía pasarlos?

La idea de volver a enamorarme no me resultaba atractiva. ¿Cómo podría volver a querer a alguien después del amor que había sentido por mi esposa? Era perfecta para mí, mi media naranja. Siempre me había preguntado qué aspecto tendría ahora si hubiera sobrevivido. Nos imaginaba de crucero por el Mediterráneo, todavía juntos, felices y enamorados.

Pero ya no estaba.

Me alegraba de haber recuperado a mi hijo, pero seguía siendo infeliz. Tenía todo el dinero del mundo, pero eso no significaba nada para mí.

No tenía a nadie con quien compartirlo.

Isabella querría que yo continuara con mi vida. Habría esperado que siguiera adelante unos años después de su muerte, y en un abrir y cerrar de ojos había pasado una eternidad y yo no me había enamorado de nadie, aunque había evitado que sucediera a propósito.

Sólo escogía mujeres por las que me sentía atraído, no aquellas que me importaban.

Tal vez fuera hora de que pasara página.

O tal vez nunca sería capaz de seguir adelante.

Lo cierto era que no lo sabía.

Conversé con más socios y plasmé una sonrisa falsa en mi rostro. Una mujer joven me tocó el brazo demasiadas veces, obviamente buscando mi afecto, pero a mí no me interesaba.

No me despedí de Thorn antes de marcharme porque parecía absorto en su conversación con Autumn. Sospechaba que la conversación continuaría... probablemente en el ático de él.

Así que me marché a casa. Solo.

CHEYENNE LLEVABA TRABAJANDO para mí desde el principio. Era unos años mayor que yo y le gustaba tanto ser mi ayudante ejecutiva que nunca se había marchado. Le pagaba bien porque mi mundo se desmoronaría si

alguna vez se iba. Lo tenía todo controlado: desde la manera en que tomaba el café hasta mis horarios más complicados.

Y a Isabella siempre le había caído bien.

Suponía que Cheyenne me recordaba a una época más sencilla en la que Isabella venía a visitarme a la oficina con Brett y Diesel de la mano. Sus visitas siempre me distraían y al final acababa quedándome una hora más para ponerme al día, pero no era capaz de negarme a ver a mi mujer en mitad del día.

Nunca me cansaba de ella.

Cheyenne entró en mi despacho y dejó una taza de café solo sobre la mesa.

—Tengo a la editora jefe de *Platform* en la línea uno. Scarlet Blackwood. Quiere saber si te interesaría posar para una línea de moda especial para su colección de ropa de vestir para hombres. También quiere hacerte una entrevista.

Platform estaba en todos los kioscos que me cruzaba por Manhattan. Era la revista de moda más importante del país, algo que sólo sabía porque algunas de mis novias habían salido en la portada. A mí la moda me daba igual y mi ropa la elegía una diseñadora, pero la publicidad siempre venía bien. Cuanta más fama tenía, mejor iban mis negocios. Además, estaba volcando todos mis esfuerzos en reparar mi imagen ante los medios, porque había acabado por los suelos cuando Diesel había conseguido que nuestra historia apareciera en todas las portadas del país.

Cheyenne me miraba fijamente con una carpeta debajo del brazo. Llevaba una americana de color crema y unos pantalones de traje a juego. Acababa de tener su primer nieto unos meses antes.

—¿Quieres cogerlo o me deshago de ella?

Imaginaba que no tardaría en tener mi primer nieto ahora que Diesel iba a casarse con Tatum. Ojalá Isabella siguiera con vida para ser testigo de aquel momento.

—Lo cojo. ¿Cuándo tengo la próxima reunión?

—En dos horas.

Entonces tenía tiempo.

—Pásamela.

Cheyenne se pegó el teléfono a la oreja.

—Le paso al señor Hunt. —Me entregó el auricular.

Yo lo cogí y la vi salir de mi despacho.

—Señora Blackwood, ¿cómo está? —No sabía nada de aquella mujer,

pero su reputación la precedía. Cualquiera que dirigiese una revista de moda de tal magnitud debía de ser excepcional en su trabajo.

—Es señorita Blackwood —dijo secamente—. Y estoy muy bien ahora que tengo su atención.

No sabía por qué, pero algo en su tono me hizo sonreír.

—Me gustaría mucho hacer un reportaje sobre usted, señor Hunt. Tengo algunos trajes que le quedarían de maravilla. Tiene un numeroso grupo de seguidores y es el principal ejemplo de un empresario poderoso. Tanto los hombres como las mujeres se sienten fascinados por usted.

—Yo no estoy tan seguro de eso, pero me halaga de todas formas. —Me alisé la corbata por el pecho, sintiendo la seda con mis ásperos dedos.

—¿Podemos reunirnos para seguir hablando ello? Me encantaría compartir mis ideas con usted.

A mí no se me daba muy bien hablar, pero podía posar para algunas fotos. A lo largo de mi vida me habían fotografiado mucho. Había hecho algunas promociones para Connor Suede y eso siempre había aumentado mi visibilidad. Había estado asociado con un montón de marcas distintas de coches de lujo, *jets* y moda.

—Me interesa. Pero tengo que dejar clara una cosa.

—¿Sí? —Tenía una voz profunda, naturalmente ronca y seductora. En mi mente me imaginé a una mujer con el cabello oscuro. Para ser la editora jefe de una revista tan respetada, debía de tener años de experiencia a sus espaldas, pero su voz no reflejaba su edad. Sonaba como si tuviera la misma edad que Tatum.

—Estoy dispuesto a concederle una entrevista, pero hay algunos temas de los que no voy a hablar. —Mi vida privada era exactamente lo que la palabra indicaba: privada. No me interesaba hablar de la muerte de mi difunta esposa ni defenderme de las anteriores acusaciones de Diesel. Los negocios eran el único tema seguro.

—Lo entiendo, señor Hunt. No se publicará nada sin su consentimiento.

Algunas publicaciones no eran tan respetuosas. Te engañaban para que dijeras algo de lo que te arrepentías sólo para conseguir más lectores. Yo había aprendido a evitar esa clase de prensa sensacionalista hacía mucho tiempo, pero aun así siempre tenía las defensas levantadas.

—Se lo agradezco.

—Gracias por su tiempo, señor Hunt. Le llamaré pronto.

La mayoría de mis conversaciones no eran fluidas porque quería ponerles

fin lo antes posible. Pero, para ser una desconocida, me había resultado sorprendentemente fácil hablar con ella. Iba directa al grano y no se metía en parloteos sin sentido.

—Adiós, señorita Blackwood.

SCARLET BLACKWOOD no era como yo había esperado.

Entró en el restaurante poco después de las doce del mediodía con una falda de color topo que le quedaba acampanada a la altura de las caderas y una blusa blanca que se ceñía a su esbelta cintura. Llevaba unos zapatos de color piel y una americana negra de grandes botones que le cubría los hombros. Iba adornada con distintos accesorios: un reloj de oro, un collar de diamantes y brazaletes. Entró en el restaurante con determinación, como si estuviera en una pasarela, con el bolso metido debajo del brazo.

Definitivamente pertenecía al mundo de la moda.

Su cabello moreno era exactamente como yo lo había imaginado, oscuro como la noche y reluciente. Lo llevaba retirado de la cara, pero con los mechones lo bastante huecos como para suavizar sus rasgos. Con los pómulos altos, los ojos almendrados y un cuello esbelto, poseía toda la belleza de las modelos que desfilaban por la pasarela. Pero tenía algo que ellas no tenían.

Experiencia.

Era difícil calcular su edad, pero había dejado atrás la veintena. Debía de tener alrededor de cuarenta. Tenía pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos y la boca, pero su belleza evidente no se veía menguada por su edad. Muchas mujeres de la industria recurrían a la cirugía plástica porque necesitaban conservar su aspecto todo lo posible, pero Scarlet Blackwood no lo había hecho. Había envejecido con su propia elegancia, y era obvio que había cuidado su piel y su físico de formas naturales.

Me percaté de todo aquello en cuestión de treinta segundos. Se acercó a mi mesa con una ligera sonrisa en los labios y con un gesto de confianza pero también de autenticidad.

Me puse de pie y extendí la mano.

—Me alegro de verla, señorita Blackwood.

—El placer es mío, señor Hunt. —Me estrechó la mano con la misma fuerza antes de soltarme—. Le agradezco su tiempo. Entiendo que ahora mismo están sucediendo muchas cosas en su vida.

Le retiré la silla antes de dirigirme al otro lado de la mesa.

Se detuvo sólo un instante, aparentemente sorprendida por mis modales.

Después se sentó y se puso el bolso en el regazo. Era segura de sí misma y poseía un encanto profesional que resultaba cómodo de forma natural.

—Espero que la señorita Titan se esté recuperando sin problemas. Lo que le ha ocurrido es una absoluta desgracia. Me alegro de que disparase a ese hombre tan horrible, aunque también me hubiera gustado que se pudriese en la cárcel para el resto de su vida. —La sinceridad de su voz era inconfundible. No parecía que sólo estuviera intentando encontrar un tema del que conversar. Estaba metida en la historia, probablemente porque estaba en todos los canales de noticias prácticamente todo el tiempo. La gente me había acosado para que concediera una entrevista, pero yo siempre me había negado.

—Está progresando mucho. Acaba de salir del hospital y el resto de la recuperación la va a pasar en casa. Ya puede levantarse y el dolor es soportable, pero no está en suficiente buena forma como para volver al trabajo.

—Por supuesto que no, pero me alegra saber que ya vuelve a estar en pie. Coincidí con ella una vez hace unos años. Es una mujer muy agradable.

—Es increíble.

El orgullo que sentía por mis propios hijos se había extendido a Tatum. La había visto como a una hija mucho antes de que aceptara casarse con mi hijo. Tenía algo que conectaba conmigo. Isabella siempre había deseado una hija, pero nunca la habíamos tenido. Quizás por eso sentía tal vínculo con Tatum, que además me recordaba a Isabella en muchos sentidos. Si tuviera una hija, imaginaba que se parecería muchísimo a Tatum.

—¿Le tienes cariño? —Ladeó ligeramente la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Mi hijo no podría haber escogido a nadie mejor. —Aquello era algo que sentía desde el fondo del corazón.

Sus ojos recorrieron mi rostro antes de que su sonrisa se apagara. Todavía le brillaban los ojos con una luz que poseía un resplandor natural hasta cuando se ponía el sol.

—Diesel también es maravilloso. Hice un reportaje con él hace unos años. Es fácil trabajar con él y siempre se muestra respetuoso.

—Así es como lo crie. —Había educado a todos mis hijos para que fueran hombres poderosos, pero Isabella les había dado todo lo demás que necesitaban, como la compasión, el respeto y la amabilidad.

—Parece la combinación perfecta. Pero es terrible que la felicidad de ambos se haya visto interrumpida por esta tragedia.

—Lo es, pero eso no los detendrá por mucho tiempo. —Yo sabía que Diesel quería a Tatum mucho antes de que él lo dijera. Siempre que estaban juntos en la misma sala, no apartaba la mirada de ella. Podía sentir su adoración incluso en una sala con centenares de personas. Era intensa, poderosa e inquebrantable.

—Seguro que no.

El camarero llegó y nos tomó el pedido de las bebidas y de los platos principales que habíamos escogido. Desapareció un instante después, dejándonos a solas con nuestra conversación. Yo tenía encuentros cara a cara como aquel constantemente, pero Scarlet tenía algo que me hacía sentir un poco distinto. No era que me sintiera incómodo; al contrario, la evidente comodidad era la culpable de mi rigidez.

—¿Qué ideas tiene, Scarlet? —Ya se habían hecho las presentaciones y ella había roto el hielo hablando de mi familia. No había mencionado mi distanciamiento con Diesel, pero eso no quería decir que no lo tuviera en su lista.

Estaba sentada con una postura perfecta, actuando como si pudieran sacarle una fotografía en cualquier momento. Se quitó la chaqueta negra de los hombros y la colocó en el respaldo de la silla. Tenía los brazos esbeltos, los hombros redondeados y unas clavículas femeninas.

—He recibido una nueva línea de trajes de uno de mis diseñadores favoritos y son magníficos. Quería presentarlos de forma poderosa y no se me ocurrió ningún hombre mejor para lucirlos. *Platform* claramente está destinado a un público femenino, pero ese público está formado por compradoras personales, diseñadoras y mujeres casadas. Cuando vean a un hombre como usted luciendo estos trajes, la línea será todo un éxito. Por no mencionar que usted es uno de los solteros más fascinantes del mundo.

Yo no me consideraba un hombre soltero, no cuando el matrimonio no me interesaba.

Sacó su teléfono móvil del bolso y empezó a tocar la pantalla con los dedos.

—Habría traído uno aquí hoy, pero no me pareció el mejor lugar con toda la comida alrededor... —Dio la vuelta al teléfono y me mostró la pantalla—. El tejido es distinto a todo lo que hay en el mercado. Es muy resistente, pero muy ligero. Nunca tendrá que preocuparse por el sudor cuando salga a pasear un día de verano.

Yo nunca iba caminando al trabajo.

—El diseño sencillo es uno de sus puntos más fuertes. Permite al dueño del traje hacer una declaración de intenciones, transmitir ciertas vibraciones. En un hombre con una musculatura como la suya, este tejido se adaptará a su cuerpo casi como si fuera una camiseta. Tengo la esperanza de que diseñen algunos vestidos o faldas dentro de poco porque me encantaría tener algo de lo que poder disfrutar yo.

Cogí el teléfono y examiné la imagen con más detenimiento. Amplié el *zoom* para poder ver el tejido oscuro y la calidad de los botones. La luz del teléfono cambiaba un poco el aspecto del traje, pero me haría una idea mejor cuando lo viera en persona. Aunque, sinceramente, ni la ropa ni la moda me importaban demasiado. Llevaba las mejores prendas del mercado, tanto si personalmente me gustaban como si no. La ropa en sí me daba igual, sólo me importaba lo que proyectaba. Un soldado siempre llevaba su mejor arma cuando iba al campo de batalla. Cuando yo asistía a una reunión, mi traje era mi arma más potente. Me protegía como si fuese una armadura, creando una red protectora.

Recuperó el teléfono y se lo metió en el bolso.

—¿Qué opina?

—Es bonito. —No me interesaba tanto como para decir mucho más que eso. Scarlet Blackwood podía entrar en un sinfín de detalles únicamente sobre el tejido, pero yo no compartía la misma pasión. Además, era un hombre de muy pocas palabras. Siempre había sido así. Isabella solía meterse conmigo por ello, pero nunca me había pedido que cambiara. Fue ella la que adoptó mi forma de comunicación, que era una conversación sin palabras.

Scarlet no pareció decepcionada por mi breve respuesta.

—He pensado que podríamos sacar algunas fotos en el lugar idóneo, a lo mejor en la Costa Azul o en Verona, en Italia. Algo exótico, si tiene disponibilidad, por supuesto.

Yo había dado por sentado que haríamos aquello en un estudio.

—No me importa hacer el viaje, pero no me siento cómodo dejando solo a mi hijo ahora que está pasando por un momento difícil.

Apretó los labios con fuerza y cerró los ojos durante sólo un instante.

—Por supuesto... Lo entiendo perfectamente. Ha sido una falta de tacto por mi parte pedírselo.

—No pasa nada. —Diesel y Tatum probablemente no me necesitaban, pero quería estar cerca por si ocurría algo, aunque sólo fuera para ir al supermercado. No había estado al lado de mi hijo durante muchos años y

ahora estaba decidido a estar junto a él todos los días durante el resto de mi vida.

—Podemos hacer algo aquí. Hay muchos lugares preciosos en nuestra zona.

—Eso sería preferible.

—Genial. Lo organizaré todo con su asistente.

Asentí con los ojos fijos en su rostro. Tenía la piel más morena que la mía, con un bronceado natural que le daba un aspecto hermoso. También tenía los ojos oscuros, parecidos a los míos. Poseía un aspecto naturalmente exótico, como si fuera de Milán o del sur de Italia. No tenía ni pizca de acento, así que no parecía que la hubieran trasladado a Estados Unidos. Pero su apariencia única hacía que me quedase mirándola fijamente... incluso más de lo normal.

—Ahora viene la parte que no le hace tanta gracia... —Sacó la grabadora y la puso sobre la mesa—. Le prometo que no será doloroso si confía en mí.

La gente nunca me pedía que confiase en ella. La confianza no era algo que se entregara tras unas cuantas conversaciones, sino que se ganaba a lo largo de una vida. Y ni siquiera en ese caso era algo garantizado. Tal vez ella y yo teníamos definiciones distintas de la palabra.

—Me gusta la idea de que no sea doloroso.

—El objetivo del artículo es hacer que quede bien. Quiero retratarlo como el multimillonario poderoso que tiene reputación de ser, pero todas las demás publicaciones han escrito sobre sus logros económicos un millón de veces... así que busco algo más. Quiero al hombre que hay bajo el traje. Quiero la vulnerabilidad que no acaba con su fuerza. Creo que a la gente eso le parecerá mucho más interesante y que lo respetarán más aún.

Yo no mostraba mis puntos vulnerables. No mostraba mis emociones. Muy pocas personas habían visto aquella faceta más profunda de mí y los únicos que habían sido testigos eran mis familiares. Yo expresaba mis sentimientos ante Diesel y Tatum porque era necesario. Ahora le decía cosas a Brett que debería haberle dicho hacía mucho tiempo. Cuando se trataba de ellos, no me reprimía, pero el mundo no se merecía lo mismo por mi parte.

—Ninguna otra publicación ha escrito un artículo de ese tipo porque es algo que no me interesa. Yo hago mi trabajo, gano dinero y me voy a casa. No estoy obligado a compartir todos mis pensamientos y sentimientos con nadie. —Le sostuve la mirada a pesar de la fría afirmación que acababa de hacer. Parecía una mujer con buenas intenciones. Era honesta y directa, algo que yo agradecía. Pero eso no quería decir que fuera a darle lo que ella deseaba.

No mostró ni una sola reacción; era evidente que mi dura respuesta no la había afectado.

—Señor Hunt, es usted el que va a manejar este asunto. Podemos ir en la dirección que usted elija, yo sólo seré la guía. Pero creo que un artículo así sería beneficioso para usted. Entiendo que no quiera compartir cada aspecto de su vida con los lectores o con desconocidos porque no es asunto suyo. Su vida personal no tiene que ver con su proyecto empresarial. Pero el mundo siempre vigila cada uno de sus movimientos. Les fascina su éxito, su aspecto y su presencia. Están ansiosos por saber más de usted, en cualquier caso. Al menos ahora puede mostrarles un poco de sí mismo a su manera. No me hace falta mencionar los problemas con Diesel porque eso ya lo sabe todo el mundo. No hace falta que defienda su versión de la historia, pero podría explicarla. Esta es una oportunidad para que aumente su reputación, para mostrarle al mundo que el hombre que hay debajo del traje es igual de poderoso que el que lo lleva. Sólo es un consejo... pero puede hacer lo que usted quiera.

Era la segunda vez que me insistía, pero no cruzó la línea intentando sobreponerse a mi poder. Muchas de las cosas que había mencionado eran ciertas. La gente estaba obsesionada conmigo y compartía cotilleos en lugar de hechos. Como poco, podría aclarar la situación.

—Puede darme una lista de temas que estén prohibidos y no le preguntaré al respecto. —Sacó un pequeño cuaderno y un bolígrafo de su bolso—. Después empezaremos la entrevista. —Sostuvo el bolígrafo sobre el papel—. Dígame, señor Hunt, ¿cuáles son?

Desplacé la mirada hacia su estilizada mano y observé la piel tersa. Sus manos no reflejaban su edad, que sólo se advertía ligeramente en su rostro. Volví a mirarla a la cara y me concentré en los ojos oscuros que emanaban un ligero poder.

—Mi difunta esposa. De eso no se habla.

Había sido el amor de mi vida y no hablaba de algo tan personal con nadie. Hasta mis propios hijos rara vez me oían mencionarla. Perderla había sido el mayor sufrimiento al que me había enfrentado. Había pasado muchísimo tiempo, pero jamás lo había superado. Los recuerdos que guardaba de ella y de nuestra vida juntos eran míos. Los conservaba con avaricia, como si fueran un tesoro enterrado.

Scarlet no dudó en anotarlo.

—¿Algo más?

Estaba dispuesto a hablar de cualquier cosa menos de Isabella. Era lo único en lo que no podría ceder. Todo lo demás no parecía importar.

—No.

Levantó levemente una ceja y dejó el bolígrafo en la mesa.

—Gracias por confiar en mí, señor Hunt.

No estaba seguro de por qué lo hacía.

Cogió la grabadora y pulsó el botón con el pulgar. Empezó a grabar.

—Es una de las diez personas más ricas del mundo con un patrimonio neto de más de sesenta mil millones de dólares. Es la clase de éxito con la que la mayoría de la gente ni siquiera llegará a soñar jamás. ¿Qué es lo que más ha contribuido a su éxito?

Era una pregunta muy trillada, de las que me hacían todo el tiempo.

—Trabajé mucho. Antes de ir a la universidad ya sabía que quería ser empresario. Siempre me han fascinado los negocios, pero no quería limitarme a dirigir una empresa o a trabajar para una. Quería fundar algo que perdurara mucho después de que yo muriese. Quería que se me recordase por algo. La inmortalidad es algo que motiva mucho. Trabajo tanto en vida para asegurar mi legado tras mi muerte.

El camarero nos trajo las bebidas y volvió a alejarse. Scarlet no reaccionó a su presencia y mantuvo los ojos clavados en los míos. Debía de haber imaginado mi respuesta, pero aun así parecía sinceramente interesada en ella.

—¿Qué es lo que más le gusta de esto? ¿Y qué es lo que más odia?

—Me encanta el poder. Cuando quiero algo, lo consigo. La gente se percata de mi presencia en cuanto entro en una habitación. Tengo la capacidad de lograr que ocurra cualquier cosa. Pero, como se suele decir, un gran poder acarrea una gran responsabilidad. Creo que eso lo manejo bien. Lo que más odio es estar en el ojo público. La gente cree que me conoce basándose en con quién salgo o en qué traje me pongo. Sinceramente, nadie me conoce de verdad.

Scarlet no tocó su copa de vino. Era de un rojo intenso, casi morado. Me pregunté si dejaría la marca del pintalabios cuando diera un trago. Era un pensamiento estúpido y no sabía por qué se me había pasado por la cabeza. Ella parecía más interesada en mí que en beber.

—Es muy particular con respecto a sus trajes. Se rumorea que nunca se pone el mismo dos veces. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—¿Y a qué se debe?

—A que los trajes son mi imagen. Realzan mi presencia y son la representación de mi poder. Además, van a juego con mi estado de ánimo. Nunca me siento igual un día que otro, así que nunca me pongo el mismo traje. Son mi posesión más importante y pueden cambiar el resultado de un negocio de forma indirecta. No hay una sensación mejor que ponerse un traje nuevo, todavía impecable y recién salido de las manos del diseñador. Es un capricho que me doy.

—¿Y qué hace con los trajes cuando ya no se los pone?

—Los dono.

Asintió ligeramente antes de dar por fin un trago. El carmín manchó la copa, rojo intenso como la sangre. Volvió a posar la copa en la mesa, sujetando el tallo con sus dedos estilizados.

—¿Dónde los dona?

—Al consejo de veteranos de guerra. Los reparten entre los veteranos y otras personas que buscan trabajo. Se los ponen para ir a entrevistas, que son parte de su programa de rehabilitación. Y, como he dicho antes, el traje adecuado puede hacerte sentir como si valieras miles de millones, aunque no sea así. Puede cambiar el panorama, influir en la seguridad que sientes.

No sacó ninguna lista de apuntes durante la entrevista. De hecho, aquello parecía más una conversación que un interrogatorio. Scarlet no parecía una editora que estuviera consiguiendo una historia que sus lectores quisieran leer. Parecía alguien que quería la verdad, no una mentira edulcorada. Tal vez por eso *Platform* tenía la mayor lista de suscriptores del mundo editorial.

—Sus hijos, Diesel y Jax Hunt, han seguido sus pasos. ¿Los animó usted a que también ellos se convirtieran en empresarios de éxito? ¿O es algo que decidieron por sí solos?

La gente solía hacerme preguntas sobre mi propio éxito. No parecía importarles mi relación con mis dos hijos. Éramos personas muy diferentes.

—Siempre he estado unido a Diesel y a Jax. Cuando se hicieron adultos, nuestra relación pasó de ser la de un padre con un hijo a convertirse en una amistad. Sé que los dos me admiran en muchos sentidos, y sospecho que tengo mucho que ver con sus motivaciones. Pero, sinceramente, también los presioné mucho. Para mí era importante educar a hombres buenos, a la clase de hombres que pueden valerse por sí mismos y cuidar de su propia familia. Y no sólo me salió bien, sino que superaron todas mis expectativas. Son versiones de mí mismo, pero mucho mejores.

Scarlet me dedicó una sonrisa.

—Parece orgulloso.

—Me siento orgulloso de todos mis hijos, especialmente de Brett. —No hablaba mucho de él y tenía que hacerlo más. Llevaba un apellido distinto, pero era un miembro de mi familia. Brett y yo habíamos entablado una nueva relación, pero todavía nos quedaba mucho por hacer—. Él empezó de la nada. Yo no lo ayudé con sus negocios y él encontró una forma de alcanzar sus metas por sí mismo. Ahora es uno de los mayores diseñadores de coches de la industria y ha ganado millones.

—Hace unos meses Diesel contó su versión de la relación inexistente entre ustedes. Es evidente que se han reconciliado y que han pasado página, lo cual es una fantástica noticia. Pero ¿le gustaría decir algo más? ¿Esa experiencia le ha enseñado algo que pueda contar a los demás? La familia es lo más importante del mundo, pero también puede ser lo más tóxico.

Lo había expresado de una forma bonita. Algunas familias eran perfectas y no pasaban por ningún bache en el camino, pero la mayoría no eran así. Había momentos difíciles, momentos horribles.

—Mi distanciamiento con mi hijo no tuvo nada que ver con el amor. Siempre le he querido con toda el alma. Sacrificaría mi vida por él sin pensarlo. Todavía recuerdo la primera vez que lo sostuve en brazos. Cuesta creer que alguna vez fuera tan pequeño teniendo en cuenta el tamaño que tiene ahora... Es igual de grande que yo. Nuestra separación fue mi culpa por completo y lo admito sin vergüenza alguna.

—¿Le importaría contarnos qué es lo que ocurrió?

—La historia de Diesel no está lejos de la verdad. No traté a Brett con el amor que se merecía. Eso lo apartó y también alejó a Diesel. No toleraba el modo en que yo trataba a Brett, así que se marchó. Estoy orgulloso de él por la decisión que tomó. Defendió a alguien cuando podría haber escogido el camino fácil, pero no lo hizo. —Mi vida habría sido muy distinta si no hubiera permitido que los celos y el dolor pudieran conmigo. Pero lo había hecho y aquella era mi realidad—. Amaba a mi mujer de un modo que nunca podré explicar. Nuestra relación era intensa, hermosa... y muchas cosas más. Mi amor por ella me convirtió en un hombre muy celoso. Saber que había amado a otro siempre me había torturado. Saber que había estado con otro cuando podríamos haber tenido más tiempo juntos siempre me atormentó. Así que estaba resentido con Brett por eso... porque ella lo tuvo con otro hombre al que amó. Debería haberlo acogido como si fuera mío, pero no fue eso lo que ocurrió. Me resultaba imposible mirarlo sin pensar en su padre... —Mis ojos

permanecieron fijos en los suyos a pesar de la tensión que impregnaba el aire entre ambos. Estaba siendo brutalmente honesto con mi confesión porque ya no me importaba lo que la gente pensara de mí. Había actuado de ese modo y ahora tenía que enfrentarme a las consecuencias—. Me di cuenta de lo equivocado que estaba y me he esforzado por arreglar mi relación con él. Ahora es un hombre lo bastante mayor como para no necesitar un padre, pero lo quiero en mi vida. No sólo porque mi mujer esté decepcionada conmigo, sino porque quiero recuperar el tiempo que perdimos.

—Gracias por compartir esto. Parece usted un padre dispuesto a hacer cualquier cosa por su familia.

—Lo soy, aunque eso signifique admitir que me equivocaba. Antes de tener hijos, me imaginaba que sería fácil tener una familia. Que sería sencillo y gratificante. Pero a medida que cumplía años, me iba dando cuenta de que ser padre es el trabajo más difícil que uno tiene en su vida. Es impredecible, doloroso y estresante. He cometido muchos errores a pesar de mi experiencia en tantos otros campos. Nada en la vida podría haberme preparado para esa aventura. Ser padre soltero sólo dificultó todavía más la tarea. Pero lo único que puedo hacer es disculparme por mis errores y no rendirme nunca. Quiero a mis hijos más que a mi propia vida. No volveré a cometer los mismos errores y pienso disfrutar de cada minuto que me quede con ellos. Para el resto de padres del mundo: puede haber épocas difíciles, pero también es lo más satisfactorio que harán en sus vidas.

Se aferró a mis palabras hasta cuando hube terminado de hablar. Asintió brevemente con expresión dura mientras se concentraba en mi cara.

—Bien dicho, señor Hunt. Yo tengo una hija, y ha habido momentos buenos y malos.

—¿Cuántos años tiene?

—Está en tercero de carrera. La tuve muy joven...

Sentía curiosidad por saber cuántos años tenía ella, pero me parecía una pregunta poco apropiada.

—Entonces seguro que me entiende.

—Sí... Sí que lo entiendo. —Volvió a beber vino, dando un trago más largo en esta ocasión—. ¿Le sorprendió que Diesel le contara que estaba prometido con Tatum Titan?

—No. —Fui yo quien insistió en que se casara con ella—. Y tomó la mejor decisión de su vida.

—Parece que ya le ha dado la bienvenida a la familia.

—Sí. Ya la quiero como a una hija.

—El tiroteo conmocionó a todo el país... ¿Cómo le ha afectado a usted?

Me había afectado de un millón de formas. Tatum era una persona maravillosa que no se merecía aquello y mi hijo no se merecía sufrir. Era tan estremecedor que me dejaba paralizado hasta la médula.

—El incidente ha arrojado luz sobre el modo en que algunos hombres siguen viendo a las mujeres. La venganza de Bruce Carol sólo demuestra que algunos hombres se niegan a conceder a una mujer profesional el respeto que se merece. Si no pueden superarla, entonces necesitan destruirla. En lugar de reconocer que ha ganado el mejor empresario, la odiaba por su increíble inteligencia. Carol quería que fuera su presa... y que nunca dejara de serlo. Es repugnante y me alegro de que Tatum lo matara. —Era arriesgado decir algo así en una entrevista, pero no me importaba. No me importaba cómo se sentirían la señora Carol o sus hijos al oír aquella afirmación. Si Tatum no lo hubiera matado primero, sería ella la que estaría en el cementerio—. Estoy orgulloso de ella por cómo manejó la situación. No hay demasiadas personas que hubieran tenido el coraje de mirar fijamente a una persona armada como lo hizo ella. Y no dejó de luchar ni siquiera cuando estaba desangrándose por el tiro del pecho. Siguió adelante hasta que ganó. Es un ejemplo para todos nosotros, no sólo para las mujeres. Me resulta duro ver a una persona tan fuerte confinada en una cama, saber que está luchando por su vida en una sala de cirugía mientras yo estoy esperando en la sala de espera. Pero su recuperación ha sido espléndida, lo cual sólo demuestra que la oscuridad no puede durar para siempre. La luz volverá y brillará con más fulgor que antes.

Estaba orgulloso de Tatum por continuar viviendo su vida con la misma dignidad que antes. No se estremecía al oír ruidos fuertes ni le daba miedo volver al trabajo. Se había negado a permitir que el trauma afectara a su estado mental y obviamente no sentía ningún remordimiento por haberle arrebatado la vida a un hombre... y no debería sentirlo. Me sentía orgulloso de ella como cualquier padre debería estarlo de su hija. Se negaba a ser la víctima... y lo hacía con elegancia.

Scarlet me observó un buen rato, dejando que la respuesta final llenara el aire. No hizo ninguna pregunta más y, cuando estiró la mano hacia la grabadora en la mesa, supe que la entrevista había terminado.

—Gracias, señor Hunt. Creo que a los lectores les fascinará esta historia... como me ha ocurrido a mí. —Se metió la grabadora en el bolso y se aclaró la garganta—. Haré que mi personal contacte con su equipo para

organizar el reportaje fotográfico. Y le entregaré el artículo antes de publicarlo para asegurarme de que lo aprueba.

Nadie me había ofrecido aquello jamás.

—Gracias.

—Gracias por su tiempo, señor Hunt. Sé que es un hombre muy ocupado.

—Se preparó para levantarse.

Todavía no nos habían traído la comida y, por lo general, me habría dado igual. Cuanto antes pudiera marcharme, mejor. Las conversaciones insustanciales sobre el trabajo siempre me resultaban aburridas. Pero mi cuerpo se quedó en la silla porque no quería marcharme.

—¿Tiene que ir a algún sitio?

—Yo no, pero seguro que usted sí. —Se levantó y un mechón de pelo se le soltó y le cayó delante de la cara.

Hice un gesto con la cabeza hacia la silla.

—Coma conmigo.

—¿Está seguro? —Abrió el bolso y se preparó para dejar en la mesa el dinero de una comida que nunca le habían servido.

Si se volvía a sentar, surgiría una conversación. Podía regresar a mi despacho y trabajar un poco para poder volver pronto a casa, pero quería quedarme exactamente donde estaba. Era la primera vez que me apetecía mantener una conversación, aunque fuera absurda. Ni siquiera con mis chicas pasaba mucho tiempo hablando. A veces hablaban ellas y yo escuchaba, pero normalmente sólo prestaba atención a medias.

Pero quería que ella se quedara.

—Estoy seguro.

ONCE

Diesel

Sus muñecas eran tan esbeltas, tan suaves... Besé la cara interna de ambas antes de colocárselas sobre la cabeza. Sus bragas negras de encaje estaban mojadas... empapadas por mí. Se las enrosqué sobre las muñecas antes de atárselas al cabecero.

Ahora no podía ir a ninguna parte.

Nadie podría arrebátarmela.

Estaba tumbada de espaldas con sus pechos respingones apuntándome. Tenía la piel del pecho sonrojada y sus ojos mostraban el mismo deseo que me palpitaba en la entrepierna. No se resistió porque quería que la poseyera. Quería que la reclamara entera, cada centímetro de su cuerpo.

No podía ser brusco con ella, todavía no. Aún seguía herida y estaba recuperándose. Le habían cambiado el vendaje del pecho, que ahora cubría menos piel. Su cuerpo, normalmente impecable, todavía tenía débiles cicatrices que no se habían borrado por completo. Aún no tenía permiso para hacer grandes esfuerzos, pero eso no quería decir que pudiera quedarse allí tumbada... y me permitiera tomarla.

Le doblé las piernas bajo mi cuerpo y coloqué mi erección contra su entrada. Mi glande notaba la humedad que rezumaba de su exquisita entrepierna. Entré pausadamente y luego me deslicé hasta donde me lo permitió su canal.

Ella inhaló hondo y después pronunció mi nombre con una pasión incontrolable.

—Diesel...

Me hundí hasta el fondo y me sostuve sobre ella con cuidado de no posar ni el más mínimo peso en su cuerpo. Nuestras posturas sexuales se habían reducido al misionero, pero aun así yo disfrutaba inmensamente. Mientras

podiera tenerla, sería feliz.

Entrelazó los tobillos en mi espalda y tiró de las bragas de encaje que le sujetaban los brazos por encima de la cabeza.

—No. Te. Muevas. —Hundí las manos en las sábanas a cada lado de su cuerpo y la penetré lentamente, sintiendo que sus fluidos me bañaban hasta los testículos. Estaba empapada con una espesa excitación que cubría mi sexo de deseo y amor.

—Sí, jefe...

No quería que nadie volviera a quitármela nunca.

Quería saber que estaba allí. Quería sentir que estaba allí.

Todos los días durante el resto de mi vida.

—Diesel. Así es como quiero que me llames.

Pegué la boca a la suya y succioné su sensual labio inferior. Había deseado ser el jefe cuando ella no era más que una mujer con la que me acostaba, pero ahora era mucho más. Era la mujer a la que le iba a entregar mi vida. Quería que me llamara por mi nombre, un nombre que muy pocas personas tenían derecho a usar para dirigirse a mí.

Me devolvió el beso con labios temblorosos.

—Diesel...

Me mecí hacia ella un poco más fuerte, unas veces besándola y otras respirando con ella. Mi sexo se unía al suyo, bañado en su excitación. Mi alma se unía a la suya al mismo tiempo y mi corazón se hinchía cada vez más por ella. Nunca había amado a nadie como la amaba a ella. Era algo más grande que yo, más grande que mi mundo. De algún modo, ella me había despojado de todo lo esencial y me había demostrado que el dinero y las posesiones no significaban nada en comparación con ella.

Estaba preciosa debajo de mí. Era la mujer más sensual que jamás me había rodeado la cintura con las piernas. Evitaba moverse conmigo porque lo tenía prohibido, así que me dejaba hacerle el amor. Cada vez que aceptaba mi sexo, respiraba hondo. Cada vez que le daba en el lugar adecuado, se le olvidaba respirar por completo.

—Te quiero... —Respiró en mi boca, mirándome a los ojos. Su devoción era lo que más me excitaba porque era auténtica. No decía aquellas palabras para excitarme. Todo lo que salía de su boca, también procedía de su corazón.

—Te quiero, pequeña.

Me hundí hasta el fondo antes de volver a salir. Mis caderas sentían deseos de embestir y yo deseaba empujar contra el cabecero con fuerza, pero

mi corazón reducía el ritmo. Sólo podía tratarla con delicadeza, hacerle el amor sin moverla en absoluto. La contención no empeoraba el sexo, sino que lo mejoraba porque aumentaba su significado. Podría ir al centro y encontrar a una mujer que me diera sexo salvaje una noche, pero aquello no me atraía ni lo más mínimo.

No era nada en comparación con lo que tenía ahora.

Lo que tenía era perfecto.

Se corrió y sus muslos me estrujaron la cintura con fuerza.

—Diesel... Sí. —Se le arrebolaron las mejillas y abrió la boca para dejar escapar un torrente de gemidos. Aunque hubiese guardado un silencio sepulcral, su sexo expresaba sus emociones por ella. Me apretaba firmemente con una fuerza comparable a la de una serpiente.

Cada vez que constreñía mi miembro de aquel modo, sentía deseos de correrme.

Me moría de ganas de correrme.

Volvió a tirar de las bragas.

Yo le gruñí en la cara.

Se relajó de nuevo, dejándose llevar por el resto del orgasmo. Echó la cabeza hacia atrás, los pezones se le endurecieron y sus gemidos se prolongaron durante un minuto más.

La observé fascinado, sintiéndome más hombre por hacer que mi mujer se corriera de aquel modo.

Cuando terminó, volvió a abrir los ojos, llenos de placer por la satisfacción del orgasmo.

—Quiero tu semen, Diesel.

—Quiero hacer que te corras otra vez.

—Y lo vas a hacer... Pero primero quiero que me lo des. Quiero tu semen dentro de mí... Es una sensación increíble.

Se me tensó la columna. Todos los músculos de la espalda se desplazaron al contraerse contra mis huesos. Me ardieron los nervios mientras las palabras me corrían directamente por las venas. Era la única mujer a la que le había dado mi semilla y me encantaba hacerlo.

Continué embistiendo mientras mi erección se endurecía. Se volvió más gruesa y mi respiración se hizo trabajosa por el esfuerzo. Enterré la mano en su cabello y la agarré con firmeza aunque no iba a ir a ningún sitio.

—Dámelo, Diesel...

En cuanto oí aquellas palabras, perdí el control. Me corrí en su interior,

llenándola con una gran cantidad de mi excitación. Respiré contra su boca mientras eyaculaba, llenando su diminuto sexo. Cada vez que lo hacía me daba más placer.

—Tatum...

Se relajó debajo de mí al sentir el peso de mi semen.

—Quiero más.

Mis fluidos ya empezaban a rebosar de su entrada y goteaban sobre las sábanas. No era capaz de contener la cantidad que le había dado, pero deseaba que le diera más... una y otra vez.

—Entonces te daré más.

SEGÚN EL RELOJ de la pared eran las cuatro de la mañana.

Estaba en el salón, sentado con mis pantalones deportivos mientras contemplaba la pantalla apagada de la televisión. Tenía un *whisky* delante y di algunos sorbos para borrar la pesadilla que todavía bullía en mi mente.

Intenté olvidarlo.

Yo no tenía pesadillas muy a menudo.

Pero ahora no cesaban.

Tatum nunca sobrevivía en mis sueños. No era lo bastante rápida como para apartar el arma y se desangraba en el suelo del vestíbulo. Yo siempre estaba de pie cerca de la puerta y observaba la escena. No intentaba ayudar ni una sola vez. Siempre me quedaba allí de pie sin hacer nada, no porque estuviera asustado, sino porque no podía moverme.

No la salvaba.

Veía a Bruce Carol dispararla a la cara. Veía cómo el humo ascendía del arma caliente.

Y no movía un puto dedo.

Me arrastré las manos por la cara antes de volver a beber *whisky*. El sueño amenazaba con apoderarse de mí y, si no conseguía permanecer despierto, temía volver a tener aquella pesadilla. Cogí el mando y encendí la televisión. El único entretenimiento que carecía de importancia eran los deportes, así que vi una retransmisión de un partido que habían echado aquel mismo día.

Y seguí bebiendo.

—¿Diesel?

Me giré hacia el pasillo y vi a Tatum allí de pie con mi camiseta. Tenía el pelo revuelto de dar vueltas sin cesar en la cama y los párpados pesados

porque había estado durmiendo. Llevaba un rato allí sentado, así que debía de haberse despertado al darse cuenta de que mi enorme cuerpo ya no hacía las veces de su calefactor personal. No podía ocultar el *whisky* que tenía delante ni la expresión afectada de mi mirada.

Caminó hacia el sofá mientras se pasaba los dedos por el pelo, retirándoselo de la cara para poder verme mejor.

—¿Va todo bien?

—Sí... Es que no podía dormir.

Su mirada se intensificó, dejando claro que sabía que mentía sin pronunciar una sola palabra. Tenía la habilidad natural de expresar sus sentimientos sólo con su semblante. Su irritación se expandió por el salón y continuó aumentando a medida que se prolongaba el silencio.

Le dije la verdad, puesto que era capaz de detectar mis mentiras.

—Una pesadilla.

Rodeó el sofá y se sentó a mi lado, con mi camiseta por las rodillas hasta con el cuerpo doblado. Todas mis prendas parecían mantas sobre su diminuta figura, pero de alguna manera a ella le quedaban mejor de lo que a mí me habían quedado nunca. Desplazó la mano hasta mi muslo y me dio un suave apretón.

—¿Qué ha pasado?

—No quiero hablar de ello.

—Puede que te ayude.

—No quiero asustarte. —No le quería meter aquellas ideas horrendas en la cabeza. Era ella quien había vivido en realidad aquella pesadilla. ¿Por qué iba a querer que se lo recordaran?

—A mí no me asusta nada, Diesel. —Me cogió la mano y la apoyó en su muslo entrelazando nuestros dedos.

Decía la verdad. Nunca mostraba miedo cuando se enfrentaba al peligro... ni siquiera cuando era poco inteligente actuar de ese modo.

—Es por lo que pasó... No paro de tener la misma pesadilla una y otra vez. Me despierto de golpe y luego tengo demasiado miedo para volver a dormirme.

—Hablar de ello te ayudará.

Me quedé mirando la televisión sintiendo su intensa mirada en el perfil de mi rostro.

—Siempre puedo hablar de ello con otra persona.

—Si el sueño es sobre mí, no. —Me ordenó mirarla únicamente con su

tono de voz.

Dirigí la mirada hacia ella.

—A mí lo que ocurrió no me quita el sueño. Sucedió, pero ya ha pasado... se ha acabado. No miro por encima del hombro asustada. Bruce Carol intentó matarme, pero me infravaloró. Le disparé en el cuello y en la cara, pero el recuerdo no me hace temblar. Intentó meterse conmigo... y recibió exactamente lo que se merecía. La vida sigue y yo también seguiré adelante. A pesar de mis heridas y de mi sufrimiento, soy una mujer muy feliz. Sobreviví a esa prueba y he estado rodeada de la gente a la que quiero. Así que puedes contármelo, Diesel. Puedes contármelo todo.

Mi mirada se suavizó al observar la resistencia que expresaba su rostro. Era la clase de luz que nunca se apagaba. Cuando llegaba el crepúsculo y el sol desaparecía, seguía refulgiendo, pero simplemente no se podía ver. Sin embargo, la luz de Titan estaba en todas partes. Cuando el sol se ponía, la luz de ella todavía se reflejaba en las estrellas en la quietud de la noche. Mi deber en nuestra relación era ser el fuerte para guiarla y protegerla.

Pero descubría que su fuerza me humillaba. Me descubría admirándola yo a ella en lugar de lo contrario.

—En mi sueño, gana él. Y yo estoy ahí de pie... sin hacer nada para impedirlo. —Mi inmovilidad no se debía al miedo. Me quedaba allí de pie porque era lo único que yo podía hacer. Una fuerza invisible me retenía, haciendo que no sirviera de nada en aquella situación.

No le había servido de nada a Titan.

Pasó sus suaves dedos por mis nudillos.

—Los dos sabemos lo que quiere decir ese sueño, Diesel.

A mí me quedaba claro cada vez que tenía la pesadilla.

—No es culpa tuya, Diesel. Olvídalo.

—Debería haber estado allí...

—Eso no es cierto —susurró—. No necesito que un hombre me proteja. La única persona a la que necesito soy yo misma. Tú eres mi compañero, no mi salvador. Quiero compartir mi vida contigo, no entregártela. Tienes que perdonarte.

—No puedo...

—Pues te obligaré. —Sus ojos emanaban aquel hermoso fuego, las llamas que me habían hecho sentirme atraído por ella en un principio.

Recordé cómo había cambiado mi padre cuando mi madre murió. Ocurrió tan rápido que no pudo procesarlo en aquel momento. Se quedaba mirando

fijamente la puerta de casa como si siguiera esperando a que entrara.

—Sé que mi padre revive ese día constantemente. Si no se hubiera montado en aquel coche, seguiría aquí ahora mismo. Así es como yo me siento ahora. Si no hubieras ido a casa sola... nunca habría ocurrido.

—Si no hubiera ocurrido en ese momento, habría ocurrido en otro. Y me alegro de que pasara, Diesel.

La miré entornando los ojos.

—Porque ahora todo ha acabado. He sobrevivido y me voy a recuperar por completo. Nunca tendré que preocuparme por que vuelva a perseguirme. Ese alivio es un regalo maravilloso. Es mucho mejor que el miedo de esperar a que ocurra. El mayor escollo que ha tenido nuestra relación ya ha desaparecido. Disfruta de esta sensación de libertad. Disfruta de esta sensación de seguridad.

Me quedé observando nuestras manos unidas, consciente de que debía hacerle caso. Era la persona más inteligente a la que conocía, tan lógica que me hacía parecer irracional. Era capaz de ponerlo todo en perspectiva sin problemas.

—Perdónate, Diesel.

—Necesito que me perdones tú primero. —Le di un apretón en la mano.

Una ligera sonrisa asomó a sus labios.

—No hay nada que perdonar, Diesel, pero te diré que te perdono... si eso es lo que necesitas oír.

Desde luego que necesitaba oírlo. Necesitaba saber que habíamos superado aquello de verdad, que podíamos pasar página y alcanzar la felicidad.

—Prometo protegerte durante toda mi vida, Tatum. Sé que se supone que esa promesa te la tengo que hacer el día de nuestra boda... pero te la hago ahora.

—No hace falta que me hagas una promesa así, Diesel. Pero la acepto de todas formas. Y yo te prometo lo mismo.

Ella había cuidado de mí desde el principio. Podría haber aceptado aquel trato que le había hecho mi padre, pero se había mantenido fiel a mí. Su lealtad no había flaqueado jamás desde el día en que nos habíamos conocido, ni siquiera en nuestros peores momentos. No sólo era un hombre afortunado por la belleza y el éxito de Tatum. Era afortunado por toda la belleza que contenía su corazón. Era la mejor persona que conocía... y me quería con toda el alma.

Era un cabrón con suerte.

MI TRAJE ESTABA EXTENDIDO sobre la cama y Tatum me miró con ojos feroces en cuanto me levanté aquella mañana.

No tardé en unir los puntos.

Quería que volviera al trabajo.

—El desayuno y el café están en la mesa y el traje está recién planchado. Más te vale darte prisa. —Insistía en hacer cosas por mí en casa, como cocinar o la colada, porque afirmaba que necesitaba tener algo que hacer. No ir al trabajo todos los días la estaba volviendo loca.

No habíamos retomado aquella conversación... al menos no formalmente. Su opinión sobre aquel asunto estaba clara y, cuanto más tiempo pasaba en casa con ella, más agresiva se volvía.

Yo seguía indeciso.

El trabajo se iba acumulando cuanto más tiempo pasaba sin ir a la oficina, pero sospechaba que dedicaría cada segundo que estuviera fuera a preocuparme por ella. Estaba dividido entre dos bandos, entre dos deseos. Me sequé el pelo con la toalla antes de lanzarla al cesto de la colada del vestidor.

—Pequeña, no estoy muy seguro de esto...

—Vas a ir.

Llevaba mi camiseta y unas mallas negras, y se había peinado y maquillado. Su energía no era la de siempre porque todavía estaba tremendamente débil. Sólo podía moverse por la casa unas horas antes de necesitar una larga pausa. Intentaba ocultarme su fatiga, pero la conocía mejor de lo que ella creía. La palabra «debilidad» no estaba en su vocabulario.

—Tienes que llevar el control de un montón de medicamentos.

—Y soy lo bastante inteligente como para arreglármelas con eso. Me los he tomado todos los días.

—¿Y si...?

—Diesel, estoy bien. Tu sitio está en la oficina. Tienes un montón de cosas de las que ocuparte y, por mucho que me encante pasar el día contigo, tienes otras prioridades. Si necesito algo, no dudaré en llamarte.

Las semanas habían ido sucediéndose y yo también empezaba a aburrirme en casa. Tampoco había hecho ejercicio y notaba los sutiles cambios en mi cuerpo. A pesar de lo mucho que deseaba estar con Titan, mis otros proyectos me pesaban en la mente. Se manejaba con total estabilidad y era perfectamente capaz de moverse por el ático por sí sola. Pero nunca dejaría de preocuparme.

—¿Estás segura?

En su rostro se dibujó una sonrisa sincera que le llegó a los ojos.

—Completamente. Vete, Diesel, por favor.

Estaba de pie desnudo en el dormitorio y el hecho de que no me mirase el paquete daba fe de su determinación. Siempre que estaba sin ropa, ella pensaba en sexo.

—Te iré llamando para ver cómo estás a lo largo de todo el día, pero quiero que me avises si pasa cualquier cosa.

—Que sí.

—¿Me lo prometes? —No quería que evitara llamarme sólo por miedo a molestarme. Había que ocuparse del trabajo, pero su importancia seguía siendo mínima en comparación con ella.

—Te lo prometo.

Le rodeé la cintura con los brazos y pegué la cara a la suya. No había nada más en mi vida que significara tanto para mí como aquella mujer. Si la hubiera perdido, habría perdido también todo lo demás. La felicidad no había sido algo recurrente en mi vida, pero ahora que la tenía todos los días, me aterraba perderla. Tatum me completaba de un modo en que nunca lo habían hecho el dinero ni los coches de lujo.

—Te quiero.

Frotó la nariz contra la mía.

—Ya lo sé.

LOS PERIODISTAS me seguían allá adonde iba. Desde el momento en que salía del ático hasta el instante en que ponía un pie en el interior de mi edificio, me atosigaban con preguntas sobre la salud de Titan y sobre nuestra futura boda.

Yo los ignoraba.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, entré en mi planta y vi los gestos de sorpresa en los rostros de mis ayudantes.

Era evidente que no esperaban que me presentara allí.

Me dirigí a Natalie en primer lugar.

—Sé que tengo mucho con lo que ponerme al corriente. Así que empecemos con ello.

—Por supuesto. —Cogió una carpeta y metió un montón de papeles dentro

—. ¿Qué tal está Titan?

—Se está recuperando. Estará como nueva en un santiamén.

Natalie y yo entramos en mi despacho y nos pusimos manos a la obra. Mis reuniones habían sido canceladas a corto plazo, así que volvimos a ponerlo todo en la agenda. Tenía miles de correos sin leer, contratos y actualizaciones sobre mis distintas empresas. Tardaría un mes sólo en ponerme al día con todo.

Unas horas más tarde, Jax me llamó al móvil.

La última vez que lo había visto, habían disparado a Tatum. Ni siquiera recordaba de qué habíamos hablado. Recordaba su cara, pero ni una sola conversación. Cogí la llamada.

—Hola. —Me resultaba raro dirigirme a él porque no estaba acostumbrado a hablar con mi hermano.

—¿De vuelta al trabajo?

—Sí... ¿Cómo lo sabes?

Se rio al teléfono.

—Está en todas las noticias, tío.

Puse los ojos en blanco, irritado por que mi vida fuera más importante que todos los problemas graves que había en el mundo.

—Tatum me ha obligado. Dice que ya es hora de que siga con mi vida.

—No me sorprende. No me parece la clase de mujer que necesita que alguien la cuide.

—No, definitivamente no lo es. —Le gustaba resolver sus propios problemas. Prefería cuidar de sí misma antes que dejar que nadie la ayudara. No era una cuestión de orgullo, sino de fuerza. Conmigo se abría más que con cualquier otra persona, pero aun así, podía ponerse difícil.

—Te llamaba para ver si te apetecía comer conmigo. No hemos podido hablar demasiado...

No habíamos podido hablar en absoluto. Lo había saludado en la cena, pero no nos habíamos dicho gran cosa. En el fondo de mi mente, pensé en el trabajo que se había acumulado en mi ausencia. Debía ocuparme de ello antes de dedicarme a mi vida social. Pero se trataba de mi hermano y él debía tener prioridad.

—No creo que sea inteligente por mi parte salir de la oficina cuando todos los periodistas de Manhattan me están siguiendo. ¿Qué te parece que nos veamos aquí? Uno de mis ayudantes irá a comprarnos algo.

—Me parece bien. ¿A qué hora?

Miré mi reloj de muñeca.

—¿Qué tal te va un poco después de la una?

—A esa hora nos vemos.

JAX ENTRÓ en mi despacho con un traje impecable y con corbata. Negro sobre negro, parecía una versión más oscura de mí mismo. Teníamos la misma mandíbula y los mismos ojos, y nuestra constitución era similar a la de nuestro padre. No cabía duda de que estábamos emparentados... y de que éramos claramente hermanos.

Se acercó a mi escritorio con las manos en los bolsillos. Sus labios lucían una leve sonrisa, pero el resto de sus rasgos faciales transmitían dureza.

—Te estrecharía la mano, pero es raro.

—Sí, tienes razón.

—Pero creo que sería más raro que nos abrazásemos.

—Cierto.

—Y no vamos a hacer la mariconada esa de chocar los puños.

—No.

—Así que voy a sentarme y punto. —Se dejó caer en la butaca que había frente a mi escritorio.

—Me parece bien. —Mi ayudante había ido a por ensaladas y batidos naturales a uno de mis locales favoritos de aquella calle. Jax estaba tan en forma como yo, así que sólo podía dar por descontado que vigilaba lo que comía y que se entregaba en el gimnasio con la misma dedicación. Le tendí la comida y dimos cuenta de ella desde nuestras cómodas posiciones.

—¿Qué tal está Titan? —preguntó Jax—. Por lo que me ha contado papá, se está recuperando muy bien.

—Sí. Ya puede levantarse, pero todavía le duele mucho. Tenemos unas cuantas citas más con el médico y unos cuantos tratamientos más que hacer antes de que se recupere del todo.

—¿Rehabilitación?

—No, no sufrió daños en las extremidades.

—Menos mal. —Pinchó la ensalada con el tenedor y comió despacio, centrándose más en la conversación que en comer—. Papá dice que jamás ha sabido de nadie que se haya recuperado de una tragedia así de bien. Dice que es como si no la hubieran disparado...

—Sin duda es una luchadora. —No importaba cuál fuera el obstáculo, ella lo superaba. Podía lograr cualquier cosa que se propusiera porque no aceptaba la derrota. Debería haber sabido que esa bala no la mataría... porque ella no permitiría que así fuera—. No es momento para que me sienta

orgulloso de ella... pero lo estoy.

—Y esa tía con un par se va a convertir en mi cuñada... Qué de puta madre. —En cuanto mencionó nuestro vínculo familiar, la situación se volvió tensa. No habíamos intercambiado más que unas pocas palabras en muchísimos años. Habíamos perdido un montón de tiempo por una estupidez, y a mi madre no le haría ninguna gracia si se enterase.

Di un sorbo a la bebida y evité su mirada durante un instante, sintiendo cómo la incomodidad iba en aumento. Se produjo entre nosotros una conversación silenciosa, pero ambos sabíamos que no podíamos permanecer callados mucho tiempo. Al final el tema tendría que salir. Yo no culpaba a Jax de lo ocurrido porque parecía haberse visto atrapado en medio de todo aquello. Pero aun así el resultado de aquella guerra nos había separado.

Él fue el primero en mencionarlo.

—No estoy seguro de por dónde empezar...

—Da igual por dónde empecemos. Vamos a terminar en el mismo sitio.

Dejó la ensalada en la mesa que había a su lado.

—Brett nunca me cayó mal...

—Ya lo sé. —Jax no albergaba sentimientos de odio hacia nadie. Él nunca había sido así.

—Veía las cosas que le hacía papá, pero nunca intervine. Luego tú te marchaste y yo no supe qué hacer. Siempre había estado unido a papá y ya estábamos haciendo negocios juntos. Eligiera el bando que eligiera, sabía que saldría perdiendo. Nunca me imaginé que la pelea duraría tantos años...

—Yo tampoco.

—Me arrepiento de tantas cosas. —Tenía un tobillo apoyado en la rodilla opuesta y los dos brazos colocados sobre los reposabrazos. Sus gemelos, dos cuadrados de metal, quedaban a la vista y reflejaban la luz del techo. Llevaba tiempo sin afeitarse, así que una espesa barba le cubría la parte inferior del rostro. Era dos años más joven que yo, o sea que los dos pasábamos de los treinta. Pero yo siempre lo veía como a mi hermano pequeño, que era ingenuo e inocente—. Siento no haber estado al lado de Brett cuando debería haberlo hecho. Siento haberte echado de mi vida sólo porque lo hiciera papá. Siento haber dejado pasar tanto tiempo.

—No hace falta que te disculpes conmigo, Jax. Yo también lo siento.

—Sí que hace falta —dijo en voz baja—. Debería haber hecho lo correcto.

—Lo correcto no era tan sencillo. Brett es tu familia, pero papá también. Era una situación complicada. No te guardo rencor por ello.

Me contemplaba con una expresión similar a la mía. Nos parecíamos muchísimo, era como mirarse en un espejo. Me resultaba sencillo leer sus emociones porque mis expresiones eran exactamente las mismas.

—¿Por qué estás siendo tan bueno conmigo? Los dos sabemos que no me lo merezco.

Puede que estuviera siendo bueno con él. Con mi padre había sido duro porque había esperado más de mi héroe. Pero a Jax lo veía bajo una luz completamente distinta. Cuando lo miraba, pensaba en cuando entrenábamos en la liga infantil. Pensaba en los dinosaurios de juguete que compartíamos. Pensaba en cuando nos liábamos con chicas de otras facultades en fiestas en las que no nos correspondía estar.

—Porque eres mi hermano.

DOCE

Thorn

Después de abrazar a Titan, eché un vistazo por el ático. No había ningún hombre territorial y enorme por allí, aquel tipo que últimamente se parecía más a un oso que a un humano.

—¿Dónde está Diesel?

—En el trabajo. —Llevaba unas mallas y una sudadera holgada. Cuando se dirigió hacia el mueble bar y me preparó una bebida, sus movimientos poseían un poco menos de elegancia. Su fuerza aumentaba cada vez que la veía. Me preparó un Old Fashioned, lo dejó en la mesita del salón y tomó asiento—. De lo cual me alegro.

Me senté a su lado y di un trago al vaso.

—Gracias por la bebida, pero no tienes que prepararme nada.

—Siempre bebemos juntos cuando vienes a casa. ¿Por qué iba a cambiar eso?

—Porque tú no estás bebiendo. —Me recosté contra el sofá y apoyé el brazo en el respaldo.

—Bueno, bebería si pudiera... Pero pasará un tiempo antes de que pueda darme el lujo de tomar alcohol.

—Pues entonces yo tampoco voy a beber. —Aparté el vaso.

—Entonces, ¿qué se supone que vamos a beber juntos? —preguntó con una carcajada—. ¿Agua?

Sonreí.

—Ya... No parece muy propio de nosotros.

Se arrellanó en el asiento con la piel rebosante de color, a diferencia de antes.

—Bueno, ¿qué tal van las cosas en Illuminance?

Como amigo, normalmente le habría contado todas las obscenidades que

había hecho con Autumn. Cuando compartía mis historias, nunca era por alardear; era simplemente un amigo hablando con otro. Ella tampoco se contenía a la hora de relatarme sus conquistas sexuales. Yo conocía a Diesel de un modo en que él ni se imaginaba.

Pero no le mencioné nada. Algo me hizo mantener la boca cerrada, no sabía bien el qué. Si Autumn y Titan iban a trabajar juntas, parecía un conflicto de intereses compartir los detalles de mi aventura en el dormitorio. Puede que con ello Titan la viera de forma distinta, algo que no era justo. Así que me lo callé como un caballero, a pesar de que no quería hacerlo.

—Todo va bien. No tienes nada de lo que preocuparte. Lo mantienes todo tan organizado que no me ha costado nada tomar el relevo.

—Gracias. Me alivia que todo vaya tan bien. Es una pena que las cosas no funcionaran con la señorita Alexander. ¿Estás seguro de que no puedes hacer que cambie de opinión?

Tenía la absoluta certeza de que no podría.

—En realidad, quería hablarte de eso.

—Te escucho. —Titan adoptaba su actitud seria cada vez que se abordaba el tema de los negocios. Hasta ataviada con prendas informales daba la impresión de que su lugar estaba en una sala de conferencias.

—La señorita Alexander no va a cambiar de opinión. Tiene un carácter muy interesante, pero no puedes permitirte tenerla como competencia. De cualquier otra persona te diría que la destruiras, pero como ella es la fuente de la innovación, el panorama cambia. Tiene una mente brillante y no vas a conseguir contratar a un científico de su talla. Yo te aconsejaría que te replanteases la idea de una colaboración. Creo que todo serían ventajas para ti, Titan. Y rechazar su oferta no haría más que perjudicarte. Eso es lo que opino.

Se me quedó mirando con aquella expresión gélida, absorbiendo los fantasmas de mis palabras mientras recorrían la sala. Su brillante cerebro funcionaba a toda velocidad, diseccionando mis palabras con cuchillos invisibles. Cuanto más tiempo pasaba mirándome, más temía que descubriera el aprecio que sentía por Autumn. Sospechaba que estaba a punto de acusarme en ese mismo momento, pero por suerte no lo hizo.

—Me sorprende que pienses eso.

—Es la única solución. Lo único que te detiene es tu orgullo.

—No trabajo bien con otras personas.

—Eso ya lo sé, pero tendrás que hacer una excepción si este es el camino

que quieres seguir. Ya has logrado tantas cosas que podrías abandonar este proyecto y aun así conservar tu poder profesional, pero si apuestas por él, podrías asegurarte una de las mayores innovaciones que el mundo haya visto jamás. ¿Acaso no preferirías compartir esa responsabilidad con alguien que perderla por completo?

Su penetrante mirada cobró más fuerza.

—Nunca te he oído hablar tan bien de alguien, Thorn. Hablas de la señorita Alexander como si te hubiera causado una impresión considerable.

La impresión que me había causado era más que considerable.

—He conocido a muchas personas en este negocio y la mayoría son un fracaso. Su riqueza proviene de sus familias y son más tontos que un burro. Pero la señorita Alexander es exactamente igual que tú. Persiguió sus sueños en un cobertizo hasta que se hicieron realidad. No sólo tiene el intelecto que necesitas, sino también la ambición y la motivación. Os parecéis mucho... en muchos sentidos.

—Eso no es necesariamente bueno...

—En este caso, yo creo que sí. Deberías aceptar este compromiso, Titan. Te arrepentirás si no lo haces.

Al final giró la cara apretando los labios mientras le daba vueltas a la idea.

Esperé a que tomara una decisión. Titan sopesaba cada propuesta desde todas las perspectivas. Anticipaba los acontecimientos menos probables para estar preparada para cualquier cosa. Tras unos minutos, retomó la conversación.

—Confío en ti, Thorn, así que voy a intentarlo.

Sonreí a modo de respuesta, contento de que aceptara.

—Genial. Hablaré con ella.

—Pero quiero hablar con ella yo misma. ¿Podrías organizarme una reunión aquí para que podamos hablar cara a cara?

Yo le veía un problema a aquella idea.

—¿Y qué hay de Diesel?

—¿Qué pasa con él? —replicó.

—Creía que supuestamente no ibas a trabajar.

Puso los ojos en blanco.

—Sólo es una reunión. Lo superará.

—¿Acaso no conoces a Diesel? —pregunté con incredulidad.

—Bueno, ya me ocuparé yo de que lo supere. ¿Hablaste con Vincent sobre

lo de que Kyle y yo hagamos negocios con él?

Dejé que cambiara de tema.

—Sí, me lo mencionó. Voy a reunirme con Kyle mañana.

—Perfecto. Lo tienes todo controlado.

—Por supuesto. Lo mejor para ti siempre ha sido lo mejor para mí.

Me dirigió una sonrisa.

—Siempre has sido muy bueno conmigo. Espero poder hacer lo mismo por ti algún día.

Ella me había dado más de lo que creía. El mero hecho de tener una amiga leal en aquel mundo cruel era más que suficiente.

—Ya lo has hecho, Titan.

HABÍA TRANSCURRIDO CASI una semana desde la última vez que había visto a Autumn.

Habíamos pasado una noche fantástica juntos y ella se había marchado a la mañana siguiente antes de que yo me despertase... por segunda vez.

Después de los líos de una noche, yo solía olvidarme de la mujer y seguía adelante con mi vida. Eran momentos que sólo existían en ese instante de tiempo en particular. Cuando acababan, no eran más que recuerdos que apenas lograba evocar.

Pero no había dejado de pensar en ella.

En sus besos.

En sus caricias.

En su sexo perfecto.

Había sido un polvo que no olvidaría... al menos no a corto plazo.

Sabía que ella tampoco se olvidaría de mí. Había disfrutado de una larga noche de placer. Había hecho realidad fantasías que ella ni siquiera sabía que tenía. Me había suplicado que la penetrara porque se me daba de fábula. Había deseado mi enorme erección en cuanto había puesto los ojos en ella y había cumplido sus expectativas en todo momento.

Se lo había hecho de maravilla.

Tanto si estaba pensando en mí como si no, no se había puesto en contacto conmigo.

No estaba seguro de si esperaba que lo hiciera o no.

Tal vez sí. Tal vez no.

Después de hablar con Titan, supe que era el momento de cerrar el acuerdo con Autumn. Esperé unos días más a propósito para poner cierta distancia con

nuestra última interacción. Cuando entrase en su despacho, quería que todo girase en torno a los negocios, no que pensara que estaba tratando de conseguir algo con ella.

Después de concertar una cita, fui a sus instalaciones en la otra parte de la ciudad y esperé en el vestíbulo, que estaba exactamente igual que la otra vez: elegante y sencillo. Me ofrecieron agua y bollería, pero rechacé ambas cosas.

Las paredes de cristal de su despacho estaban completamente oscurecidas, así que no podía ver nada.

Pero ella podía verme a mí.

¿Estaría observándome en aquel preciso instante?

Esperaba poder mantener mi sexo bajo control porque a ella no le suponía ningún problema quedarse mirándolo. Era una declaración de mi atracción natural por ella. Ahora que la había tomado, me costaba verla únicamente como a una posible socia. Ahora pensaba en ella en situaciones obscenas, pensaba en cómo había pronunciado mi nombre cuando mi sexo estaba enterrado en el suyo.

No podía pensar en aquello en ese momento.

Su ayudante me acompañó al interior y pasé a la amplia sala con el escritorio cerca del fondo. Llevaba el cabello largo retirado hacia atrás y unos vaqueros de talle alto con una blusa. Su ropa era mucho más informal de lo habitual, así que di por sentado que había estado haciendo trabajo de laboratorio y no de oficina.

—Hola, Thorn. ¿Cómo estás?

Me detuve frente a su escritorio y no le estreché la mano. Ella no intentó saludarme de otro modo, así que yo tampoco lo hice. A pesar de nuestros intentos por comportarnos con profesionalidad, era imposible pasar por alto nuestro último encuentro. ¿De verdad podríamos estrecharnos la mano después de la noche de pasión que habíamos compartido? Parecía que ya hubiéramos superado esa fase.

—Bien, ¿y tú?

—Estupendamente.

Eché un vistazo hacia la mesa que había cerca de la pared opuesta, que estaba llena de papeles e instrumentos.

—¿Un día largo?

—Sólo he estado trabajando en algunas cosas. He tenido algunos problemas, pero así es mi vida... ensayo y error.

Me senté y crucé las piernas.

—¿Estás trabajando en algo interesante?

Lo único que hizo fue sonreír y sentarse.

—¿Doy por hecho que tu visita quiere decir que Titan ha cambiado de opinión?

Entonces no pensaba que hubiera ido allí por ninguna otra razón. Era una buena noticia.

—Sí. Lo ha sopesado y cree que trabajar con alguien con tus puntos fuertes sólo conseguirá beneficiarla.

Ahora la sonrisa que lucía parecía auténtica.

—Es una noticia fantástica. Me alegro mucho de oírlo.

—Titan tiene ganas de que empecéis a colaborar juntas.

—Cuando esté recuperada, ¿no? —preguntó—. Qué ganas de que vuelva a estar bien.

—En realidad, le gustaría saber qué te parecería tener una reunión en su casa. Quiere conocerte en persona. Te conoce por tu reputación, pero no os han presentado.

—Me encantaría. Sólo dime cuándo y dónde. —Con la misma voz sensual que había usado antes, reclamaba mi respeto con facilidad. Pero el tono me recordó a cómo me había suplicado que la penetrara, al modo en que me había clavado las uñas con ganas en la espalda.

Dejé de respirar durante un instante, atesorando aquel recuerdo. Evidentemente, mi sexo se hinchó y cobró vida, aunque a mí me habría gustado que no lo hiciera, pero el mero sonido de su voz me excitaba. Me encantaba su conjunto informal y cómo llevaba el pelo recogido hacia atrás. El hecho de verla trabajar también tenía algo que me excitaba. Al parecer me gustaban las mujeres fuertes que llevaban las riendas.

Lo cual era raro, porque me gustaba ser yo quien estuviera al mando.

Ahora que la conversación sobre negocios había llegado a su fin, ya no tenía nada que hacer, así que me limité a mirarla.

Y ella me miró a mí.

No quería levantarme porque se iba a dar cuenta seguro de la erección que había en mis pantalones.

Mierda.

—Lo organizaré todo con ella, vive muy cerca de mi casa. —Autumn sabía perfectamente dónde vivía yo porque allí era donde nos habíamos liado. Era lo más cerca que había estado de mencionar aquello en lo que ambos estábamos pensando en realidad.

—Genial. ¿Vas a ir tú también?

—Sí, yo participaré en la conversación.

—Perfecto.

Entonces volvió el silencio, que dejó claro que me estaba echando sin pronunciar palabra. Era evidente que tenía cosas que hacer, al igual que yo.

Pero no quería levantarme.

Tenía la chaqueta abotonada por delante, pero no lo ocultaría todo. La erección era tan gruesa que se notaba a la legua. Normalmente me daría igual que una mujer viera lo empalmado que estaba, pero no quería hacerle ninguna invitación.

Nuestro lío se había terminado.

Me puse en pie.

—Gracias por tu tiempo. Mi ayudante te llamará. —Giré el cuerpo levemente, ocultando con disimulo la parte de delante para que no pudiera verme el paquete con claridad.

Rodeó la mesa, repiqueteando con los tacones sobre el suelo de parqué. Arrastró los dedos por la mesa mientras se acercaba a mi costado. Podía alejarme, pero su presencia me paralizaba. Se detuvo directamente delante de mí y alzó la vista hacia mi rostro.

Aquellos labios gruesos. Aquellos ojos brillantes. Aquellos pómulos altos. Aquellas pecas en sus mejillas.

Joder, estaba perdido.

Tenía un poder absoluto sobre mí... y me gustaba. Me encantaba su confianza porque no llegaba a ser arrogancia. Me encantaba cómo se adueñaba de la habitación aunque yo estuviera allí de pie. Me encantaba lo gruesas que tenía las pestañas.

Aquella mujer era más de lo que podrían afrontar la mayoría de los hombres.

Pero yo era una excepción.

Pegó los dedos a mi pecho y acarició la corbata de seda con las yemas. Su perfume olía a vainilla y a flores de verano. Vio cómo sus propios dedos me acariciaban antes de volver a levantar la mirada hacia mi cara.

Era tan erótico...

—Ven a mi casa esta noche. —No me lo preguntó. Sencillamente me lo dijo.

Y eso me pareció más erótico todavía.

Pero yo no estaba interesado en una relación, ni siquiera con una mujer tan

despampanante como ella. Me encantaría tirármela unas cuantas veces más, pero si la cosa desembocaba en una conversación sobre el compromiso, no me interesaba.

—No estoy buscando nada serio. Se suponía que lo de la otra noche iba a ser un lío de una vez. Lo siento si lo has entendido de otra forma.

En vez de mirarme con ojos rotos de dolor o de estrecharlos con furia, apretó los labios con fuerza mientras intentaba reprimir una carcajada. Me bajó la mano por el pecho antes de retirarla del todo.

—Vaya, sí que eres arrogante.

—¿Arrogante? Sólo quiero que mis intenciones queden claras para que no te lleves una desilusión.

Entonces se echó a reír de verdad.

Yo la miré entornando los ojos.

—Thorn, sólo quiero una cosa de ti. En cuanto vi lo que tenías entre las piernas, quise saber cómo lo usabas. Superaste mis expectativas con mucho y es agradable estar con un hombre que me hace retorcerme en la cama. Muchos afirman que tienen esa habilidad, pero son todo mentiras. Lo tuyo, en cambio, no lo son.

Ahora me sentía un estúpido por haber soltado esas palabras. Deseé poder retirarlas y metérmelas por la garganta.

—Una relación es lo último que quiero *de ti*. —Se dio la vuelta y se echó el pelo por encima del hombro. Se sentó detrás del escritorio sin volver a mirarme—. Deberías marcharte ya. Tengo un montón de cosas que hacer.

Me echó con frialdad, obviamente ya sin interés en que pasara por su casa. La había cagado pero bien.

NO SABÍA qué se había apoderado de mí para comportarme como un idiota de aquella manera.

¿Por qué le había dicho eso?

No me había pedido que fuéramos a cenar.

Me había invitado a su apartamento. Nada más.

Era evidente que sólo quería un rollo.

Así que ¿por qué lo había echado a perder actuando como un gilipollas?

Ahora estaba solo en mi ático, viendo la tele y bebiendo *whisky*. Podría estar tirándome a una mujer preciosa, dando placer a cada fibra de su cuerpo, pero estaba allí sentado bebiendo alcohol. Cuando estaba en su despacho, me había planteado retirar mis palabras e intentar algo.

Pero ya había metido bastante la pata.

Ahora meditaba sobre qué hacer. No tenía su número porque nunca se lo había pedido. La mejor solución era buscarla en las redes sociales y enviarle un mensaje, pero eso sería un poco siniestro.

Y yo no quería dar esa impresión.

Podía salir y liarme con otra, pero tampoco aquello me apetecía.

Sólo había una mujer con la que quería pasar la noche.

Y si no podía tenerla, no quería a nadie más.

ESTABA SENTADO ante el escritorio de Titan con el teléfono pegado a la oreja. Estaba a la espera, aguardando a que la secretaria de Autumn me pasara con ella. Me pregunté si sabría la verdadera razón por la que llamaba. Sólo había pasado un día y era demasiado pronto para estar coordinando la reunión con Titan.

Era una mujer inteligente. Seguro que sabía por qué llamaba.

La voz hipnótica de Autumn surgió a través de la línea.

—Hola, Thorn. ¿Has pedido cita?

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—No.

Se quedó callada, dejando que el silencio me envolviera.

Y yo no lo rompí.

Si quería deshacerse de mí, tendría que colgarme sin más. Pero se quedó al teléfono, lo cual me otorgaba algo de poder.

Seguía queriendo acostarse conmigo.

—Ayer pasé la noche contigo.

Ella sabía perfectamente a lo que me refería.

—Espero que estuviera tan bien como la otra vez.

—En realidad, no. ¿Tú también pensaste en mí?

Se echó a reír.

—Ahí está esa arrogancia de nuevo...

—¿Me equivoco?

No me respondió.

—¿Qué es lo que quieres, Thorn?

—A ti.

—De eso ya me he dado cuenta.

—Mira quién es la arrogante ahora —contraataqué mientras una sonrisa se extendía por mi rostro—. Ven esta noche a mi casa.

—Me lo pensaré.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Eso es un sí, ¿verdad?

—Es un «probablemente».

Ahora que estaba a punto de tenerla de nuevo, las manos me temblaron por la expectación. Quería agarrar sus pechos firmes y acariciarle los pezones con el pulgar. Quería saborear el valle entre sus pechos. Quería succionar ese labio inferior y metérmelo en la boca hasta que se hinchara. Quería volver a probar aquel delicioso sexo y escuchar cómo me suplicaba que me la follase.

—Luego nos vemos, entonces.

—Adiós, Thorn.

—Adiós, Autumn.

LLEGÓ A MI ÁTICO A LAS OCHO.

Era tarde, así que estaba claro que no esperaba cenar ni tomar una copa de vino. Entró en mi salón con tacones y un chubasquero. Colgó el bolso junto a la puerta y se quitó la prenda lentamente, revelando únicamente un tanga negro y un sujetador a juego.

No perdía el tiempo.

Mis ojos no se despegaron de su espectacular cuerpo mientras me aproximaba a ella, arrastrando la mirada por sus curvas infinitas. El *piercing* de su ombligo era innegablemente sensual. La forma en que se quitó el impermeable mirándome con tanta confianza hizo que mi sexo empujara con fuerza contra mis pantalones de chándal. Iba sin camiseta y descalzo, y ahora los pantalones me apretaban por culpa de mi rotunda erección.

Mi deseo era incontenible y mi mano salió disparada de inmediato hacia su pelo para poder echarle la cabeza hacia atrás. Dirigí su cara hacia la mía y ella se dejó arrastrar automáticamente por el movimiento en lugar de resistirse. Mi boca encontró la suya y la besé justo como yo quería, explorándola y metiéndole la lengua entre los labios. Sentí que su boca saludaba a la mía y juntas representaron una danza erótica.

Hundí los dedos en su delicioso trasero y tiré de su muslo hacia mi sexo.

Gimió al notarlo contra el vientre.

La besé con más dureza y nuestro contacto se volvió apasionado casi al instante. No habíamos intercambiado ni una sola palabra, pero no había necesidad alguna de hablar de trivialidades. Estaba allí por una sola razón: para follarme.

Cerré la mano sobre su cabello y mis dedos serpentearon hacia la parte delantera de su tanga. Encontré su clítoris y empecé a rodearlo en círculos con dos dedos inmediatamente. Lo froté con más fuerza, haciendo que se le descontrolara la respiración.

Nuestras bocas se abrían y cerraban, y nuestro beso continuaba justo junto a la puerta de mi casa. La mujer más sensual del mundo acababa de entrar en mi ático como si fuera suyo. Estaba allí de pie con lencería negra y me la había puesto dura en cuanto se había acercado a mí. Ejercía un control férreo sobre mi sexo, que se endurecía a su voluntad.

Le acaricié el clítoris con más energía.

Ella respiró más profundamente.

Tenía un gran control sobre mí, pero yo tenía exactamente el mismo poder sobre ella.

Deslicé los dedos de nuevo hacia su entrada y la masturbé mientras le tocaba el clítoris en círculos con el pulgar.

—Joder, qué mojada estás para mí —dije contra su boca antes de seguir besándola.

Ella hundió la mano en mis pantalones y agarró mi dura erección con su mano cálida.

—Joder, qué duro estás para mí.

Me tensé ante su contacto, deleitándome con la suavidad de sus manos. Cuando empezó a acariciarme, respiré con más agitación, encantado con la forma en que me daba placer sin esfuerzo alguno. Continué masturbándola y tocándole el clítoris al mismo tiempo.

Los dos estábamos tan excitados que estábamos a punto de correr en medio de mi salón.

—Thorn... —Se agarró a mi hombro para mantener el equilibrio, clavándome los dedos—. Estoy a punto de correrme.

—Ya lo sé. —La besé mientras observaba sus ojos, perfectamente consciente del modo en que su canal se contraía sobre mis dedos.

—Quiero tu enorme polla dentro de mí.

—No te preocupes, la vas a tener. —Puse fin a nuestro beso y bajé la vista hacia su cara—. Pero ahora te vas a correr. —Quería que entendiese que estaba a mi merced, que yo tenía el poder de hacerla sentir cualquier cosa que decidiera. Podía entrar por la puerta y llegar al orgasmo dos minutos después. Y yo no sólo tenía un pene enorme: también tenía un montón de cosas más.

Me rodeó el cuello con un brazo y dejó de resistir la explosión de su

entrepierna. Me miró a los ojos con una mirada abrasadora, aquella bola de fuego cósmica que hacía arder todo lo que había en el salón. Se corrió sobre mis dedos, tensa y goteante. Frotó el clítoris contra mi pulgar y se corrió con más fuerza todavía.

Yo disfruté del espectáculo mientras mi sexo palpitaba contra su mano.

Se mordió el labio inferior antes de dejar escapar un intenso gemido. Su respiración se convirtió en gritos callados. Sus uñas estuvieron a punto de hacerme sangrar mientras se aferraba a mí con desesperación. Cuando el clímax empezó a perder intensidad, comenzó a soltarme y sus uñas dejaron de cortarme la piel. La mirada que lucía hizo que mi sexo se volviera más grueso todavía porque ya no mostraba aquella expresión tan dura. Ya no poseía su aspereza y sólo quedaba la mujer que había detrás. Era real, vulnerable y preciosa.

La besé en la comisura de la boca.

—Ahora te daré mi polla... y haré que te corras otra vez.

TENÍA EL CABELLO ALBOROTADO, los labios hinchados y el maquillaje ligeramente corrido. Estaba tumbada a mi lado en la oscuridad, con las sábanas y el edredón arrugados a los pies de la cama. Como estaba de lado, se le marcaba mucho la profunda curva de la cintura. O bien estaba cansada por la hora que era o bien por el sexo... tal vez por las dos cosas.

Posé los dedos sobre su rodilla y fui deslizándolos pausadamente hasta sus caderas. Sentí su suavidad, que me resultaba similar al tacto de un pétalo de rosa. Sus piernas tonificadas eran sensuales, y la firmeza de su cintura y sus abdominales también lo era.

Era perfecta.

Subí la mano por su cadera hasta llegar al hueco de su cintura. Deslicé la mano bajo su brazo y le pasé el pulgar por las costillas hasta llegar a un pecho. Su cuerpo era cautivador. Había estado con muchas mujeres, había controlado a la mayoría de ellas, pero ninguna poseía su fina elegancia. Estuviera en la posición que estuviera, tenía los pechos increíblemente firmes. Su piel olivácea era deliciosa. Ya había explorado su cuerpo, pero quería seguir saboreándolo. Quería que se quedara exactamente como estaba.

—Eres una mujer preciosa. —Me tumbé junto a ella en la misma almohada y le coloqué la pierna sobre mi cintura. Ya la había tomado varias veces, pero mi sexo estaba volviendo a endurecerse.

No sonrió con la boca, pero sí con los ojos.

—Gracias. —Sus dedos exploraron la dureza de mi pecho y de mi abdomen y recorrieron las líneas y los surcos, palpando cada centímetro de mi visible fuerza. Unas veces bajaba la vista hacia mi piel y otras me miraba a los ojos—. Tú eres un hombre precioso.

—¿Precioso? —pregunté.

Soltó una carcajada.

—Un hombre sexi. ¿Mejor así?

—Mucho mejor.

Apartó la mano y miró de reojo por encima de mi hombro el reloj de mi mesilla de noche.

—Se está haciendo tarde. Debería marcharme... —Se dio la vuelta y se desplazó hasta el borde de la cama.

Nos habíamos puesto manos a la obra sin intercambiar una sola frase. Ahora no estaba intentando quedarse a pasar la noche ni hablar de nimiedades. Había conseguido lo que quería y se iba a marchar sin mirar atrás.

Yo me había acostado con muchas mujeres y los líos de una noche conformaban una gran parte de mi historial. Pero, aunque las mujeres afirmaran que aquello era lo único que querían, siempre deseaban más. Simplemente se tomaban un tiempo para ir al grano.

Pero aquel no parecía que fuese el caso de Autumn.

Era cierto que no quería nada de mí.

Una mujer tan atractiva y exitosa como ella podía tener a cualquier hombre que quisiera. Seguramente estaba harta de tantas ofertas y no quería nada en absoluto. Quizás por eso sentía atracción por mí... porque yo era el primer hombre que no se le había echado encima. Mi indiferencia era transparente. Había dejado claras mis frías intenciones, algo que había supuesto un alivio para ella.

Salí de la cama y me puse los pantalones deportivos.

—No tienes que acompañarme al ascensor. —Salió de mi dormitorio desnuda, bamboleando su hermoso trasero de izquierda a derecha mientras avanzaba. Tenía una figura de reloj de arena perfecta; era una mujer tan sensual que parecía una escultura andante.

Se me olvidó hablar por la intensidad con la que la estaba mirando.

Y se me puso dura.

La seguí al salón y vi cómo recogía el tanga del suelo y el sujetador del sofá.

—No me importa.

Se subió el tanga negro por las largas piernas y alisó el encaje sobre sus caderas.

Yo me quedé mirando, observando su sensualidad innata. Ni siquiera estaba intentando captar mi atención, pero lo lograba sin ningún esfuerzo.

A continuación se puso el sujetador, que quedó ajustado a sus hombros con los tirantes.

¿Cómo podía haberme tirado a aquella mujer tantas veces y seguir deseándola?

—Bueno, ¿cómo va a ir esto entonces?

—¿Cómo va a ir el qué? —No me miró mientras se preparaba para el mundo exterior. Se calzó los zapatos de tacón y recogió el impermeable del suelo.

—Esto. —Crucé los brazos sobre el pecho mientras permanecía delante del ascensor.

Se cubrió el cuerpo con el chubasquero, y se alisó los cuellos mientras me miraba a los ojos.

—No sabía que *esto* fuera algo de lo que hubiera que hablar.

La comisura de mi boca se elevó en una sonrisa porque su actitud fría me resultó apasionante.

—¿Qué es esto?

Se ató el cinturón alrededor de la cintura, ciñendo la gabardina alrededor de su minúscula figura.

—Creía que habíamos dejado claro que esto era diversión sin importancia. Que siga siendo así. Dejaste claro que no querías nada más y yo tampoco lo quiero.

—Pero los dos queremos hacerlo otra vez.

Entrecerró ligeramente los ojos, confesando que estaba de acuerdo. Metió las manos en los bolsillos del impermeable mientras me miraba.

—Y otra más. Así que, ¿puedo escribirte cuando quiera?

Se lo pensó mientras apretaba los labios con firmeza. Hasta cuando estaba absorta en sus pensamientos tenía un aspecto provocador. No podía imaginar cómo sería trabajar con ella todos los días, observar sus hermosos rasgos sin hacer nada al respecto.

—Sí, pero no quiero saber nada más de ti.

—Créeme, no voy a preguntarte por el trabajo. —Nuestra colaboración pendiente era lo último que tenía en mente.

—Y cuando trabajemos juntos seremos estrictamente profesionales.

Sonreí.

—De acuerdo.

Se giró hacia el ascensor y pulsó el botón para que las puertas se abrieran.

Antes de que pudiera entrar, la agarré por el codo y tiré de ella hacia mí. Quería sentir aquellos labios carnosos contra mi boca una vez más. Quería sentir que su aliento me llenaba los pulmones. Quería sentir cómo temblaba ligeramente al recibir mi pasión.

Me devolvió el beso en cuanto me sintió. Las puntas de sus dedos subieron por mi pecho hasta llegar a mis hombros. Me metió la lengua, cuando yo no le había dado la mía. Me succionó el labio inferior e igualó mi agresividad. Acababa de intentar marcharse, pero ahora me encendía como había hecho al llegar.

Ella fue la primera en interrumpir el contacto.

Yo sabía que no lo habría hecho.

—Buenas noches, Thorn. —Apoyó la mano en mi pecho mientras se apartaba.

Estuve a punto de agarrarla de nuevo.

—Buenas noches, Autumn.

Se metió en el ascensor y se apoyó en la pared del fondo mientras esperaba a que las puertas se cerraran. Tenía los ojos posados en mí con una mirada tan intensa como la mía. Si no hubiera tenido tal autodominio, habría vuelto a entrar y me habría cabalgado otra vez. Nunca había estado con una mujer que se mojara tanto por mí. Aparentaba indiferencia, pero era imposible negar lo mucho que me deseaba. Su sexo la traicionaba de la forma más obvia posible.

Al final las puertas empezaron a cerrarse.

Yo dejé mis brazos a los lados de mi cuerpo mientras veía cómo las puertas se unían. Mis ojos permanecieron fijos en los suyos hasta que al final desapareció de mi vista.

Cuando el ascensor bajó, de repente sentí el vacío de mi ático. Deseé estar volviendo a mi cama y encontrarla dormida bajo mis sábanas. Estaría allí para mí cuando me despertase por la mañana.

Y podría follármela antes de ir a trabajar.

TRECE

Vincent

—Es agradable verte otra vez trabajando. —Entré en el despacho de mi hijo y lo vi otra vez de vuelta a la normalidad, vestido con un traje azul marino. Ya no estaba rodeado del pesar que había oscurecido sus facciones desde que había escuchado que Titan había recibido un disparo. Aquel miedo había pasado por fin y, como después de un largo invierno, el color estaba por fin volviendo otra vez a sus mejillas.

—En parte me alegro de estar aquí.

Me senté en la silla que había frente a su escritorio y miré fijamente a mi hijo, un hombre que se parecía tanto a mí físicamente que resultaba inquietante. A veces pensaba en él como en un niño, pero cuando se hizo tan alto como yo y desarrolló la corpulencia de un oso, no pude verlo como otra cosa que no fuese un hombre.

—Supongo que Titan está detrás de esto.

—Me hizo salir por la puerta a empujones.

Solté una risita.

—De todos modos, tiene razón. La vida continúa.

—Me sigue preocupando. La llamo para ver qué tal está unas cuantas veces al día, pero siempre se encuentra bien.

—En estos momentos no puedes hacer nada para ayudarla —respondí—. Ahora debe esperar para curarse. Por desgracia, eso lleva tiempo. Cuando te han disparado en el pecho, la herida no desaparece de la noche a la mañana.

—Lo sé. Estoy deseando que vuelva a estar bien. Aunque los médicos digan que se va a recuperar, no bajaré la guardia hasta que todo haya terminado oficialmente.

—Es comprensible.

Diesel se recostó en la silla de cuero y me miró. Pasó un momento de

silencio entre ambos, una conversación silenciosa que carecía de palabras. Habíamos pasado tantos años sin relacionarnos que todavía me parecía raro que nos hubiésemos reconciliado. Simplemente estar sentado con mi hijo y sentirme bienvenido en su presencia era la sensación más maravillosa del mundo.

—Jax me ha dicho que se pasó a verte.

—Sí, comimos juntos.

—Me dijo que fuiste muy comprensivo.

Diesel dejó de mirarme a los ojos, probablemente porque sabía que conmigo había sido mucho más duro que con Jax.

—Es mi hermano. Me cuesta estar enfadado con él. Sabía que estaba atrapado en una posición difícil: o perdía a su padre o perdía a sus hermanos. En cualquier caso, él salía perdiendo.

Asentí.

—Me alegro de que lo veas así.

—Intentaría pasar más tiempo con él, pero ahora mismo todo es un auténtico caos...

—Lo es —concedí.

—La verdad es que ya no sé nada sobre él aparte de lo que leo en los titulares, pero es imposible saber si hay algo de verdad en ello.

En la vida de Jax estaban pasando muchas cosas que todavía no estaba preparado para compartir, en vista del disparo a Titan. Tendría que esperar hasta un momento más oportuno.

—No ha cambiado mucho, sigue siendo el mismo mierdecilla de siempre.

Diesel se rio, luciendo la atractiva sonrisa que había heredado de mí.

—Probablemente tengas razón. ¿Qué tal van las cosas con Brett?

—Mejor. Llevo un tiempo queriendo pedirle que hagamos algo, pero he estado tan ocupado... —Pensé en mi almuerzo de negocios con Scarlet Blackwood. Para ser una mujer cuya existencia se desarrollaba en un mundo en el que sólo importaban las apariencias, era sorprendentemente fácil hablar con ella. Era comprensiva, considerada e interesante.

—¿Ocupado con qué? —Diesel ladeó la cabeza, al parecer interesado en mi respuesta.

—Voy a hacer un reportaje con *Platform*. Tienen una nueva línea de trajes con la que quieren que pose.

—Eso es genial, son muy grandes.

—Sí. También he hecho una entrevista.

Diesel sacudió la cabeza.

—Las entrevistas son lo peor, yo ya no hago ninguna.

—Esta no me importó.

—Qué bien. ¿Quiere eso decir que mañana irás a la fiesta de aniversario del gremio de diseñadores?

Se celebraban tantos eventos en la ciudad que aquello parecía no tener fin. Cualquier razón era buena para dar una fiesta, que diluía las líneas entre el trabajo y la vida social. A veces eran la misma cosa.

—Sí. Connor va a recibir un premio y me ha pedido que vaya.

La alusión a Connor le agrió de inmediato la mirada. Entrecerró los ojos y dejó de sonreír como antes. Sólo había advertido aquellas sutiles claves porque era su padre y porque había tenido las mismas reacciones desde que era un niño. Algunas cosas no cambiaban nunca.

—¿Vas a llevar a alguien?

—No. —Era probable que me encontrase con algún antiguo ligue, pero hacía todo lo posible por que mis relaciones acabasen con positividad. Dejaba muy claras mis intenciones al principio: que quería alguien a quien mimar durante un breve periodo de tiempo. Les advertía que no desarrollasen sentimientos por mí porque no era merecedor de ellos. Algún día se casarían con otro. Yo no era más que un paso intermedio, una experiencia para que entendiesen lo que realmente querían en un hombre a largo plazo.

Diesel no me insistió con el tema. Tatum ya me había preguntado por mi vida personal y me estaba empujando hacia una relación de verdad. Yo jamás le había dicho que estuviese abierto a aquella posibilidad. Por más años que tuviese Diesel, le resultaría extraño verme con una mujer que no fuese su madre.

Sólo pensar en ello me resultaba extraño.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —Mi hijo era un hombre y ya no me necesitaba para nada, pero yo siempre sería su padre, así que nunca dejaría de preguntar. Me respondería que no todas las veces, hasta que quizá algún día me dijera que sí.

—No, pero gracias.

—Supongo que no vas a asistir a la fiesta.

Sacudió la cabeza.

—No pienso ir a ninguna parte si no es con Titan del brazo. Pasar la noche fingiendo que me interesa la moda y las élites sociales me parece insufriblemente aburrido, no estoy muy seguro de cómo lo soportas.

—Simplemente tengo más paciencia que tú —bromeé.

—Eso no me lo creo —dijo él—. He sacado la cabezonería de ti.

—Has sacado muchas cosas de mí, de hecho. —La verdadera razón por la que estaba sentado en la última planta de aquel edificio era porque llevaba toda su vida admirándome. Yo había sido duro con él desde que empezó a caminar. Le había enseñado el auténtico significado de la masculinidad. Él le pasaría aquellas enseñanzas a su propio hijo y la tradición de los Hunt continuaría.

—Sí, supongo. —Apartó la mirada de mi rostro—. Gracias por pasarte. Debería volver al trabajo.

Encajé bien que me despidiera. Me puse de pie y me abotoné la chaqueta.

—Me pasaré en unos días a ver a Tatum.

—Estará encantada. —Diesel me acompañó hasta la puerta—. Y que te diviertas mañana por la noche. Cuéntame qué tal sale el artículo.

—Lo haré. —Me había perdido años de abrazos de mi hijo, así que le di uno en aquel momento.

Él me lo devolvió, dándome unas palmaditas en la espalda.

—Hasta luego, papá.

Jamás me cansaría de escuchar a mis hijos llamarme así. Desde la primera vez que lo había escuchado, me había parecido algo especial.

—Hasta luego, hijo.

LLEGUÉ en mi Bullet y el aparcacoches se hizo cargo de él. Me plantaron inmediatamente las cámaras en la cara, pero los diversos disparos de *flash* no me molestaron porque ya estaba acostumbrado a soportarlos. Una periodista extendió el micrófono y me hizo una pregunta sobre Tatum a bocajarro.

La ignoré y pasé al interior.

Era agradable ir sin acompañante porque no tenía que arrastrarla por todo aquel coñazo.

Llegué hasta el interior del antiguo teatro de la ópera y vi el escenario iluminado para el espectáculo. A mi lado pasaban modelos vestidas con sus mejores galas con prisa por hablar con alguien. La mayoría llevaban deslumbrantes vestidos de noche con una infinidad de brillos. Iban muy maquilladas, algo que no quedaba del todo bien lejos de las luces del escenario.

Llegué hasta la sala de recepción y al instante me ofrecieron una bebida.

Me salté el champán y fui directo al *whisky* porque las bebidas con

burbujas en copas bonitas no me interesaban.

Vi algunas caras conocidas y hablé con unos y con otros.

Media hora después divisé a Alessia al otro lado de la sala. A juzgar por las pestañas postizas, el volumen de su peinado y la sombra de ojos oscura que llevaba en los párpados, era una de las modelos de la noche. Con rasgos italianos clásicos y una belleza impecable, me miró con la misma expresión de desolación que puso la noche en que rompí con ella.

No quería ignorarla. Podría haberme comportado de forma incómoda y fingir que no la veía, aunque ambos sabíamos que la había visto. Pero aquel no era mi estilo. Me terminé el contenido del vaso y lo dejé en una bandeja vacía antes de aproximarme a ella. Se había puesto un vestido rojo rubí cubierto de diamantes que elevaban el precio del vestido a decenas de miles de dólares. Era perfecto para realzar su piel toscana y su oscuro cabello.

—Alessia, estás encantadora. —Le rodeé la cintura con un brazo y me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Gracias. —Me permitió besarla antes de apartarse, todavía con la misma expresión desolada. Una mujer tan bella no debería ponerse triste por un hombre como yo. En aquel momento ella no lo veía, pero dejarme atrás era lo mejor para ella. Tendría que estar con un hombre joven, con alguien a quien le emocionase la vida, no con un hombre que le sacaba más de treinta años. Como mínimo, tendría que haber evitado sentir tanto apego por mí. No tendría que haberse enamorado de mí, sobre todo porque le había dicho que no lo hiciera.

—Ese vestido te sienta a la perfección.

—Lo sé. Connor es un genio. Entiende mi cuerpo mejor que yo misma.

Pero no mejor que yo.

—Hoy vas a brillar más que nadie.

Sonrió levemente y desvió la mirada.

—Tan encantador como siempre, ¿eh?

—Lo digo en serio.

Se rio, pero lo hizo con frialdad.

—¿Te has tomado esto tan mal como yo?

No respondí porque la verdad me haría quedar como un cabrón. Su compañía me resultaba agradable y disfrutaba de nuestras aventuras en mi yate y por la campiña, pero su presencia no era más que una manera de pasar el tiempo. Me hacía reír, me hacía sonreír, me ofrecía buen sexo al ponerse el sol, pero hasta ahí llegaba su utilidad.

—Para un hombre nunca es fácil renunciar a una mujer tan bella. —No quería herirla ni marcarla; tenía una larga vida por delante y cuando encontrase al hombre con quien quería pasar su vida, entendería que su amor por mí no resistía la comparación. Al lado de su marido, yo apenas sería nada, sólo un simple recuerdo ya casi olvidado. Era algo que sabía por experiencia, porque conocer a Isabella me había cambiado la vida por completo.

—Sé que me dijiste cómo iban a ser las cosas. Soy consciente de todas las mujeres que han venido antes que yo... y de todas las que vendrán después. Pero los hombres jóvenes no son como tú, Vincent. Tú eres tan maduro, amable y sofisticado... te echo de menos. —Me espió a través de sus gruesas pestañas con sus espectaculares ojos de un color azul intenso—. Echo de menos lo que teníamos... nuestra amistad.

—Yo también lo echo de menos, Alessia. Disfrutaba mucho con tu compañía.

—¿Por qué te marchaste, entonces? —Sonaba música, por lo que la gente que teníamos alrededor no podía escuchar sus palabras. Podíamos mantener una conversación privada aunque la sala estuviese llena de gente.

Alessia era una de las mujeres a las que no parecía obsesionarles mi dinero. Era fácil hablar con ella y me preguntaba mucho por mis hijos. Pero sí que parecía conquistarle mi poder, la protección invisible con la que la envolvía. Estando a mi lado se sentía más poderosa. Conmigo se sentía segura, admirándome casi como a una figura paternal. Lo había pasado mal mientras crecía porque su familia era pobre y hubo muchas dificultades que superar. Conmigo sabía que tenía a un hombre que cuidaría de ella.

—No tuvo nada que ver contigo, Alessia. Sé que ahora mismo estás triste, pero confía en mí, te mereces a alguien mejor que yo.

—No hay nadie mejor que tú, Vincent. Eres el hombre más amable que he conocido jamás. —Me puso la mano en el antebrazo—. Eres un gigante muy bueno... Ya no los hacen como tú.

—Cuando conozcas a un hombre bueno de tu edad, pensarás de otro modo. —Ella quería tener una familia y una vida satisfactoria, algo a lo que yo nunca me comprometería. Ya tenía a mis hijos, que ahora eran hombres adultos. No quería volver a empezar desde el principio y tener que cuidar de bebés en pañales. Ya tenía un legado que prolongase mi apellido—. Pero sabes que siempre estaré aquí para ti. Si alguna vez necesitas cualquier cosa, sólo tienes que llamarme. —Me incliné otra vez hacia ella y le di un beso en la mejilla, dando en cierto modo por terminada la conversación. Me sentía casi ridículo

teniendo aquella conversación con una mujer tan bella como Alessia, que me abría su corazón a pesar de ser muy superior a mí. Era posible que yo tuviese dinero, pero no su bondad elemental. Era suave como la seda y agradable al tacto. Yo era brusco y estaba endurecido, demasiado estropeado para alguien de una naturaleza tan buena—. Buena suerte esta noche, sé que lo vas a hacer genial. —Dejé caer la mano y me aparté de inmediato, sabiendo que debía poner espacio entre nosotros. No quería alterarla antes de que saliese a escena. Quizá haber ido a verla no había sido muy buena idea.

Cogí otra copa y me bebí la mitad de un solo trago. El fuego me abrasó la garganta hasta llegar al estómago y me llenó de una calidez intensamente calmante. Al mirar al otro lado de la sala, mis ojos se posaron en la señorita Alexander. La última vez que la había visto, estaba manteniendo una absorbente conversación con Thorn. Me pregunté si habrían llegado a algo a través de las palabras... o si no habían significado nada.

Seguí andando hasta que mis ojos divisaron a una morena que creí reconocer; era una mujer a quien había visto hacía no mucho tiempo. Llevaba un vestido rojo intenso por encima de la rodilla que tenía una sola manga y aberturas en la cintura que dejaban al aire su piel desnuda. El vestido se ceñía a sus anchas caderas y a sus muslos y marcaba ligeramente sus abdominales a través del tejido. Iba calzada con zapatos de tacón negros y llevaba un bolso de mano negro con incrustaciones de diamante.

Iba muy elegante.

Encajaba perfectamente con el resto de los invitados.

Aquella noche llevaba el cabello castaño suelto, liso y brillante hasta los hombros. Iba más maquillada que la última vez que la había visto y en aquel momento parecía una de las modelos que estaban a punto de salir a la pasarela. La única diferencia entre ella y las chicas era su edad, visible en ciertas partes, aunque en cualquier otro aspecto podría competir con las chicas del escenario. Tenía elegancia y unas medidas perfectas para ello. Me hizo preguntarme si había sido modelo en su juventud.

Estaba hablando con una mujer que parecía de su misma edad. Intercambiaron algunas frases más antes de que otra persona se llevara a la mujer.

Scarlet volvió su mirada hacia mí. En sus ojos brilló un destello de reconocimiento y sus pupilas se dilataron antes de volver a relajarse. Después me dedicó una sonrisa que no tenía nada que ver con la que había estado luciendo hasta entonces.

Ahora pareció auténtica.

Crucé la habitación y me detuve ante ella.

—¿Qué tal está, señorita Blackwood? —Me gustaba su apellido porque rebosaba poder e importancia histórica, y porque era tan elegante como ella. Le puse una mano en la cadera y me incliné para darle un beso en la mejilla.

Hacerlo me produjo un escalofrío en la columna de inmediato. Cuando nos habíamos visto la semana pasada no la había tocado así, pero en un evento como aquel era el modo cordial de comportarse. Era sólo que no había esperado disfrutar dándole un beso... ni que me pareciera tan natural.

Ella no se sobresaltó ante el gesto y sonrió más ampliamente.

—Muy bien, ¿y usted?

Yo estaba mucho mejor ahora que estaba hablando con ella.

—Bien. ¿Le puedo traer una copa?

—No, gracias. Ya me he tomado demasiadas. —Estaba de pie ante una foto enmarcada de una revista *Platform* que estaba protegida por un cristal y tenía un foco para cuadros directamente apuntado a ella. La portada mostraba a una famosa actriz.

Señalé con la barbilla hacia la pared.

—Es muy bonita.

—Sí, esa fue una edición especial. —Se dio la vuelta para examinar la portada conmigo—. Y ella es un encanto. Creo que la gente se siente intimidada por su belleza, pero es una mujer con los pies en la tierra.

En vez de mirar la fotografía, observé atentamente a Scarlet y vi cómo se le iluminaba la cara con una sonrisa al contemplar orgullosamente su trabajo. En el poco tiempo que había pasado con ella, había podido darme claramente cuenta de lo mucho que le gustaba su trabajo. No sólo era un empleo, era toda su vida.

—¿Le puedo preguntar algo?

Giró otra vez el cuerpo hacia mí.

—Teniendo en cuenta la manera en que yo lo interrogué la semana pasada, me parece bien que lo haga.

—¿Ha sido modelo?

En vez de limitarse a sonreír, se le ruborizaron las mejillas.

—Me halaga, señor Hunt.

Así era como me llamaban mis empleados y conocidos. No me hizo sentir bien que se dirigiera a mí de un modo tan formal. Estábamos rodeados de alcohol, mujeres medio desnudas y música a todo volumen. Aquello no era una

reunión de negocios.

—Lláname Vincent, por favor.

—De acuerdo. Pero entonces tú tienes que llamarme Scarlet.

—Con mucho gusto.

—Respondiendo a tu pregunta, sí. Lo fui hace muchísimo tiempo. Así es como empecé en el negocio. Era modelo de vestidos de noche y de lencería. Cuando me retiré de aquella profesión, quería seguir dentro del mundo de la moda y la belleza. Y aquí estoy.

La idea de que hubiera sido modelo de lencería captó mi atención.

—¿Hace cuánto tiempo fue eso?

—Me retiré al cumplir los treinta. Eso fue hace doce años.

Tenía cuarenta y dos años, catorce menos que yo. Aquella no parecía una diferencia de edad excesiva si se tenía en cuenta que la mayoría de mis acompañantes tenían poco más de veinte años.

—¿Qué es lo que más te gusta, ser modelo o dirigir la revista?

—No me gusta más una cosa que la otra, son completamente diferentes. Tuve una brillante carrera como modelo que me permitió llevar una vida muy excitante, pero cuando llegó el momento de cerrar aquel capítulo, no me disgusté demasiado por ello. Era hora de seguir adelante. Ahora estoy en un capítulo diferente de mi vida y me dedico de lleno a él.

Me gustaba su actitud ante la vida.

—Es una buena forma de verlo.

—Treinta años son muchos para una modelo, aunque no lo parezca. Podría haber continuado, pero para eso habría tenido que recurrir a la cirugía estética, y ese era un camino que yo no estaba dispuesta a tomar. A algunas mujeres les sienta muy bien, pero yo sabía que no era para mí. Envejecer no es nada por lo que avergonzarse y yo sigo sintiéndome tan guapa como entonces.

—Estoy de acuerdo. —Era una de las primeras cosas que había notado sobre ella. Su edad era evidente en ciertos detalles, pero eso no estropeaba su belleza. Era indudablemente espectacular y su belleza natural no hacía más que realzar sus rasgos. Me recordaba a mí mismo porque aceptaba su edad sin dejar de cuidar su aspecto todo lo posible, pero de manera natural. Yo había salido con modelos durante muchos años, pero Scarlet me parecía muchísimo más guapa que todas ellas. Era algo que no podía explicar.

—Simplemente, no creo que una mujer deba cambiar su aspecto para ser considerada bella.

—Tienes razón. Y tú no lo necesitas, Scarlet.

Volvió a ruborizarse.

—Eres muy dulce, Vincent. Entiendo por qué las chicas te adoran.

—¿Las chicas? —No estaba seguro de a quién se estaba refiriendo. Había leído en la prensa amarilla que los medios me consideraban un hombre muy atractivo a pesar de que había empezado a encanecer. Decían que había envejecido increíblemente bien y que la gente no se creía mi edad cuando se la decía. Pero no tenía fans como una banda para adolescentes.

—Las modelos —explicó ella—. Meredith, Natalie, Alessia... te han mencionado unas cuantas veces.

Seguramente era ingenuo por mi parte pensar que no hablaban de mí en mi ausencia. Yo nunca hablaba de ellas con nadie por caballerosidad. Además, tenía que ser incómodo para ellas saber que todas habían salido con el mismo hombre.

—No te preocupes, sólo dicen cosas buenas.

Yo siempre las había tratado como a diosas, así que esperaba que no me guardasen ningún rencor. Si alguna vez me encontraba con ellas, siempre me pararía a saludarlas.

—Es bueno saberlo.

—Alessia pareció muy afectada por la ruptura. Ha estado comiendo menos de lo habitual.

—Siento oírlo. —No quería que ninguna mujer estuviera triste por mi culpa. No merecía su tiempo, no cuando había opciones mucho mejores por ahí.

A pesar de lo delicado del tema, su opinión sobre mí no pareció cambiar.

—¿Tu tipo siempre han sido las modelos?

—Supongo. —No lo planeaba a propósito, era algo que parecía suceder sin más. Siempre que me encontraba con ellas en un evento social, las reconocía. Empezábamos a hablar y una cosa conducía a la otra.

—¿Tu esposa era modelo?

Yo nunca hablaba de Isabella, eso ya lo había dejado claro.

—¿Extraoficialmente?

—Vincent, nunca publicaría nada a menos que tú lo quisieras, y sé que no quieres ver esto en letra impresa.

Quizá estaba atrayéndome hacia una trampa, pero no parecía esa clase de persona. Mi instinto me decía que podría contarle cosas que no podía compartir con otras personas. Parecía comprensiva y compasiva.

—Sí. Nos conocimos cuando yo estaba en la universidad. Le dije que

quería cuidar de ella, así que dejó de ser modelo para que pudiéramos formar una familia.

—Por entonces debías de ser muy joven.

—Mucho. Tenía veinte años cuando la conocí.

—Yo tuve a mi hija a la misma edad. Lo vuestro tuvo que ser amor a primera vista.

—No. —Fijé la vista en la foto de la pared, pensando en la primera vez que la había visto en una fiesta fuera del campus—. Fue algo más que eso. —Isabella me había mirado con una sonrisa en los labios. Yo no tenía ni idea del aspecto que tenía mirándola fijamente. En aquel momento, supe sin más que aquella preciosa morena estaba destinada a ocupar mi corazón para el resto de mi vida.

Los ojos de Scarlet se ablandaron y llenaron de emoción.

—¿Tuviste a Diesel con veintiún años?

—Sí.

—Entonces ella tuvo que tener a Brett...

No me gustaba hablar sobre aquello.

—Sí, era muy joven.

—¿Y que fuera madre tan joven no te incomodaba?

—No. —Por lo general no me habría interesado una mujer así, pero Isabella era distinta.

—O sea, que debisteis de casaros casi inmediatamente después de conocerlos.

—Sí. Le pedí que se casara conmigo seis meses después de conocernos.

Scarlet parecía sinceramente interesada en lo que le estaba contando. No daba la impresión de preguntar por cortesía.

—Caray, entonces vuestra relación tuvo que ser intensa.

—Lo fue. —Le había pedido a Isabella que se casara conmigo, la había mantenido mientras yo terminaba la universidad para que ella pudiera dedicarse a nuestra familia y cuando mi primera compañía tuvo éxito y me convertí en millonario, compré un pequeño apartamento en el centro. A medida que crecía mi fortuna, la mimaba con más cosas. Poco después tuvimos a Jax y entonces nuestra familia estuvo completa.

—Siento lo sucedido —susurró—. Sé que no significa mucho, sobre todo porque hace mucho tiempo que falleció. Pero lo digo de corazón.

—Gracias, Scarlet. —Algunas cosas se volvían más fáciles con el paso de los años, pero nunca había dejado de echar de menos a Isabella, ni tampoco de

soñar con ella. Algunos días eran mejores que otros. Algunos días podía pensar en ella con cariño y atesorar los recuerdos suyos que conservaba. Pero otros días me costaba hasta salir de la cama.

Me había dado cuenta de que Scarlet no llevaba anillo de casada, pero eso no quería decir forzosamente que no lo estuviera.

—¿Hay alguien en tu vida?

—No. Ya llevo casi diez años divorciada.

—Lo siento.

—Oh, no lo sientas —dijo resoplando con sarcasmo—. Nunca tendría que haberme casado con él. Tuve a Lizzie cuando era joven y casarse parecía lo correcto en aquel momento. Pero lo hicimos por los motivos equivocados y no fue una buena relación.

—¿Tu hija se llama Lizzie? —pregunté.

—Sí. Es una niña muy dulce.

—¿Tienes alguna foto suya?

—Por supuesto. —Sonrió alegremente mientras sacaba el teléfono. De fondo tenía una foto de su hija: una joven morena que era igual que ella. Tenía una sonrisa bonita, los ojos del mismo color y parecía amable—. Ahora está estudiando en la Universidad de Nueva York. Quiere ser enfermera.

—Qué bien.

Volvió a meter el teléfono en el bolso.

—Es una chica muy guapa.

—Gracias. A ella nunca se lo diré, pero tenerla fue lo más difícil que he hecho nunca. Por entonces tenía veinte años y estaba empezando a trabajar como modelo. El dinero siempre era un problema y mi marido no era un buen hombre. Pero ella es lo más importante de mi vida, mi mundo entero... Soy incapaz de imaginarme mi vida sin ella. Me llena más que cualquier relación que haya tenido jamás.

Así era exactamente como yo me sentía con mis hijos. El hecho de poder seguir viendo a Isabella al mirarlos hacía que los quisiera todavía más.

—Creo que así es como todos los padres nos sentimos con respecto a nuestros hijos. —Noté que era la segunda vez que hablaba mal de su exmarido y que le había dedicado un duro insulto—. ¿Tu marido no era buen hombre?

Ella desvió la mirada y dejó de sonreír.

—No, pero eso ahora ya da igual. Está en el pasado, que es donde debe estar. Mi hija mantiene el contacto con él, pero ella no tiene ni idea de lo que sucedió entre nosotros... y así es como quiero que siga. No quiero que Lizzie

odie a su padre... aunque debería hacerlo.

En aquel momento quise saber más. ¿La había herido? ¿Le había roto el corazón? No debería importarme algo que había pasado más de diez años atrás, pero me importaba. Había dado el tema por descartado con sus últimas palabras, así que no insistí en ello. Pero eso no quería decir que no siguiese despertando mi curiosidad.

—¿Es hija única?

—Sí... así que está un poco malcriada. —Volvió a sonreír en cuanto dejamos de hablar de su ex—. Nunca he sentido un amor como el que describes con tu esposa. Según mi experiencia, los hombres no son románticos ni heroicos. Es posible que sólo se deba a mi línea de trabajo, pero los hombres atractivos que conozco o son gays o son gilipollas. —Soltó una risita al final, quitándole importancia con humor—. O casi todos gays, la verdad.

Una mujer la llamó desde el otro extremo de la sala.

—¡Scarlet! Deja que te presente a Tom.

Scarlet le devolvió el saludo con la mano antes de volverse hacia mí.

—Perdona, Vincent. Espero que pases una buena noche. Te avisaré cuando haya acabado el artículo. —Me dedicó una sonrisa antes de darse la vuelta.

Quise agarrarla, pero no lo hice.

—Scarlet.

—¿Sí? —Se giró hacia mí mientras sus conocidos nos observaban atentamente desde donde estaban.

No sabía por qué le había pedido que se diera la vuelta, supongo que no quería que se marchara... todavía no. Nuestra conversación me intrigaba y me sorprendí deseando que continuase. Ella no era excepcional, pero la encontraba interesante. Me encantaba la sinceridad con la que sonreía, su adoración por su hija y que hablara con naturalidad de sus sentimientos. Me encantaba que se condujese con tanta elegancia hasta cuando el tema se volvía espinoso.

—Come conmigo mañana.

Dejó de sonreír y su rostro se volvió inexpresivo; era obvio que no se había esperado que le pidiera aquello.

La verdad era que yo no había esperado hacerlo.

Pero sabía que quería seguir hablando con ella... y no en una habitación abarrotada en la que podía distraernos la gente.

Quería que estuviéramos sólo los dos.

Quería contemplar su bello rostro y ver cómo me devolvía la mirada.

Quería saberlo todo sobre su vida y sobre su hija. Quería verla con ropa ceñida, observar el modo en que su cintura seguía curvándose con tanta sensualidad. No parecía una madre de cuarenta y dos años, igual que yo no parecía un hombre de cincuenta y seis.

Había salido con las modelos más hermosas del mundo.

Pero ninguna podía compararse a Scarlet Blackwood.

Era algo más que una cara bonita.

Era un alma bonita... un alma que había perforado mi armadura y había tocado la mía.

Finalmente, contestó:

—Me encantaría.

ME LEVANTÉ de la silla cuando ella llegó hasta la mesa y la saludé con un beso en la mejilla, igual que la noche anterior.

Se inclinó para recibirlo porque esta vez se lo esperaba.

Le saqué la silla y luego me senté.

Ella hizo lo mismo.

Se había puesto una blusa negra con grandes botones brillantes en la parte delantera y un pañuelo azul tropical. Aquel día llevaba el pelo rizado y los mechones le flotaban alrededor de los hombros. Iba con unos vaqueros negros y los tonos oscuros hacían que pareciera todavía más delgada que la noche anterior. Llevaba unos cuantos anillos de reluciente oro rosa.

Me di cuenta de que todavía no le había dicho nada.

—Gracias por quedar conmigo.

—Es un placer. —Me sonrió y con ello relajó de inmediato el ambiente—. Creo que nunca te he visto vestido con nada que no sea un traje.

Como era sábado, me había puesto unos vaqueros oscuros y una camiseta negra de manga larga. La mayor parte de mi guardarropa estaba formado por trajes porque eso era lo que llevaba casi siempre. Era agradable llevar algo informal los fines de semana, algo mucho más cómodo que el grueso material medido para ajustarse perfectamente a mi complexión. Siempre limitaba mis movimientos, por suave que fuera el tejido.

—Estás guapo —añadió.

—Gracias. Tú también.

Sonrió y bajó la vista hacia la carta.

El camarero se acercó a tomar nota de nuestras bebidas. Como ya nos habíamos decidido, pedimos también lo que habíamos escogido para comer.

Estábamos sentados justo junto a la ventana y la gente iba y venía por la acera en el exterior.

—¿Te quedaste anoche hasta muy tarde? —Me había encontrado con algunos conocidos y habíamos visto el desfile desde una de las primeras filas. Después me había puesto a hablar con Connor Suede, que me había presentado a la señorita Alexander. Era una científica excepcionalmente inteligente que había transformado por completo el panorama energético. Después se había unido Thorn a la conversación. Entonces había notado cierta tensión, pero no estaba seguro de si había sido real o mi intuición hiperactiva.

—Hasta más tarde de lo que hubiese querido. Pero lo cierto es que me divertí. ¿Y tú?

—Me fui poco después del desfile, después de hablar un rato con Connor.

—Es un hombre fascinante. Tiene auténtico talento para la moda, es algo verdaderamente increíble. Hace años compré algunas chaquetas suyas y sigo poniéndomelas con regularidad. Para él, el tejido es más importante que el diseño. La sencillez con la que interpreta el guardarropa es lo que más me gusta. A veces ves a diseñadores presentando atuendos recargados que simplemente no parecen prácticos.

Asentí para indicar que estaba de acuerdo, aunque aquello era algo con lo que no podía identificarme. Desde hacía años, mi ropa la elegía la misma mujer; sabía lo que me gustaba y lo que odiaba. La moda nunca me había parecido importante: sólo el dinero.

Ella bajó la vista y se rio.

—Lo siento. Podría estar parlotteando sobre moda para siempre...

—No hace falta que te disculpes por saber qué es lo que más te gusta.

—¿Y qué es lo que más te gusta a ti, Vincent?

Yo llevaba una vida muy sencilla a pesar de mi riqueza. Sólo me importaban unas cuantas cosas.

—Mis hijos. Tengo la gran suerte de que hayan pasado de ser mis hijos a mis amigos. Me encantan los deportes y jugar al golf. Mi afición favorita es navegar por el Mediterráneo en mi yate. Un vino excelente acompañado del queso adecuado es algo que espero con ilusión siempre que voy al sur de Francia. Y de vez en cuando me doy el lujo de comer pan recién horneado.

Ella se bebía mis palabras como si estuviera imaginando todas las imágenes que tenía en la cabeza.

—Esas son las cosas que me apasionan.

—Me ha gustado que no hayas mencionado el trabajo para nada.

No me había dado cuenta de ello hasta aquel momento.

—He logrado todos los objetivos que me he marcado en el mundo empresarial. Estoy orgulloso de mis logros, pero eso ya no es algo que me apasione. En la vida hay algo más que trabajo.

—Bien dicho. Pareces haber encontrado un equilibrio excelente entre el trabajo y el placer.

—Trabajo duro para poder permitirme grandes placeres. —Alessia y yo habíamos hecho un viaje a Grecia sólo unos meses atrás. Habíamos explorado Santorini desde mi yate y le había metido uvas en la boca mientras ella permanecía tumbada en bikini. Aquellos tranquilos y bellos momentos no habrían sido posibles si no me dejara la piel en la oficina.

Volvió a asentir.

—Bien dicho también.

—¿Has viajado mucho?

—He estado en Italia y en Francia muchas veces por trabajo. De hecho, voy con regularidad. Ambos son países preciosos. Adoro cada instante que paso en ellos. Nunca he navegado en un yate, pero las vistas desde tierra siguen siendo maravillosas.

—¿Has ido alguna vez con tu hija?

—No. Está muy liada con su propia vida. Siempre ha querido ser enfermera, así que ha sido voluntaria en el hospital durante mucho tiempo. Y ahora que está en la universidad, se ha entregado por completo a su profesión.

—Es ambiciosa.

—Mucho. —Como siempre, sonreía al hablar de su hija.

Apoyé la espalda contra el respaldo de la silla y mantuve los hombros rectos. Tenía los ojos clavados en su rostro y me resultaba imposible no mirarla fijamente. Mi mirada resultaba intimidante por naturaleza porque no me ponía nervioso mirar a la gente directamente a los ojos. Pero con algunas personas debía tener cuidado.

A Scarlet no parecía importarle. A veces me sostenía la mirada y otras veces la apartaba.

No me fijé en nada más en el restaurante. Estaba más interesado en las pecas de su mejilla derecha y en el espesor de sus pestañas. Llevaba un pintalabios oscuro y aquello hacía destacar su sonrisa.

Y la volvía más bella.

—Estuve hablando con Alessia al final de la velada.

Ya sabía la dirección que iba a tomar aquello antes incluso de que

terminara.

—Te mencionó.

Seguí mirándola a los ojos sin saber muy bien qué responder. Mi conversación con Alessia no había ido mal, pero tampoco había ido bien.

—Es una mujer buena. Se recuperará.

—Sólo tenía cosas buenas que decir de ti... Dijo que eres el hombre más maravilloso que ha conocido jamás... y que está enamorada de ti.

Yo no quería que Alessia estuviese enamorada de mí, no cuando yo no lo estaba de ella. Quería que encontrase la felicidad con un hombre mucho mejor que yo.

—Nunca quise hacerle daño. Le dejé claro cómo iba a ser nuestra relación desde el principio. Quizá permití que continuara durante demasiado tiempo o quizá tuve que haberla advertido mejor. Ella me importa y no quiero que sufra. Desearía que hubiese algo que pudiera hacer, pero no puedo hacer nada.

Cuando Scarlet mencionó a Alessia no hubo acusación en su tono. Parecía estar preguntando como amiga más que como alguien cotilla.

—Cuando sales con mujeres como Alessia... ¿qué buscas exactamente?

Nuestra relación había pasado de profesional a algo más. Ahora parecíamos amigos intercambiando historias sobre nuestras vidas. No nos juzgábamos el uno al otro, sólo había comprensión.

—Compañía.

—¿Y nada más?

Sacudí la cabeza.

—Nada más. Alessia se merece estar con un hombre que pueda darle todo lo que se merece. Yo no soy ese hombre. Ella quiere formar una familia algún día, que es algo que a mí no me interesa. Está buscando un amor pasional y eso tampoco se lo puedo ofrecer. Lo único que puedo darle son viajes exóticos, joyas caras y buen sexo. —Parecía poco apropiado hablar tan directamente de cosas tan vulgares, pero aquella era toda la verdad.

—¿Suelen querer más?

—A veces. Sospecho que piensan que pueden hacerme cambiar de idea.

—¿Cambiar de idea sobre qué? —preguntó.

—Sobre la seriedad de nuestra relación.

—¿Hay alguna razón por la que no estés buscando algo más serio?

Ahora sabía que ya no estábamos hablando sobre el artículo. Aquello era sólo entre ella y yo.

—Al perder a Isabella, todo mi amor quedó enterrado con ella. No podía

imaginarme amando a alguien, no después de haberla amado a ella. Así que decidí tener relaciones de corta duración que me dieran lo que necesito.

Asintió ligeramente, como si me comprendiese.

—¿Y tú? —Quería saber lo que buscaba ella. Quería saber lo que quería en un hombre, en una pareja.

—¿Y yo qué? —preguntó.

—¿Cómo es tu vida romántica?

—Pues bastante aburrida, sinceramente —dijo con una risita—. Llevo sin tener una cita... por lo menos un año.

¿Un año? Aquello era mucho tiempo para pasarlo sin ninguna clase de compañía. Yo estuve sin pareja tres años después de la muerte de Isabella. Aquel fue el tiempo que necesité para ser capaz de empezar a sentirme atraído por otras mujeres. No quería decir ninguna grosería, pero el silencio era peor.

—Eso es mucho tiempo...

—Sí que lo es —dijo suspirando—. Pero casi todos los hombres de mi edad están felizmente casados, así que no hay demasiado donde elegir. Y el resto de los hombres son casi todos raritos o unos capullos. No quiero conformarme con alguien a quien no ame de verdad, así que prefiero estar sola. Y estar sola no es tan malo. Mi hermana vive aquí, así que la veo constantemente, igual que a mis sobrinos. Y también tengo a mi hija, por supuesto. Tengo muy buenos amigos y un trabajo maravilloso. No necesito un hombre para sentirme completa. O, por lo menos, no a cualquier hombre...

Entendí su punto de vista. Yo no había intentado salir con nadie de mi edad porque no estaba buscando alguien con quien volver a casarme, así que iba a por mujeres demasiado jóvenes para mí. Aquella era la primera vez que me sentaba frente a alguien con quien era realmente compatible.

Aquello me asustó un poco.

El silencio se extendió entre nosotros, haciéndose más espeso por momentos. Me fijé en el collar que llevaba y en la sutil sombra de ojos de sus párpados. Tenía una sola peca en la parte superior de la muñeca. Cuanto más tiempo pasaba con ella, mejor la grababa en mi memoria. Me resultaba difícil imaginar que una mujer como aquella pudiera encontrar a algún hombre que estuviese a su altura. No me sorprendió que tener citas fuese algo prácticamente imposible de conseguir.

El camarero trajo nuestra comida, interrumpiendo momentáneamente nuestro silencio.

Ahora que habíamos cogido los cubiertos y empezado a comer, el silencio

se hizo menos evidente. Sabía que nuestra falta de conversación no se debía a la incomodidad, sino más bien a lo contrario. No nos hacía falta llenar el silencio con palabras para aligerarlo.

Aquello me gustaba.

Yo era hombre de muy pocas palabras. Me gustaba que una mujer aceptara aquello y no me preguntara si pasaba algo sólo porque yo no tuviera nada que decir.

Tomó unos cuantos bocados de su ensalada y luego se me quedó mirando por encima de la mesa.

—¿Alguna novedad sobre Titan?

—Sigue igual. —Sentada en casa y esperando a recuperarse por completo.

—¿Tienen algún plan para la boda?

—No que yo sepa. Sospecho que lo harán en cuanto ella se encuentre mejor. Ninguno de los dos desea una boda por todo lo alto.

—Una boda por todo lo alto no es necesariamente una boda mejor.

—Había pensado ofrecerle a Titan el vestido de Isabella, pero no sé si lo haré.

Su mirada se enterneció.

—¿Todavía lo conservas?

—Está en mi armario. —Había guardado la mayor parte de sus pertenencias en un almacén. Me resultaba demasiado difícil desprenderme de sus cosas, como por ejemplo su rebeca favorita o el pañuelo que siempre llevaba en Navidades. Pero tampoco quería verlas todos los días. Lo único que me había quedado era su vestido. Tenía todas las camisas y los pantalones de vestir colgados en fila, y al final del todo su vestido blanco metido en una funda de plástico.

—Sé que Titan se sentiría honrada si se lo ofrecieras.

—Pero ya le di a Diesel su anillo de compromiso. Creo que debería guardar el vestido para el siguiente hijo que se case... para que sea justo.

—Ooh... ¿Titan lleva su anillo?

Asentí.

—Eso es enternecedor.

Llevaba guardado en mi mesilla de noche desde el entierro de Isabella. Mi anillo estaba junto al suyo. Me costó dos años después de su muerte quitármelo por fin.

—A Titan le queda perfecto, creo que Isabella se alegraría de vérselo puesto.

—Es una lástima que no hayan podido conocerse.

Era una lástima que se hubiese perdido tantas cosas conmigo. Había muerto demasiado joven y aquello siempre me amargaría. Se suponía que yo tenía que morir primero.

—Sí. Pero estoy convencido de que nos está viendo desde arriba. Ha visto a sus hijos convertirse en hombres excelentes. Ha visto mis errores y también mis enmiendas.

—Y estoy segura de que también está muy orgullosa de ti.

No había nada de lo que enorgullecerse, en mi opinión.

Como si pudiera leerme la mente, dio respuesta a mi pensamiento.

—Criaste tú solo a esos niños. Todos han salido muy bien, así que algo debes de haber hecho bien. Seguiste adelante aunque te resultara difícil. No muchos hubieran sido tan fuertes como tú.

—Eres demasiado amable. —Lo único que me había mantenido en movimiento habían sido mis hijos. Si no los hubiera tenido a ellos, seguramente no habría logrado superar aquella época tan difícil. Incluso ahora seguían siendo mi apoyo.

—Estoy siendo sincera, Vincent. No deberías ser tan duro contigo mismo.

—¿Ni siquiera después de lo que le hice a Brett?

Negó con la cabeza.

—Todo el mundo se comporta de modo distinto frente al dolor de la pérdida de un ser querido. No se puede juzgar a nadie sin haber conocido nunca esa clase de sufrimiento. La pérdida te convierte en una persona diferente. Nos afecta de manera distinta a cada uno, igual que sucede con los medicamentos. No deberías ser tan duro contigo mismo, de verdad. Sé que tu mujer no querría que lo fueras.

—¿Tú crees? —susurré.

—Lo sé.

—¿Cómo? —Siempre había deseado la aprobación de Isabella, pero no la conseguiría hasta que llegara mi momento.

—Porque te quería.

CATORCE

Thorn

Hablé con algunas personas e hice acto de presencia en el evento de moda. A medida que pasaba el tiempo y yo me mostraba más ante la mirada pública, cada vez menos personas me veían como el hombre que había estado prometido con Tatum Titan... y al que esta había dado la patada.

La gente estaba empezando a verme de nuevo como Thorn Cutler... Un hombre y nada más.

Me tomé algunas copas, compartí algunas risas y luego vi a Vincent Hunt al otro lado de la habitación. Llevaba un traje negro azabache con una corbata a juego. Musculado como un toro, sobresalía entre la multitud.

Y Autumn estaba con él.

No sabía qué tenían en común aquellos dos, pero a juzgar por el hecho de que Connor Suede estaba con ellos, debía de ser él la pieza que me faltaba. Vincent había trabajado como modelo para Connor Suede, y yo también. Puede que también fuera ese el caso de Autumn.

Mis ojos recorrieron su cuerpo y observaron las seductoras caderas bajo el vestido de color rosa champán que llevaba. Era un color muy favorecedor para su piel ligeramente bronceada. Con su cabello oscuro, el color destacaba más aún.

Dejé la bebida a un lado y me uní a la conversación con los ojos fijos en Autumn.

Vincent fue el primero en verme.

—¿Qué tal estás, Thorn? —Me estrechó la mano.

—Bien, ¿y tú?

—De maravilla. —Me dedicó una sonrisa de cortesía antes de girarse hacia Connor—. Connor nos estaba hablando de una nueva línea de calzado en la que ha estado trabajando.

—Thorn Cutler. —Connor me estrechó la mano—. Un hombre al que siempre le quedan de maravilla los trajes.

Asentí.

—Me alegro de volver a verte. —Antes de tener la oportunidad de saludar a Autumn, Connor tomó la iniciativa.

Le rodeó la cintura con un brazo y bajó la vista hacia ella con una mirada que mostraba más que afecto profesional.

—Deja que te presente a mi nueva estrella, Autumn Alexander.

Ella le dedicó una sonrisa, obviamente cómoda con la forma en que la tocaba.

Mi sonrisa se esfumó.

—La señorita Alexander va a llevar algunas prendas para mí —continuó Connor—. Sé que le aportará un brillo especial a todas las fotografías. —Llevaba un suéter gris con cuello de pico y pantalones de vestir negros. Tenía un cuerpo firme y rígido, y un aspecto atractivo que conseguiría sacarle de cualquier tipo de problema.

No me caía bien.

Titan me había contado los detalles de sus encuentros físicos con él. Era un hombre apasionado que sabía cómo tratar a una mujer en la cama. A ella le habían atraído su confianza y su pericia.

No me caía nada bien.

—Autumn y yo nos conocemos muy bien. —No estaba pensando con claridad porque me había calentado. La forma posesiva en que la trataba me había puesto de los nervios. Estaba reclamando su posición justo delante de mis narices. Era un hombre insinuante porque trabajaba con mujeres todo el tiempo. Él sabía que era atractivo, rico y con talento. Le rodeé la cintura a Autumn con el brazo y obligué a Connor a retirar el suyo al atraerla hacia mi costado, abrazándola con un solo brazo—. Dentro de muy poco vamos a trabajar juntos.

Autumn mantuvo la compostura, pero me miró con cierta alarma.

—Ah, ¿sí? —Vincent no ocultó su sorpresa, consciente de que estaba ocupándome de los negocios de Titan además de los míos propios.

—Sí, y Titan también. Será una colaboración fantástica. —Tendría que haber apartado el brazo de su cintura porque el contacto físico no debía prolongarse tanto, pero quería que aquel mamón mantuviera las manos alejadas de ella. Antes de aquel incidente, Connor me caía bien, pero ahora lo odiaba por algún motivo.

Autumn se apartó con amabilidad, alejándose de mi contacto y esforzándose al máximo por aparentar que el gesto no era más que una muestra de afecto entre dos amigos. Seguía luciendo una sonrisa serena y manteniendo su precioso cuerpo en una postura de elegancia exquisita.

—Sí, yo también lo espero con ganas.

Connor volvió a observarla, dirigiéndole una mirada llena de intensidad. Era penetrante y sombría, como si una tormenta de nubes estuviera formándose en la superficie. Ponía aquella expresión todo el tiempo, pero parecía particularmente enfocada en ella en aquel momento.

Tal vez estuviera siendo un paranoico, pero parecía que tuviera tantas ganas de follársela como yo.

Y eso no iba a ocurrir.

—He diseñado unos vestidos especiales que a Autumn le quedarán de maravilla. —Connor se dirigía a nosotros, pero sus ojos la miraban como si fuera la única ocupante de la sala—. Las curvas de su cuerpo son más bellas que versos de poesía. Trabajo con modelos todos los días y ella tiene algo especial de lo que las demás carecen. Desde el espesor de sus pestañas hasta la finura de su cuello, supera en perfección a las maravillas del mundo.

Me dieron ganas de arrebatarse a Vincent la copa de la mano y de estrellársela a Connor en la cabeza. ¿Quién cojones hablaba así? Que se fuera a interpretar a Shakespeare en Central Park si pretendía atraer a una mujer de esa forma. No funcionaría con alguien como ella.

Pero Autumn sonrió... y su sonrisa pareció sincera.

Madre mía.

Connor seguía sin apartar la mirada de ella, compartiendo una conversación silenciosa.

Joder, aquello pintaba mal.

Volvió a ponerle el brazo en la cintura.

—Cariño, deja que te presente a algunas personas con las que vas a trabajar...

Yo sabía que aquello era una patraña y que lo único que quería era alejarla de mí.

Si no hacía nada, puede que esa noche se fuera a casa con él.

No debería importarme que se fuera a casa con nadie porque no éramos pareja en exclusiva. No es que albergara sentimientos por ella, simplemente no quería compartirla con nadie más. No tenía que ver con el amor, sino con una masculina actitud posesiva.

No significaba absolutamente nada para mí.

Pero aun así no podía dejar que se me escapara entre los dedos para caer en sus brazos.

—Autumn, tengo que hablar contigo un segundo.

Cuando se giró hacia mí, no disimuló su sorpresa.

—¿Ahora mismo? ¿No puede esperar?

Vi la ávida expresión de Connor y me volví hacia ella.

—No. —La agarré por el codo y la alejé de Vincent y de Connor. Su piel era cálida al tacto, suave como yo recordaba. La había tomado la noche anterior, pero parecía que hubiera transcurrido una eternidad. Ahora que había otro hombre que la deseaba, no podría saciarme de ella lo bastante rápido.

Me la llevé lejos de la vista de la gente para que Connor no pudiera seguir mirándola.

—¿Qué pasa, Thorn? —Autumn soltó la pregunta con la voz llena de irritación.

Estábamos en un rincón junto a una imagen ampliada de la revista *Platform*. Un foco para cuadros iluminaba directamente el cristal y la gente hablaba en grupos mientras sonaba la música de fondo.

—Connor es un gran diseñador, pero va por ahí acostándose con todas.

Se me quedó mirando con cara inexpresiva, como si no hubiera acabado la frase.

—¿Y con eso quieres decir...?

—Que está claro que quiere acostarse contigo.

Entrecerró los ojos más aún mientras ladeaba la cabeza y me miraba con más intensidad.

—¿Y qué? Que yo sepa, no está casado.

Quería evitar que aquello sucediera sin mancharme las manos, pero no parecía que a Autumn le importaran ninguna de aquellas cosas.

—Sólo quiero que entiendas en lo que te vas a meter. Si crees que trabajar con él va a ser algo exclusivamente profesional, te equivocas.

—No hay nada que sea completamente profesional —replicó—. Míranos a nosotros. Me has arrancado de una conversación para contarme algo que ya sé. No he llegado tan lejos en la vida no enterándome de nada. Sé cuándo un hombre me admira por mi cerebro y cuándo por mi cuerpo.

—Y los dos sabemos por qué te admira Connor.

Su mirada se volvió más hostil.

—Si hemos acabado con esta ridícula conversación, voy a continuar con la

velada.

—No hemos acabado ni de lejos.

Se cruzó de brazos y su enfado comenzó a intensificarse.

—Thorn, ¿cuál es el problema?

La miré fijamente sin saber qué decir. Ni siquiera entendía por qué me la había llevado hasta allí para hablar en privado.

—No quiero que te lo tires.

Su enfado desapareció de inmediato y sus facciones adoptaron un auténtico estado de conmoción.

—¿Quién ha dicho que vaya a hacerlo?

—¿Eso quiere decir que no lo vas a hacer?

—Lo que quiere decir es que no es asunto tuyo si me lo quiero tirar o no. Soy libre de follarme a quien me dé la gana y cuando me dé la gana. Estábamos de acuerdo en que *esto* no es nada. Ha pasado y punto.

—Y no digo que no esté de acuerdo con eso, pero no quiero que esta noche te vayas a casa con él. Quiero que te vengas a casa conmigo, ¿vale? —Me sentía un imbécil diciéndole aquello. Nunca se lo había dicho a nadie. Todas las demás mujeres con las que pasaba el tiempo no eran más que acuerdos. Los parámetros de nuestra relación quedaban claros al principio. Con Autumn era diferente porque con ella había sido algo completamente espontáneo. Se me había insinuado y no había podido rechazarla.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué quieres que vaya a casa contigo esta noche? —me preguntó—. ¿Es sólo para que no me vaya a casa con él o es porque quieres que esté contigo?

—¿Acaso importa?

—Joder, y tanto que importa. ¿Cuál de las dos cosas es?

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón, sintiendo cómo caía su penetrante mirada en mi rostro.

Continuó observándome.

—Las dos cosas. Hay algo de lo que quiero hablarte... en privado.

—Cuando te dije que no estaba buscando una relación, lo decía en serio.

—Y yo también. —Se estaba llevando una impresión equivocada—. Es otra cosa.

No me dio una respuesta, pero su mirada seguía vacilante.

—Ven a mi casa cuando te marches. Estaré esperándote. —Mi impulso

natural fue inclinarme hacia delante y besarla justo en la comisura de la boca. Me resultaba difícil estar en un lugar público con ella y no tocarla de alguna manera. Quería llevar los placeres de nuestra relación más allá de los confines de nuestra intimidad. Estaba tan impresionante con aquel vestido y aquellos tacones que me costaba mantener la boca alejada de su piel. Me acerqué más a ella hasta que nuestros rostros casi se tocaron—. ¿Autumn?

Retrocedió rápidamente, manteniendo nuestra interacción profesional.

—Allí nos vemos. —Se alejó sin decir una palabra más y sus zapatos de tacón resonaron contra el parqué.

Vi cómo se alejaba y la seguí con los ojos hasta que la perdí de vista.

LAS PUERTAS del ascensor se abrieron y Autumn entró en mi ático. Sus curvas tenían un aspecto muy sensual con aquel vestido tan ceñido y llevaba el cabello oscuro peinado en tirabuzones. Dejó el bolso en la mesa que había cerca de la entrada y pasó a mi casa.

Yo dejé el *whisky* en la mesita del salón y me puse en pie, embebiéndome de su belleza con una perspectiva totalmente nueva. Nunca me había parecido tan preciosa como cuando no podía tenerla. Cuando me la había quedado mirando desde el otro lado de la sala y había visto a Connor tocándola como si tuviera todo el derecho a hacer lo que quisiera, me había cabreado.

Porque era mía.

Cubrí la distancia que nos separaba, sintiendo que sus enormes ojos se centraban en mi cara. Me sostuvo la mirada con la misma confianza, con los hombros hacia atrás y el pecho hacia delante.

Me aproximé a su cuerpo y le rodeé la menuda cintura con los brazos. Mi boca descendió de inmediato y la besó como había deseado hacerlo toda la noche. Hundí profundamente la mano en su pelo y tiré con suavidad sólo para asegurarme de que ella era real.

Me devolvió el beso como si hubiera estado deseando que se lo diera. Me devoró con el mismo entusiasmo, subiéndome las manos por el pecho desnudo hasta llegar a mis fuertes hombros. Antes se había enfadado conmigo, pero ahora que estaba acariciándola con mis besos, era como si ese cabreo jamás hubiera existido en un principio.

Había venido a mi ático a hablar, pero aquella conversación pendiente ya no parecía importante. Mi objetivo era llevarla hasta allí, lejos de Connor. Ahora su cuerpo estaba entre mis brazos y me estaba metiendo la lengua en la garganta.

Misión cumplida.

No logramos llegar al dormitorio y nos conformamos con el sofá. Tenía el vestido arremangado por la cintura, los zapatos estaban tirados por el salón y ella estaba de espaldas acorralada contra el extremo de mi sofá.

Me la follé en aquel lugar, haciéndoselo con más fuerza que nunca antes.

Tiraba de mí como si no estuviera yendo lo bastante deprisa, y los orgasmos apretaron mi erección hasta magullarme. El sudor relucía sobre mi piel, pero el calor y el cansancio no me detuvieron. Estaba hundido entre sus piernas, exactamente donde quería estar. Era tan placentero, tan estrecho y tan húmedo...

Me encantaba follármela.

Cuando por fin me corrí, llené tanto el preservativo que tuve miedo de que se rasgara. Aquella mujer me calentaba de una forma especial. Agudizaba mis sentidos y me hacía arder de lujuria. Me metí su labio inferior en la boca, saboreando su sudor y el mío antes de salir de su cuerpo y tirar el condón en el cuarto de baño.

Me limpié el sudor de la frente con una toalla y me contemplé en el espejo. Tenía el pelo revuelto porque Autumn había pasado los dedos por él, y una fina capa de sudor me cubría el pecho. Las puntas de sus tacones me habían dejado unas leves marcas en la piel.

Sabía que era un hombre con suerte.

No lo tenía todo... pero ahora la tenía a ella.

Volví al salón, donde ya se había arreglado. Tenía el vestido bajado, se había vuelto a poner los tacones y se había retocado el pelo con las puntas de los dedos. Como si no acabara de tirármela en el sofá, estaba sentada con las piernas cruzadas y con la espalda perfectamente recta.

Me entraron ganas de follármela de nuevo.

Me senté a su lado, le puse la mano en el muslo y se lo apreté con suavidad.

—Me ha gustado mucho.

—A mí también. —Posó la mirada en mi televisor apagado antes de dirigirla de nuevo hacia mí.

—Dudo que hubieras disfrutado lo mismo con Connor. —Ningún hombre podía hacérselo tan bien como yo. No sólo contaba con las herramientas necesarias, sino también con el aguante. Ella sabía que tenerme entre sus piernas era garantía de que pasaría un buen rato. Podía hacer que se sintiera más llena que cualquier otro hombre.

La comisura de sus labios se elevó en una sonrisa.

—Vaya... Sí que estás celoso.

—No estoy celoso.

Resopló, burlándose de mí.

—Si eso no son celos, no sé qué lo será.

Le apreté el muslo con los dedos.

—¿Te ibas a ir a casa con él?

—No veo por qué iba a tener que responderte a eso.

—¿Eso es un sí? —insistí.

Continuó sonriendo.

—Nunca te lo diré.

Aparté la mano, sintiendo que otra oleada de náuseas me recorría el cuerpo. El mero hecho de imaginármela con él me ponía enfermo. Cada vez que fantaseaba con ella, tenía las piernas abiertas sólo para una persona... para mí.

—¿De qué querías hablar? —preguntó—. Porque espero que ya hayas acabado con nuestra conversación sobre Connor.

—Supongo que quería aclarar unas cosas.

—De acuerdo. —Descruzó las piernas y me miró.

—No estoy buscando una relación y nunca lo haré, pero tampoco quiero compartirme con nadie. No es cuestión de amor, sino de ser posesivo. No quiero que te tires a otros hombres cuando yo puedo darte exactamente lo que estás buscando. Los dos sabemos que no vas a encontrar a nadie que pueda follarte tan bien como yo.

—Anda que no eres arrogante.

—Dime que me equivoco.

Sonrió.

Me incliné más hacia ella y le puse la mano en la nuca por debajo del pelo.

—Dímelo.

Su sonrisa se desvaneció y su expresión adquirió un gesto de resignación. Sabía que no podía negar mi afirmación porque era cierta.

—No te equivocas.

Oír las palabras de sus labios rojos me provocó un escalofrío en la columna. Hundí los dedos en su cabello a pesar de que acababa de retocárselo, y la besé de nuevo. Nuestras bocas húmedas se movieron al compás y nuestras lenguas no tardaron en fusionarse en una sola. El beso se

fue intensificando a un ritmo vertiginoso y nuestra pasión hizo parecer que no acabábamos de montárnoslo en aquel sofá cinco minutos antes.

Puse fin al beso, consciente de que tenía poder sobre ella. Se derretía por mí como si fuera mantequilla. Podía conseguir que se deshiciera en aquel mismo sofá. Su cuerpo cobraba vida por mí como el mío lo hacía por ella. Había una conexión entre nosotros... una conexión abrasadora.

Mis dedos continuaron descansando en su pelo mientras la miraba, observando aquella expresión sexual que todavía se cernía sobre su mirada.

—Me dijiste que no estabas buscando una relación. ¿Te refieres a un futuro cercano?

—Al menos a un tiempo, sí.

—¿Y eso por qué? —Era más joven que yo, eso estaba claro. Todavía tenía tiempo para encontrar a alguien con quien sentar la cabeza. Tal vez sólo estuviera tomándose su tiempo.

—¿Acaso importa?

Vi sus ojos ponerse a la defensiva. Fuera cual fuera el motivo, no quería compartirlo conmigo.

—No... Supongo que no.

—¿Y tú por qué no estás buscando una relación?

Le sostuve la mirada y no le respondí más que con mi silencio.

—Parece que ninguno de los dos quiere hablar del tema... —Giró el rostro sobre mi mano y me besó la palma de la mano. Pegó sus labios gruesos contra mi piel cálida, dejando una pequeña marca de pintalabios—. Así que vamos a dejarlo así.

Yo quería saber más de ella sin darle nada a cambio, pero eso no sería justo.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Buen sexo y comodidad. Nada más.

—Eso puedo dártelo. Estés donde estés y sea la hora que sea, puedo echarte un polvo que nunca olvidarás. Puedo hacer realidad cualquier fantasía que quieras. Puedo hacer que te estires como debería hacerlo toda mujer. Puedo hacerte temblar y lograr que te olvides de todo lo que ocurra fuera de estas cuatro paredes.

Sus ojos permanecieron pegados a los míos y su intensidad igualó la mía.

—Así que no necesitas a Connor. No necesitas a nadie más que a mí.

Ladeó ligeramente la cabeza con los labios un poco separados, de modo que se le veían los dientes. No lo hacía de forma intencionada, pero conseguía

parecer la mujer más sensual del mundo. Podía lograrlo sin ningún esfuerzo.

—Pero quiero que no estemos con nadie más. ¿Te parece bien?

Se tomó su tiempo para responder y dejó que el silencio se extendiera entre nosotros.

—Sí.

Era oficialmente mía... exactamente como yo la quería.

—Y quiero algo más.

—Está bien.

—Cuando estoy con una mujer, me gusta tener el control. Me gusta ser el macho dominante, ordenarle hacer cosas que me gustan. Cuando le digo que se ponga de rodillas, obedece. Cuando le pido que no se corra hasta que yo se lo diga, me hace caso. Eso es lo que quiero de ti.

Era la primera vez que el placer desaparecía de su rostro.

—Thorn, si estás hablando de cosas en plan *Cincuenta sombras*, a mí ese rollo no me va. No voy a dejar que me cuelgues del techo para que puedas fustigarme. Me sorprende hasta que te molestes en preguntarlo.

—Eso no es lo que te estoy pidiendo. Lo único que quiero es llevar el control y que tú me obedezcas.

—¿Y eso en qué es distinto?

—Pues en que no hay cadenas ni látigos. No hay dolor. Pero me cedés a mí todo el poder cuando follamos. Te prometo que te daré un sexo tan maravilloso que no creerás que sea posible. Es como lo que hemos hecho hasta ahora, pero mejor.

Después de mi aclaración, su mirada se relajó y perdió su hostilidad.

—Nunca antes he hecho algo así.

—No te arrepentirás.

Apartó la mirada con expresión de concentración mientras rumiaba sus propios pensamientos.

—Dime en qué estás pensando.

Apretó los labios brevemente antes de volver a abrirlos.

—Soy una mujer muy ocupada e invertir tiempo en conocer a alguien nuevo para luego llevarme una decepción me parece algo frustrante. Muchos hombres fingen que saben lo que se hacen, pero a la hora de la verdad no saben complacer a una mujer... Pero tú... tú tienes mucha habilidad. —Me miró a los ojos sin pizca de vergüenza por lo que había dicho, y no tenía motivo para sentirla—. Tienes un paquete impresionante y sabes perfectamente cómo usarlo. Esa es la clase de hombre que busco... uno que sepa follar. Así

que a mí me parece el acuerdo perfecto. No le veo pegas.

—Y yo tampoco. —Cada vez que halagaba mi entrepierna, se me hinchaba el ego. No había nada mejor que oír a una mujer preciosa elogiar mi sexo de aquella manera. Sus pensamientos eran transparentes y me decía exactamente lo que estaba pensando.

Era tremendamente erótico.

—Entonces tenemos un acuerdo —dije—. Tú me das los resultados de tus análisis y yo te doy los míos.

No sólo quería mantener a Connor alejado de su hermosa entrepierna, también quería estar en su interior... piel contra piel. Quería sentirla de un modo íntimo, notar su lubricación directamente contra mi miembro. La única forma posible de que lo hiciéramos era siendo monógamos. Guardármela en los pantalones con otras mujeres me resultaría sencillo, porque de todas formas ella era la única mujer a la que deseaba... por el momento.

—Me parece buena idea.

La primera vez que había visto a Autumn, me pareció meridianamente imposible que pudiera estar con ella. Pensé que tendría novio o que querría una relación estable que durase para siempre. Nunca me habría esperado que fuese tan despegada como yo, que quisiese algo sin importancia durante un tiempo prolongado.

Casi era demasiado bueno para ser cierto.

—Bueno, debería irme ya. —Se puso en pie y se dirigió hacia el ascensor con sus tacones.

Yo no intenté conseguir que se quedara. Ya había obtenido lo que quería, así que no tenté a la suerte. Le puse las manos en la cintura y la sostuve junto a la entrada, fijando la mirada en sus bellos rasgos y en sus hermosos ojos. Le estrujé la cintura con las manos antes de estirar un brazo y pulsar el botón. Mis actos eran delicados y no dejé de mirarla a los ojos en ningún momento.

—Soy tuyo. Úsame cuando quieras. —La besé con suavidad en la boca, tocando sus carnosos labios con los míos. Dejé la boca cerrada porque si la abría sólo conseguiría volver a encender la pasión.

Se apartó y me pasó las manos por el pecho.

—Lo haré. —Me miraba con la misma expresión de avidez mientras me clavaba las uñas en la piel de los abdominales—. Y sólo para que lo sepas... —Me recorrió el cuerpo con la mirada, ensimismada con mis músculos bien definidos con una obsesión evidente—. En ningún momento había pensado en irme a casa con Connor.

Mi sexo cobró vida en mis pantalones. Jamás me había empalmado tan rápido.

Se acercó a mí y me dio un beso en la comisura de la boca antes de darse la vuelta y subir al ascensor.

—Sólo quería irme a casa contigo. —Sus labios dibujaron una sonrisa traviesa mientras las puertas se cerraban lentamente delante de ella. Mantuvo la misma expresión hasta que se cerraron del todo y la perdí de vista.

Como si me hubieran dado un puñetazo en la cara, me quedé inmóvil donde estaba. Me había quedado sin aire y ahora apenas podía respirar. Una de las mujeres más sensuales que había visto en mi vida acababa de provocarme sólo con sus palabras.

Y ahora la deseaba más que nunca.

ACABABA de salir de una reunión con algunos de los directores regionales de Titan. Ahora tenía un pequeño descanso antes de reunirme con Kyle Livingston y Vincent Hunt después de la comida. Íbamos a llevar todos los productos de Titan a los expositores internacionales. Kyle Livingston sólo formaba parte del equipo porque había escogido trabajar con Titan en lugar de con Vincent. Le había sido fiel, así que ella quiso hacer lo mismo por él cuando Vincent le había puesto una oferta nueva en la mesa.

A Kyle la jugada le había salido de perlas.

Estaba sentado ante el escritorio blanco de Titan revisando la carpeta que Jessica había dejado al lado de mi ordenador. La *tablet* no dejaba de iluminarse con cada correo relacionado con mis negocios que recibía y que debía responder. No había abandonado mi trabajo por completo para encargarme del suyo, sino que estaba ocupándome de ambas cosas a la vez, lo cual implicaba jornadas excepcionalmente largas. Después de ir al gimnasio, gestionar dos imperios y tomar algunos descansos entre medias, al llegar a casa sólo pensaba en dormir para despertarme al día siguiente y repetir lo mismo de nuevo.

Jessica habló a través del intercomunicador.

—Hay aquí una mujer que pregunta por Titan. Le he dicho que no está disponible, pero podría reunirse contigo.

Mantuve el botón pulsado con el dedo índice.

—¿Qué quiere?

—No me lo quiere decir.

Después de que disparasen a Titan, me había vuelto un paranoico. Ni

siquiera las personas más cuerdas eran lo que parecían. Si mosqueabas a alguien, era imposible predecir qué ocurriría a continuación. La información que Jessica me estaba dando me resultaba misteriosa... y un poco preocupante.

—¿Cómo se llama?

—Bridget Creed.

No me sonaba de nada.

—Parece un poco alterada.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Parecía un poco angustiada al preguntar por Titan.

Tal vez fuera alguien a quien Titan conocía. Puede que fuera una colega, una conocida o algo así.

—Dile que pase.

—De acuerdo.

Un momento después, Jessica abrió la puerta e hizo pasar a la mujer.

Tendría unos cincuenta años, pero se comportaba como una joven. Con un vestido negro y con tacones, lucía una figura esbelta. El cabello castaño le llegaba justo por debajo de los hombros. De la garganta le colgaba un collar de oro y llevaba una alianza en la mano izquierda.

Entendí a qué se refería Jessica al decir que aquella mujer estaba alterada.

Podía ver la tristeza en sus ojos, el estrés en sus labios apretados. Si no tuviera el ceño tan fruncido, en realidad sería una mujer atractiva.

Se acercó a mi mesa y no me tendió la mano.

—Gracias por recibirme, Thorn.

No me hizo ninguna gracia que se dirigiera a mí con tanta familiaridad, teniendo en cuenta que no nos conocíamos.

—Es señor Cutler. —Me levanté despacio y extendí la mano.

—Lo siento —se apresuró a decir, suspirando por lo bajo—. Tengo la sensación de que te conozco...

—¿Por qué?

—Es sólo que... te veo en las noticias todo el tiempo.

Tonterías. Estaba claro que aquello no era cierto. Volví a mi asiento y mantuve una mirada fría porque no sabía a qué me estaba enfrentando. No parecía peligrosa, sólo un poco inquietante. Me recosté mientras la examinaba con las defensas alzadas.

Ella no tomó asiento.

—¿Cuándo volverá Titan?

—Todavía está recuperándose en casa. Tarde o temprano volverá al trabajo, pero necesita más tiempo.

Apenas había parpadeado dos veces desde que había entrado en el despacho. Su mirada permanecía clavada en mi rostro como si temiera perderse un solo instante.

—Lleva un tiempo recuperándose... ¿Han surgido otras complicaciones? ¿Se va a poner bien?

Todo el mundo me preguntaba por el estado de Titan. A algunas personas les interesaba realmente y a otras no. Pero ni siquiera quienes la conocían de verdad parecían tan disgustadas como aquella mujer. En cuanto quedaba claro que Titan había sobrevivido a la operación y que estaba recuperándose, todo el mundo se relajaba y empezaba a hablar de otra persona. Pero a aquella mujer el pecho le subía y le bajaba rápidamente al respirar, como si no lograra obtener suficiente aire. Sentía el mismo pánico que había sentido yo cuando estaba sentado en la sala de espera.

—Titan es la persona más fuerte que conozco. Si alguien puede recuperarse por completo, es ella. Yo no me preocuparía mucho al respecto.

Aquello no borró las arrugas de preocupación de su cara. Si no tenía nada más que decir, debería darme las gracias por mi tiempo y marcharse. Pero se quedó allí parada como si hubiera algo más de lo que hablar.

—¿De qué la conoce? —Si hubieran estado unidas, habría llamado a Titan directamente; pero, en lugar de eso, estaba de pie delante de mí, lo cual me decía que eran más conocidas que amigas.

Fue la primera vez que interrumpió el contacto visual. Miró la mesa blanca, examinando el jarrón de azucenas y el MacBook gris. Sus ojos analizaron la mesa en busca de algo antes de volver a posarse en mí.

—He estado fuera del país las últimas semanas. Cuando volví a la ciudad el otro día, me enteré de la noticia. No sabía qué otra cosa hacer, así que he venido aquí...

¿Por qué no había respondido a mi pregunta?

—Sólo necesito saber que se va a poner bien...

—Seguro que sí.

Asintió levemente mientras el pecho se le hinchaba y deshinchaba rápidamente. Dio un pequeño paso atrás, apartándose de la mesa y de mí.

Yo volví a ponerme de pie.

—¿Le digo que se ha pasado por aquí?

—Eh... No. —Se metió el pelo castaño por detrás de la oreja y se alejó

más del escritorio—. Gracias por su tiempo, señor Cutler.

Mi instinto me decía que allí estaba pasando algo raro. Titan nunca tendría relación con alguien que no supiera comportarse con profesionalidad. Aquella mujer parecía desequilibrada, mucho más afectada por la tragedia de Titan de lo que debería estar cualquier persona que no fuera de su círculo.

—¿Señora Creed?

Se giró al llegar a la puerta con la misma tristeza en los ojos que mostraba cuando había entrado.

—¿De qué la conoce?

Puso la mano en el pomo y la dejó allí posada unos instantes. A juzgar por el modo en que separó ligeramente los labios, pareció que fuese a darme una respuesta, pero algo debió de hacer que cambiara de opinión porque bajó la manilla y se alejó con paso apresurado, como si yo pudiese decidir ir tras ella.

Fuera cual fuera su relación con Titan, no quería que yo supiese nada de ella.

Lo cual hizo que me preguntara si la propia Titan sabría algo al respecto.